27.04.85

LA RECEPCION DE GRAMSCI EN ESPAÑA.

Jordi Solé Tura

Italia y España tienen, ciertamente, muchas cosas en común, pero nuestras historias respectivas son muy diferentes.

La formación de nuestros Estados modernos ha sido muy distinta en el tiempo, en la forma y en los resultados. Diferentes han sido, también, nuestras historias culturales, tanto desde el punto de vista de las respectivas tradiciones como desde el del papel de los intelectuales en cada una de ellas. Y más recientemente, muy distintos han sido los avatares históricos de nuestras respectivas dictaduras, el fascismo en Italia, el franquismo en España.

Mientras el fascismo se hundía en Italia en 1945, derrotado militarmente por los aliados y por la acción de los partisanos, en España el franquismo se acababa de instaurar tras una terrible guerra contra la República que terminó con la destrucción política y física de todas las fuerzas democráticas. En España no recuperamos las libertades democráticas hasta 1977, en una difícil transición de la dictadura a la democracia que todavía no ha culminado.

En Italia el fascismo fué derrotado, vencido. En España el dictador murió en la cama y si bien es cierto que el franquismo como tal ya no pudo continuar la mayoría de los aparatos del Estado franquista -- el Ejército, la Policía, la Administración Pública, el sistema judicial -- permanecieron intactos y condicionaron con su enorme peso las formas y los ritmos de instauración de la democracia.

Recuerdo todo esto porque de otro modo es imposible entender la relación entre la cultura española progresista y el pensamiento de Gramsci.

En España no hemos tenido una auténtica tradición marxista ni hemos contado con un grupo significativo de intelectuales revolucionarios vinculados al movimiento obrero. Nuestro liberalismo ha tenido escasos vuelos teóricos y nuestro movimiento obrero se ha debatido históricamente entre un poderoso y estéril anarquismo y un socialismo que no podía ser re-

formista,dadas las características cerradas y autoritarias del Estado español,ni sabía ser revolucionario.

El comunismo fué siempre débil y minoritario hasta la guerra civil y cuando empezó a ser políticamente importante, por su actuación en la guerra contra el franquismo, fué derrotado junto con las demás fuerzas democráticas y tuvo que iniciar una larga y dificilísima recuperación en la clandestinidad.

Cuando en Italia se redescubría el Gramsci de los Quaderni del carcere, después de la derrota del fascismo, en España los dirigentes clandestinos de la oposición eran perseguidos y fusilados. El antifranquismo se desarrollaba con enormes dificultades, a costa de terribles represiones ,y apenas conseguía reconstruir lentamente algunas vanguardias políticas.

Las dificultades de la clandestinidad y la falta de una tradición sólida hacían,pues, que el desarrollo del marxismo fuese casi inexistente. Apenas se conocían los clásicos del marxismo y, desde luego, no se conocían las nuevas aportaciones nacionales.Por consiguiente, tampoco se conocía a Gramsci.

Cuando yo ingresé en la lucha clandestina,en las filas del Partido Comunista, en 1956, no había leído más que el "Manifiesto Comunista" y algunos otros escritos dispersos de Marx y Engels y "El Estado y la Revolución" de Lenin. Luego conocí algunos otros textos clásicos,más cosas de Lenin y menos de Stalin, pues en 1956 había empezado ya el proceso de desestalinización y las cosas cambiaban.

Inmerso como estaba en la lucha de cada día mis preocupaciones teóricas pasaban a un segundo plano,pero es cierto que tanto yo como la mayoría de mis compañeros experimentábamos una creciente insatisfacción ante los análisis de nuestra literatura política y ante la concepción dogmática y cerrada que en ella se tenía del marxismo. Algo nos sumía en la inquietud, aunque no sabíamos muy bien qué era.

A finales de la década de los cincuenta, uno de mis compañeros de lucha,maestro intelectual de muchos de nosotros, Manuel Sacristán, me habló de Gramsci. A través de

la familia de su compañera, la malograda Giulia Adinolfi, conseguí algunos volúmenes de la edición Einaudi de las Opere di Antonio Gramsci.

La lectura de Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno, de Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce y de Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura me produjo una impresión extraordinaria. Aquello era algo nuevo, aquello era marxismo en acción, marxismo creador, pensamiento vivo en función de unas realidades nacionales concretas que rompían las grandes categorías abstractas del dogmatismo. Entonces comprendí las razones de mi inquietud anterior y ví las posibilidades de superarla.

Cuando poco después tuve que exiliarme a Francia descubrí con extrañeza que Gramsci apenas era conocido entre los marxistas franceses y me esforcé por entrar en contacto con la literatura política italiana, lo que me permitió descubrir, además de Gramsci, a Togliatti, Amendola, Ingrao y otros.

Cuando regresé a Barcelona cinco años después, temporalmente apartado de la acción política de partido, uno de mis primeros proyectos fué dar a conocer a Gramsci directamente a los lectores de mi país. El proyecto era difícil, puesto que la dictadura y su censura eran implacables. Pero la editorial catalana Edicions 62, impulsada por su director literario Josep María Castellet, se sumó a la idea y pusimos en marcha el proyecto.

En 1966 se publicó una primera antología de escritos de Antonio Gramsci en lengua catalana, traducida y prologada por mi. Su título era Cultura i literatura. La censura, que no conocía a Gramsci, no le prestó mucha atención, tomándolo por un texto de crítica literaria. En vista de ello, poco después publicamos la misma antología, en lengua española (o castellana, como decimos nosotros). Estas fueron, pues, las primeras obras de Gramsci publicadas en España.

Ante el éxito conseguido decidimos dar un paso adelante, publicando una obra directamente política. En 1968 publiqué pues la versión catalana de "Il moderno principe" (de Note sul Machiavelli), con una introducción mía. Y el mismo

año publiqué en la propia editorial (denominada Península para las ediciones en castellano), la traducción de la Vita di Antonio Gramsci, de Giuseppe Fiori. Posteriormente, la misma editorial publicó otras tres antologías de Gramsci, recopiladas, traducidas y prologadas por mi; Introducción a la filosofia de la praxis (1970), La política y el Estado moderno (1971) y Política y sociedad (1977).

A partir de la década de los setenta la recepción de Gramsci en España experimentó un salto cualitativo. En 1967, el historiador Josep Fontana y el profesor Manuel Sacristán habían publicado importantes estudios sobre "Gramsci y la ciencia histórica" y sobre "La interpretación de Marx por Gramsci", en las revistas clandestinas "Nous Horitzons" y "Realidad". En los años setenta se empezaron a publicar algunos estudios "legales", como el de J.M. Laso Prieto, Introducción al pensamiento de Gramsci (1973) y otras antologías, entre las cuales sobresale por el rigor de su introducción la de Manuel Sacristán, Antología de Antonio Gramsci, (1974).

El pensamiento de Gramsci se incorporó también a la reflexión de los partidos políticos. En el interior del P.C.E., del P.S.U.C. (el partido de los comunistas de Cataluña), del grupo "Bandera Roja" y de otros, el pensamiento de Gramsci sirvió de base para algunas de las elaboraciones teóricas más nuevas, muy especialmente en toda la corriente de pensamiento y de acción que luego culminaría en el concepto de "eurocomunismo". La crisis de 1968 y muy especialmente la ruptura del concepto de movimiento comunista internacional, tras el conflicto entre la URSS y China y la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia actuaron como estimulantes para encontrar nuevas vías nacionales de pensamiento y de orientación estratégica. En este sentido muchos comunistas y socialistas españoles descubrieron a su vez el pensamiento de Gramsci.

En 1967 participé en el "Convegno di Studi Gramsciani" de Cagliari y presenté una comunicación con el título de

Gramsci e la cultura spagnola. La comunicación terminaba con estos párrafos;

> "Comincia a formarsi una corrente del marxismo spagnolo. certo ancora molto embrionale, che cerca in Gramsci un modello e un atteggiamento di analisi in opposizione di fondo al dogmatismo.Il pericolo principale che essa corre è senza dubbio quello di un'assimilazione acritica, apologetica, del pensiero gramsciano -- pericolo tanto piú serio in quanto le condizioni della vita intellettuale spagnola sono eccessivamente difficili.
>
> Questa prospettiva panoramica non si presta dunque molto all'ottimismo.Si ha perfino il diritto di mettere in questione l'esistenza reale di un rapporto tra il pensiero di Gramsci e la cultura spagnola. Ma non bisogna fraintendere; in Spagna è stato molto difficile sviluppare non solo un pensiero marxistico,ma un pensiero qualsiasi.L'avvenire è dunque,per cosí dire, da fare e da rifare partendo di quasi zero. E tra i fermenti già in atto,quello gramsciano può essere uno dei piú dinamici."

Hoy, a casi veinte años vista, este pronóstico se ha cumplido sólo en parte. Gramsci es hoy un autor conocido y estudiado en España. El peligro de una asimilación acrítica y apologética de su pensamiento se ha superado,en general.

Pero Gramsci ha sido conocido en España en un momento histórico muy particular y, en todo caso, muy distinto del momento en que se conoció en Italia.

La transición a la democracia se ha producido en España en un momento de crisis económica muy profunda y en un momento de gran desorientación ideológica de una izquierda ya débil por si misma en el terreno ideológico. Al afirmarse como principal fuerza de la izquierda los socialistas españoles han abandonado explícitamente toda referencia al marxismo en su programa y en su concepción política. A su vez, los comunistas, que elaboraron nuevas teorías y abrieron nuevas vías a partir, entre otros, de la influencia de Gramsci, se encuentran hoy sumidos en una profunda crisis política que ha frenado toda

nueva elaboración teórica. Los intelectuales progresistas se encuentran sumidos en una profunda desorientación ante los rápidos cambios de las condiciones de producción y de acumulación y a veces tienden a abandonar todo el bagage teórico adquirido, con el consiguiente peligro de echar al niño con el agua sucia del baño.

La izquierda española se encuentra,pues, ante la tarea de construir más que reconstruir un pensamiento y una política de izquierda en una situación económica y política que ya no es ni será nunca más la de hace algunos decenios.Su tradición acumulada y preparación son deficientes y por eso la izquierda sigue mirando más hacia lo que ocurre en otros países que hacia lo que ocurre en España misma.

En este sentido,Gramsci sigue siendo un punto de referencia esencial. No se trata, evidentemente, de buscar en Gramsci lo que no nos puede dar, a saber, soluciones completas a los problemas actuales. Gramsci es y será un punto de referencia por su forma de entender la política y la teoría, por su pasión de intelectual político,por sus análisis de la realidad nacional y por su actitud ética. En todos estos aspectos Gramsci ha sido ya estudiado y asimilado en España pero para muchos políticos e intelectuales es todavía un pensador inédito. Nuestra tarea es hacer de Gramsci un punto de referencia vivo para todos aquellos que en España siguen pensando que lo importante no es sólo analizar la sociedad sino luchar por transformarla.

(Recepción del Premio del Municipio de Ghilarza (Cerdeña), 27 abril de 1985)

PCE:
A conquistar el futuro

GERARDO IGLESIAS (*)



Con motivo del 65 aniversario de la fundación del PCE, "Biblioteca MUNDO OBRERO" me encarga exponer mis opiniones sobre el presente y futuro del Partido. Acepto inmediatamente, por la oportunidad del tema y por el acierto de la "Biblioteca", iniciativa francamente encomiable que aprovecho para felicitar.

Presente y futuro del PCE. Desde un presente repleto de elementos negativos (en la distorsión interna y en la imagen pública que resulta), quiero comenzar señalando mi optimismo, mi confianza en el futuro del PCE. Sería ésta una afirmación sin relevancia, casi de Perogrullo, si la hiciera pensando en un PCE situado en una lógica y una realidad testimoniales. Pero no; yo pienso, por el contrario, en un Partido con vocación de Gobierno, al menos como factor determinante de las transformaciones sociales necesarias, y en todo caso como el exponente más vivo de una izquierda que constituye en España la mayoría social.

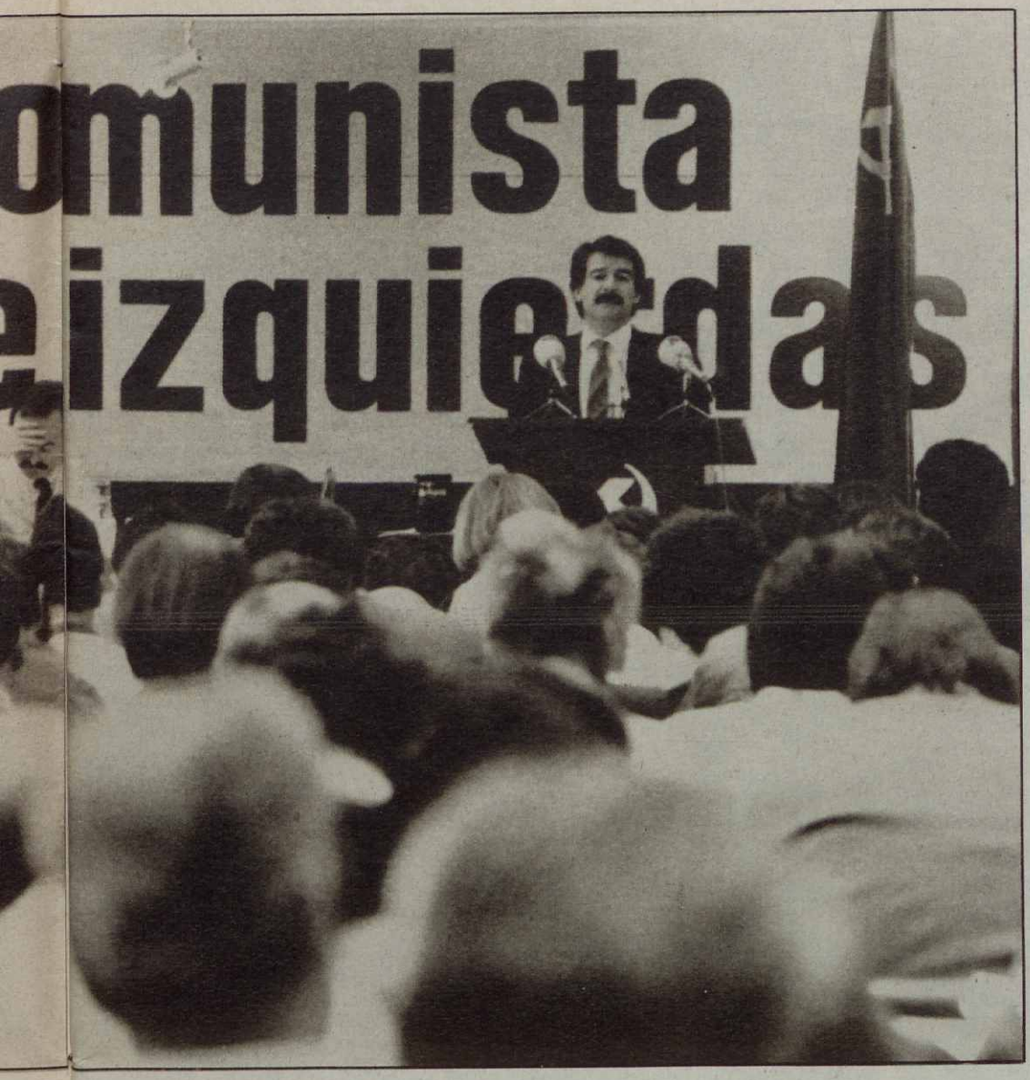
Más aún, y aunque pueda parecer paradójico, es en la misma crisis donde se está forjando el futuro del Partido. Crisis, por lo demás, que ya ha tocado fondo. Estamos en la recta de salida de una recuperación que no será veloz, pero será firme, segura y con amplias posibilidades.

1 Para fundamentar esa convicción, y si bien no es misión de este artículo analizar la crisis del PCE, se hace sin embargo necesario apuntar algunas de sus causas.

En la crisis del PCE no hay, evidentemente, sólo factores internos. Concurren en ella diversas circunstancias de carácter objetivo, coincidentes en el tiempo. Baste pensar en las particulares condiciones en que se desenvuelve la historia del Partido (con la excepcionalidad convertida en norma: guerra, exilio, clandestinidad); ello había de provocar un proceso complejo de adaptación a la nueva situación democrática. Pensemos en que, principalmente, la motivación militante venía dada por un Partido que aglutinaba la oposición antifranquista; el paso necesario de un proyecto de combate a otro nuevo de lucha y de Gobierno, haría también resentirse al PCE. Pensemos asimismo en que nuestro compromiso a fondo con el proceso constituyente había de comportar algún tributo, no habiendo sido posible un marco de ruptura. Y en que todo ello, la transición, se da en un contexto de dificultades que recorren a toda la izquierda europea, con los fenómenos, de una parte, resultantes de la crisis (resurgimiento de los conservadurismos, tendencias a la disgregación), y de otra parte, de la agudización de la dinámica de bloques, una de cuyas expresiones ha sido la presión contra las posiciones independientes del Partido.

En suma, en la forma y momento de la transición democrática concurren una serie de factores políticos que hacían muy difícil que el PCE pudiera evitar ciertos elementos de crisis. Sin embargo, no es menos claro que el enraizamiento, prestigio, fuerza social y militante con la que irrumpimos en el proceso democrático eran capital suficiente para contrapesar esos "elementos objetivos de crisis" y superarlos sin más consecuencias que dificultades pasajeras.

En su lugar, hemos sufrido una crisis profundísima, larga, desgarradora, en la que se ha perdido buena parte del capital político acumulado. ¿Por qué?



Sin duda, como consecuencia de que los factores internos han jugado en el proceso de crisis del Partido en mayor medida y más negativamente que los propios factores externos u objetivos. Esto es algo de lo que me he convencido al conocer la completa situación del Partido y desde este conocimiento al analizar retrospectivamente.

El conjunto de errores y desviaciones en la vida interna y funcionamiento han marcado "tics" profundos que aún llevará su tiempo corregir plenamente: rigidez incapaz de armonizar distintas sensibilidades; ausencia de un método verdaderamente colectivo de dirección; verticismo en la elaboración política; alejamiento o incluso menosprecio del trabajo de masas; análisis intuitivos no fundamentados en el profundo estudio de la realidad, revelando a veces serio desconocimiento de la misma; empeño en afirmar la propia estrategia no tanto en su desarrollo de acuerdo con la realidad cambiante, sino con la contraposición permanente y a veces obsesiva con otras estrategias.

Pero todo ello, en mi opinión, puede resumirse en que los defectos sustanciales del PCE han sido: *una notable falta de democracia interna* y un *fuerte basculamiento hacia el institucionalismo.*

La falta de democracia, de libre debate y de disposición a los cambios, a la necesaria renovación han determinado que de las dificultades y discrepancias no se haya salido con fórmulas de "síntesis", sino con rigideces, insatisfacciones, enfrentamientos y, a la postre, medidas administrativas. En suma, retroceso e involución incluso en el plano teórico.

La visión institucionalista alejó al Partido de los movimientos de masas, vació de sentido la función militante, interiorizó la vida del Partido, forzó a los ideologismos, y sobre todo convirtió al Partido en prisionero de los avatares del acontecer político superestructural. Así, cerrado el "consenso", en 1979 nos quedamos sin brújula, sin orientación.

Acaso la expresión concluyente de los males que sufría el Partido la tengamos en que la minoría (cuya posición nodal es precisamente negarse a reconocer que existieran males en el Partido) haya concluido su ciclo de involución política con algo tan "original" como el patrimonialismo ciego y tan "amplio de miras" como reducir el proyecto del PCE y su política de alianzas a la convergencia con el grupo de Ignacio Gallego.

2 Cuando señalo que en esta última crisis el PCE está forjando su futuro, no creo estar haciendo voluntarismo ni confundiendo los deseos con las realidades, sino constatando los elementos positivos que han aflorado. En concreto:

— A pesar del acoso, a veces incluso provocador, se ha conseguido romper el repliegue interno del Partido. No hay más condicionantes al debate que la responsabilidad de cada uno. Las opiniones de cargos u órganos ya no son sacralizados. Los

Conferencia Nacional del PCE, el pasado mes de marzo. Una propuesta comunista para una política de izquierdas. En la página siguiente: Concentración en Madrid de medio millón de personas en la última manifestación por el referéndum OTAN.

PCE:
A conquistar el futuro

criterios o convicciones ya no dejan de ser expresados francamente en virtud de aquella lógica del "cálculo del efecto" que agarrotaba el debate enriquecedor. Sin que podamos echar ninguna campana al vuelo, es cierto que la elaboración es mucho más colectiva. Hoy estamos más próximos a un método de análisis de la realidad para deducir sólidas conclusiones políticas que aquel de hacer análisis interesados que *puedan* justificar opciones adoptadas "a priori" en función de la intuición.

— Sin que los resultados sean aún satisfactorios, hemos resituado la función del Partido acerca de los movimientos de masas y sociales, atendiendo a nuevas demandas sociales y culturales, a nuevas realidades organizadas. Estamos en un proceso, que espero sea irreversible, a través del cual volvemos a implicar al Partido y a su actividad cotidiana con el tejido social.

— Hemos reafirmado la estrategia de "renovación de la mayoría", sustrayéndole sus elementos de nueva dogmatización y recuperándole su condición de concepción sujeta a constante profundización y desarrollo, habida cuenta de los cambios que se están operando en nuestras sociedades, los interrogantes que afectan comúnmente a la izquierda europea. Y hemos recuperado para esa estrategia su condición de proceso de articulación de masas y, en la sociedad civil, liberándola de una visión superestructural e institucional. En este orden de cosas hemos resituado nuestra actitud frente a los partidos del socialismo real, afirmando la independencia, disminuyendo los complejos de Edipo.

— Nos estamos dotando de una política de alianzas que se asienta sobre la compleja realidad presente, y que ha determinado una propuesta, "la Convergencia", que ha convertido al PCE, a pesar de debatirse en crisis, en un punto de referencia de todos los sectores de izquierda y progresistas.

En definitiva, *lo fundamental del PCE está hoy consciente y activamente unido en torno a un desarrollo renovador de su política.* Y aunque hemos perdido lamentablemente mucho capital humano, contamos con potencial suficiente para que el PCE se lance con éxito a la conquista de una nueva credibilidad.

3 Sí, sin duda. En medio de la aparente confusión, en el PCE se está afianzando un proyecto de futuro. El PCE no está, como se pretende, abocado al desastre ni en el principio de su fin.





El PCE está creando las condiciones para estar a la altura de las exigencias históricas que se imponen para la izquierda española y europea.

La permanencia de graves amenazas a la paz, junto con el desarrollo de la carrera de armamentos y la crisis económica, y las previsibles consecuencias de la introducción de las nuevas tecnologías, plantean, a la vez, la plena actualidad y vigencia de las ideas socialistas y la necesidad de reformular y resituar muchos conceptos y criterios tradicionales de la izquierda, la imposibilidad tanto de atenerse a viejos dogmas como de fijar nuevos dogmas.

Estamos asistiendo a una ofensiva conservadora, a la que los partidos socialistas en el Gobierno se han plegado, cuya finalidad es hacer imperar la idea de que no hay alternativa fuera del capitalismo y de sus leyes. Hemos incluso observado cómo aquí se ha identificado a los valores de la izquierda con lo caduco y lo obsoleto, mientras que algo tan viejo como plegarse a la derecha, gestionar sus intereses trata de presentarse como signo de modernidad, de "puesta al día".

Sin embargo, si algo se deduce claramente del conjunto de problemas que la Humanidad afronta es que no hay salidas desde la lógica del beneficio, desde las tendencias destructivas del capitalismo contemporáneo. El propio problema de las "nuevas tecnologías" convierte en evidente algo tan clásico como que sólo la propiedad pública y control democrático de las mismas puede convertirlas en factor de progreso. El control privado de recursos con tan enormes efectos sobre la vida y el futuro de la Humanidad, se plantea simplemente como una inaceptable irracionalidad. La disyuntiva es: disminución del trabajo penoso, drástica reducción de las jornadas de trabajo, alcanzando el ocio un nuevo papel, desconocido hasta hoy, en la vida de los individuos; o ejército masivo de parados, en dimensión insostenible para el propio capitalismo.

A la vez, la carrera armamentista se inserta de lleno en la crisis económica, de tal manera que hay una relación cada vez más estrecha entre los objetivos de la paz y el desarme y los de la reactivación económica y desarrollo equilibrado del mundo. La encrucijada es cada vez más angosta: o cambia la dinámica mundial, o la Humanidad se aboca al precipicio.

Socialismo o barbarie. Nada resulta más profético que esa sentencia de Engels para definir la situación de la Humanidad a finales del siglo XX, como ha recordado Rudolf Bahro.

Es decir, está a la orden del día la necesidad de cambios sociales y políticos radicales de inspiración socialista. Pero formular una alternativa capaz de ganar la hegemonía social y cultural para ello, de configurar una mayoría activa para esa revolución, plantea no pocos interrogantes. Si el ocio va a tender a cubrir un papel de primer orden en la vida de los individuos, ¿tiene la izquierda una concepción del ocio, una alternativa capaz de robarle iniciativa al consumismo? ¿No cobra la cultura un nuevo papel en ese orden de cosas? ¿Puede la educación y la Universidad seguir siendo concebida en términos de dependiente de la producción? ¿No hay en el mundo juvenil un cuestionamiento del valor del trabajo, en el que lo que empieza a importar es la "calidad" del mismo, su capacidad de ser factor de realización individual? ¿No hay en los nuevos movimientos sociales algo más que nuevos temas: nuevas formas de entender la política y las relaciones sociales, de enorme contenido transformador?

Hay nuevas demandas sociales, culturales y políticas. Hay muchos interrogantes. El reto de la izquierda es fundir todo ello diálecticamente con el movimiento obrero. La contradicción entre lo clásico y lo nuevo no puede ser resuelto en términos de prevalecimiento de uno sobre otro, sino en términos de síntesis.

Por ello, nuestra propuesta de Convergencia de la izquierda tiene sentido estratégico; no busca simplemente qué pactos inmediatos de siglas pueden hacerse. Visión por otro lado que no es más que una nueva expresión del institucionalismo que hemos padecido.

Si se me requiriera una prueba terminante de que ésta es una política con futuro, hela aquí: quienes discrepan de ella, sólo pueden ofrecer la vuelta al pasado. Es patético, pero a la vez revelador, que al querer diferenciarse de una orientación renovadora, de la política de "convergencia", algunos hayan terminado por no proponer otra cosa, por no tener otra política de alianzas que con Ignacio Gallego, o sea, la vuelta al pasado.

El PCE, por su naturaleza y por su historia, tiene un mandato bien distinto que el de volver al pasado cediendo a las dificultades del presente. El PCE tiene que lanzarse a la conquista del futuro, de un futuro socialista. Y para ello ha de desafiar las complejidades del presente, sin complejos y sin dogmas, con los pies en la realidad y la utopía en la cabeza.

(*) Secretario general del PCE. ■

65 aniversario: La Historia como reflexión

JUAN TRIAS



El PCE celebra el 65 aniversario de su fundación en medio de una grave crisis del movimiento comunista en nuestro país. Los signos de esa crisis son de sobra conocidos: una importante fractura que ha llevado a la constitución de un Partido Comunista de adscripción marxista-leninista, graves tensiones en el seno del PCE entre la mayoría y una significativa minoría del Comité Central expresivas de unas divisiones en el Partido sobre la línea a seguir, sobre el tipo de Partido, etcétera; lo más importante, una pérdida de audiencia social de la propuesta comunista, o mejor diríamos, habida cuenta de las diferencias, de las propuestas comunistas.

¿Qué puede aportar la historia del PCE al esclarecimiento de esa crisis, en qué puede ayudar a superarla? Ciertamente, la Historia no proporciona recetas, las situaciones históricas no se repiten, pero una reflexión sobre la historia puede contribuir a un esclarecimiento del presente en un doble sentido: de una parte, descubriendo las raíces de la actual crisis, pues sin desconocer que ésta deriva de factores específicos del presente, se hacen sentir en ella viejas insuficiencias y no se puede aislar de un desarrollo anterior; de otra, contribuyendo a situar el diagnóstico de la crisis en una adecuada perspectiva, una perspectiva que apunta a situar los problemas del PCE en un marco más amplio que la perspectiva que se limita a tomar como punto de referencia al solo PCE, aunque sea relacionándolo con la sociedad en la que opera.

Aunque todavía quedan muchas lagunas por colmar en la historia del PCE, en los últimos años se ha avanzado considerablemente en el estudio de períodos concretos —así en el de la formación— y, sobre todo, en sentar las bases metodológicas desde las que abordar su historia. A nosotros nos parece en este sentido ejemplar el enfoque que presidió los estudios sobre la formación y primeros años del PCE en el ciclo de conferencias promovidas por la FIM con motivo del 60 aniversario, recogidas hoy en un volumen titulado "Para una historia del PCE". Esta ejemplaridad radica —y con ello empalmamos con lo que decíamos hace un momento— en no abordar la historia del PCE aisladamente, sino siempre enmarcada en la historia del movimiento obrero en España y en Europa.

Así como han puesto de relieve los estudios consagrados a la formación del PCE a los que nos referíamos más arriba —los de Elorza, Forcadell, L. Arranz—, más los de algún estudioso extranjero, como Meaker, este hecho no obedece exclusivamente a unos estímulos externos —la Revolución de octubre y la constitución de la Internacional Comunista— aunque éstos actúen de catalizador, sino que se enmarca en procesos internos a las dos principales corrientes del movimiento obrero en España, de tal forma que los obstáculos con que tropezará la consolidación de una organización comunista se explican no exclusivamente, pero sí en buena medida, a la vez, por las características del movimiento obrero organizado en su doble corriente socialista y anarcosindicalista, y porque el comunismo español arrastra al constituirse las insuficiencias que han caracterizado históricamente al movimiento obrero español, entre ellas, de forma destacada, su escasísima capacidad teórica, todo lo cual a su vez remite a los rasgos del desarrollo histórico de la formación social española que ha incidido en la configuración del movimiento obrero.

La Internacional y las condiciones nacionales

Pero la historia del PCE resulta ininteligible fuera del marco de la Internacional Comunista. Esa tensión que recorre a la Internacional Comunista desde sus primeros pasos y que aún hoy gravita sobre el movimiento comunista en Europa, entre la exigencia de una ruptura con el reformismo socialdemócrata y la necesidad de articular una política comunista de masas, está presente en el naciente Partido Comunista en nuestro país sin que éste sea

Con la política de Frente Popular el PCE comienza a incidir en la política española.

capaz de resolverla en ese momento. Lo que parece desprenderse de los estudios realizados es que la Internacional Comunista no contribuyó a desbrozar, en sus primeras etapas, lo que constituía el punto de partida indispensable, es decir, la captación de los rasgos específicos de la formación social española, condición de una línea de la línea política adecuada. Y como señaló Tuñón de Lara en 1980 el llamado "viraje de 1932" es una buena parte un mito; en esa fecha se inicia un cambio de dirección, pero la línea política permanecerá inalterada hasta que la Internacional Comunista emprenda el viraje que tendrá su expresión en la política de los frentes populares sancionada en el VII Congreso. De este modo, descontado el hecho indudable de que el PC Español y el PCOE que después se fusionarán en el PCE se constituye en una coyuntura presidida por el reflujo del movimiento obrero en nuestro país, después del crecimiento y de las luchas de los años anteriores, y por una fuerte ofensiva gubernamental y patronal, los cuadros del naciente partido no se muestran capaces de superar los obstáculos que oponen a su penetración las tradiciones del movimiento obrero español heredando, por el contrario, el naciente Partido las limitaciones del mismo, sin que la Internacional Comunista contribuya con sus planteamientos a superar esta limitación.

Como ya se ha dicho, la renovación de la dirección a partir de 1932 no supone una alteración de la línea política, lo cual no significa que no sea un hecho importante en cuanto incorpora a grandes dirigentes de masas. Tampoco cabe atribuir todas las responsabilidades en la persistencia en una línea política inadecuada a los dirigentes del PCE habida cuenta del papel que jugaba la Internacional Comunista a través de sus delegados, y la política de la Internacional Comunista se caracterizaba en el período que se extiende a grandes rasgos entre el VI y el VII Congresos por su esquematismo y sectarismo. De todos modos, conviene disipar la imagen de un centro dirigente que marcha al paso que le dicta los intereses de la URSS interpretados por Stalin: la cosa es más compleja, como lo han demostrado los estudios sobre la génesis de la política de los frentes populares. Y como en el período anterior las penurias analíticas-estratégicas del PCE son una manifestación de las penurias que afectan al movimiento obrero español y que persisten en el período de la República y la guerra, tanto en el anarcosindicalismo como en el PSOE, con esos dos polos que representan en este último el determinismo fatalista de Besteiro y el voluntarismo infantil de Largo Caballero, unidos, sin embargo, por el cordón umbilical del corporativismo de tradición "pablista".

Con la política de los frentes populares el PCE comienza a incidir significativamente en la política española, en tanto aquélla constituye una adecuada respuesta a los problemas de la hora. Pero el crecimiento importante y la incidencia decisiva vendrán con la guerra civil. Sobre este período quedan todavía interrogantes por resolver. Los actos que se preparan con ocasión del 50 aniversario de su estallido pueden contribuir a despejarlos. Mucho fango se ha vertido sobre la actuación del PCE en la guerra civil, olvidando las responsabilidades de socialistas, anarquistas y republicanos; por ejemplo, ¿hasta cuándo persistirá el mito de Besteiro? Muchas veces se ofrece la imagen de un PCE todopoderoso que hace y deshace a su antojo: una atención a la distribución de los puestos de responsabilidad en las distintas esferas entre las diferentes fuerzas contribuiría a poner las cosas en su sitio.

No basta una política correcta

Por lo que se refiere a la política de frentes populares y a la subsiguiente experiencia de gobierno en la zona republicana, se plantea la cuestión de largo alcance, si aquélla era simplemente un expediente defensivo o si se dibujaba una nueva estrategia más adecuada a las condiciones históricas de Europa. Se trata, por lo que se refiere a la experiencia de gobierno en la zona republicana, de la cuestión de la República democrática de nuevo tipo. ¿Quedó ésta sólo en el papel? ¿Con qué obstáculos tropezó su realización? Son conocidas las opiniones de Ercoli (Togliatti) sobre el deficiente funcionamiento del Frente Popular durante la guerra. De nuevo aquí tropezamos con las carencias del movimiento obrero español en sus dos principales corrientes socialista y anarcosindicalista como obstáculos y su realización. Pero no se pueden excluir las responsabilidades del PCE: Togliatti apunta a deficiencias por parte del Partido en la aplicación de esa política y a su aislamiento. Lo cual pone de relieve que no basta con diseñar una política correcta si no se la sabe aplicar o se la aplica deficientemente. Ciertamente, en todo esto no se puede olvidar la grave hipoteca que suponía las condiciones en que se realizaba esa experiencia: la guerra, el cerco a la República española. De todos modos, la profunda fractura que se manifiesta en la zona republicana en los últimos meses de la guerra, el aislamiento del Partido son un motivo de reflexión aún hoy, pues esa situación dejó sus secuelas.

Viene después el exilio, las duras condiciones de trabajo en la España franquista de la inmediata posguerra, la lucha guerrillera, los intentos de unir a la oposición antifranquista, el fracaso del derrocamiento del régimen con ocasión de la victoria antifascista. Y con los cambios en la orientación de la acción política a finales de los años 40 se abre el período que sin solución de continuidad se extiende hasta la crisis presente. Confesamos que para nosotros esta crisis es la más difícil de explicar, mucho más que las dificultades o fracasos de los años 20 y de la guerra civil. Pues hay una serie de elementos positivos en este período en relación con los anteriores. Por primera vez, y al hilo de la renovación del equipo dirigente en la década de los 50, hay una elaboración autónoma del Partido, una apertura a las nuevas realidades y problemas que conllevan las transformaciones en las sociedades capitalistas maduras, una reflexión sobre el legado teórico-político del movimiento comunista, sobre sus experiencias y carencias.

Pero no dejan de suscitarse interrogantes: ¿En qué medida se profundizó en el análisis del franquismo que fue algo más que un aparato de gobierno y con él en el de la formación social española, de su clase trabajadora, etcétera? ¿En qué medida la dirección del Partido supo trasladar las nuevas orientaciones que se abrían paso a la masa de los militantes, suscitando un debate en profundidad y no imponiéndolas desde arriba? ¿En qué medida se ha pecado de precipitación, de coyunturalismo, de mimetismo respecto a otras experiencias cercanas, de sustituir la elaboración por la fórmula?; en este sentido se aprecia en todo el período una cierta cristalización de los debates en torno a fórmulas que casi se sacralizan; se

65 aniversario: La Historia como reflexión

han abierto heridas, provocado fracturas, que se hubieran quizá podido evitar con una mayor prudencia. ¿En qué medida se han renovado los métodos de dirección y traba? Lo que parece claro es que si no se analiza en profundidad, sin crispación, la trayectoria del Partido en estos últimos veinticinco-treinta años, desde que cuaja la nueva línea política y se renueva la dirección, no es posible entender la crisis actual.

Tres claves para una crisis

Ahora bien, para entender en toda su complejidad esta crisis creemos que hay que partir del hecho de que no es un fenómeno específico del movimiento comunista en España, sino que se enmarca en una triple crisis, de la izquierda en España, de la izquierda en Europa y del movimiento comunista (entendemos por tal al que se reclama como punto de arranque de la Revolución de octubre y de la fundación de la Internacional Comunista) en el ámbito que más repercute sobre nosotros, es decir, en Europa Occidental.

Estimamos que sin excluir los factores y responsabilidades específicos del PCE no se puede menospreciar la gravitación en su crisis de esta triple crisis: de la izquierda en España, de la izquierda en Europa y del movimiento comunista en Europa. O, quizá expresado más exactamente: la crisis del PCE es una manifestación especialmente aguda de esa crisis general. En definitiva, no podemos explicarnos plenamente lo que sucede en el PCE (sus fracturas, sus tensiones internas) si no lo enmarcamos en un contexto general de triple ámbito, de lo que sucede en la izquierda española, en la europea y en el movimiento comunista en Europa Occidental. Con ello no se trata de excluir responsabilidades ni de consolarnos refiriendo nuestras desgracias a las ajenas, sino de ampliar los puntos de referencia de acuerdo con lo ya dicho: ver la crisis del PCE como una manifestación especialmente aguda de una crisis general.

Pues, realmente, si ahondamos por debajo de los conflictos de fórmulas o denominaciones, de las pequeñas o grandes ambiciones personales, se estará de acuerdo en que nos hallamos en presencia de lo que se suele denominar una crisis de identidad: ¿Son suficientes o no las fórmulas clásicas que elaboró en su día el movimiento comunista internacional, lo que se ha entendido como marxismo-leninismo, para hacer frente a los problemas actuales? Se dirá que nadie se aferra ciegamente a esas fórmulas, pero el problema está en el alcance de la revisión. Hablar de revisión evoca inmediatamente una palabra maldita en la tradición comunista, pero el marxismo ha consistido en una continua revisión, la cuestión es el sentido que adopta el revisionismo. Pero: ¿acaso esa crisis de identidad no es un fenómeno general?



Empecemos por lo más cercano, por el PSOE. Que el PSOE haya echado por la borda los puntos sustanciales de su programa de "cambio" señala un gigantesco fracaso del socialismo reformista, que pone en cuestión la propia identidad de éste, pues parece claro que por mucho que se rebaje el reformismo si la gestión del PSOE acaba pareciéndose sensiblemente a lo que sería la gestión de una derecha reformista, inmediatamente se plantea el interrogante de qué es lo que define el socialismo reformista en cuanto proyecto autónomo. Que hay una crisis de identidad del socialismo reformista en Europa parece evidente, pues ni la socialdemocracia europea consiguió evitar en su etapa de gestión que estallase la crisis capitalista, ni tampoco ha logrado configurar una respuesta satisfactoria a la misma. La socialdemocracia europea ha marchado al compás de los movimientos del capital: aprovechándose de sus coyunturas expansivas, impotente ante la crisis, intentando combatirla con el recetario de la derecha, lo cual es lo mismo que renunciar a un proyecto reformista autónomo o confesar su fracaso, lo que en cualquier caso pone en cuestión el sentido histórico del reformismo o más exactamente de sus fórmulas tradicionales.

Por último, la vieja tensión que ha recorrido al movimiento comunista en Europa desde su nacimiento, entre la exigencia de una ruptura con el reformismo socialdemócrata y la necesidad de una política comunista de masas está hoy más presente que nunca. Si excluimos, por razones muy diversas, al Partido Comunista Italiano y al portugués, hay que hablar claramente de estancamiento o retroceso de los partidos comunistas. La vieja interrogante leninista del qué hacer gravita sobre los partidos comunistas. ¿Se limitarán éstos a preservar un núcleo duro pero reducido en espera de tiempos "mejores"?; pero ¿cuáles serían esos tiempos "mejores"?, ¿los de una crisis catastrófica? ¿O se limitarán a actuar como mero núcleo de resistencia dentro de los sectores tradicionales de la clase obrera? En verdad, muchos problemas delante nuestro que exigen, como reclamaba en su día Lenin frente a los problemas con que se enfrentaba la Internacional Comunista, estudiar; estudiar y debatir sin crispaciones. ■

Dolores Ibárruri, con Prieto, en las Cortes republicanas.

La cultura de la poda

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

La expresión política del movimiento obrero tiene ya más de cien años de vida organizativa y ha sublimado dos fuerzas fundamentales: la socialdemocracia y los partidos comunistas. Ha llovido lo suficiente desde la escisión bolchevique como para que hoy podamos distinguir dos culturas de la izquierda unidas por rasgos culturales comunes a todas las fuerzas políticas y también por rasgos del mismo origen que aún gravitan sobre socialistas y comunistas. Unidas, pero también separadas por pautas de conducta diferenciadoras, positivas o negativas según las ópticas. Y una de las pautas de conducta diferenciadora, y en mi opinión radicalmente negativa, es la *cultura de la poda* que se ha establecido en el seno de los partidos comunistas menos maduros, como si aún conservaran aquella necesidad de decantación de los orígenes, en busca de una conciencia colectiva "ideal". En nombre de esa búsqueda de la conciencia colectiva "ideal", de la purificación del *intelectual orgánico colectivo,* se han cometido auténticos genocidios internos y no siempre en el sentido figurado de la palabra genocidio. "La poda fortalece al árbol". No a todos los árboles, y no siempre a los árboles podables. Del mismo modo que muchos niños en otros tiempos víctimas de periódicos rapados de cabeza no han llegado a la madurez con cabelleras copiosas. Han pasado una infancia de calvos artificiales, que no les ha salvado de la calvicie natural y final.

Uno de los partidos más duchos en podas internas ha sido el Partido Comunista de España. Podas lógicas en unos tiempos en que socios fundadores acababan en la Falange Española y de las JONS o en que el carácter experimental de un PCE grupuscular podía atraer un vanguardismo políticamente no clarificado. Pero en los últimos treinta años, las podas practicadas en el seno del Partido Comunista de España han tenido más que ver con la lucha por la hegemonía interna de grupos de presión o personas concretas, que con la necesidad de clarificación, homogeneidad y demás eufemismos. Los dos rituales más satánicos y debilitadores que ha practicado este Partido han sido el de la autocrítica como coartada para pasar al toque de degüello y la expulsión sistemática de antagonistas políticos, como si fueran ramas podridas o anticuerpos que amenazaban la existencia del Partido. El ritual de la autocrítica como excusa para cortar cabezas ajenas y el de la cirugía extirpadora han creado una peligrosa pauta cultural desintegradora y han debilitado el árbol hasta colocarlo al borde de la extenuación.

No sólo cabe atribuir a la instalación de una mecánica de exterminio, supuestamente purificador, los males de esa debilidad interna, sino también a la carencia de un sistema organizativo integrador que superara la falacia destructiva de las dobles verdades o la hipocresía aceptada de las diferencias entre lo que se dice y se hace, y viceversa. Los partidos comunistas, hoy por hoy, carecen de un sistema organizativo interno que haga posible la pluralidad sin dramatismos preescisionistas, y cualquier tensión discrepante y disidente tiende a convertirse en un proceso de ruptura hacia el todo o nada. También carecen, y muy especialmente el español, de naturalidad en la confrontación de las ideas y los lenguajes, aunque en nuestro caso el déficit quizá es previo y la carencia se refiere incluso a la simple formulación de ideas. En este Partido se ha pensado poco. Se ha creado la costumbre de que el secretario general piense y los demás comenten o traten de "enriquecer con algunas aportaciones el informe del secretario general con el que estoy completamente de acuerdo". El que no haya pronunciado nunca esta letanía que tire la primera piedra.

Se ha avanzado históricamente con la rigidez que tienen los cuerpos de verdades monolíticas. Cuando Monzón era *un perro titoísta* fue muy difícil pertenecer al grupo de poder si no le ponías el collar de perro a Monzón una vez sí y diez también. Cuando Semprún y Claudín fueron invitados a corregir sus "errores", era muy difícil seguir en la cumbre si no se comulgaba en los argumentos de que Semprún era un intelectual desganado y Claudín un pintor frustrado por el trabajo de partido. Cuando Líster fue expulsado, de pronto el equipo dirigente superviviente empezó a recuperar la memoria y se hizo un inventario de las supuestas barbaridades cometidas por el, en otro tiempo, invicto caudillo popular. La expulsión de los prosoviéticos catalanes se practicó en nombre de un eurocomunismo ideal, palabra que por aquel entonces se pronunciaba a un promedio de diez veces por minuto y que ahora suele aparecer una vez en informes políticos de cien folios y los expulsadores se descoyuntaban de epilepsias sacrosantas cada vez que esgrimían el argumento de que el eurocomunismo estaba en peligro grave y que había que expulsar a dos mil para que ingresaran ocho mil. El empujón a los *renovadores* se hizo en nombre de la homogeneidad y en defensa de una supuesta naturaleza inmutable del Partido que parece el virgo de la Vicenteta, y que se me perdone este ejemplo machista; pero no he querido recurrir a una facilona mención del discutible caso de María Goretti.

Todas estas podas se hicieron en nombre de la fortaleza del árbol y, sin embargo, casi cuarenta años después de la expulsión de los *perros titoístas* todos los partidos comunistas, y nosotros el primero, son algo titoístas; veinte años de distancia de las críticas de Semprún y Claudín permiten comprobar que eran enriquecedoras, especialmente su aportación a la crítica del subjetivismo; Líster era un patrimonio cultural cuya desaparición empobreció la memoria activa de nuestro Partido; los prosoviéticos catalanes llevaban en su seno más mineral crítico riquísimo que ganga testimonial o conspirativa; y en cuanto a los renovadores, significaban cilios comunicadores con el tejido de la sociedad civil que al troncharse nos han desconectado de importantes sectores de la realidad. En alguno de estos casos, la práctica cultural de la expulsión por sistema se ejerció en un solo sentido. Simplemente, los ángeles de la guarda pusieron de patitas en la puerta del paraíso a los ángeles caídos. En otros casos, la relación fue más compleja y la cultura del expulsador se interrelacionó dialécticamente con la del expulsable. "Te voy a joder y te voy a expulsar". "Expúlsame, expúlsame si tienes cojones y verás lo que es bueno". ¿Pueril? No. Real como la vida misma, como nuestra historia misma, y expresión de una inmadurez y de una pobreza de espíritu dirigente y colectivo que nos ha costado presentes poquedades. Hay que crear una cultura de la integración y una sistemática orgánica de la pluralidad. Y el que quiera ser expulsado que se expulse a sí mismo. ■

Los orígenes del Frente Popular

RAFAEL CRUZ

Al analizar la táctica de frente popular en la política de la dirección central del Partido Comunista de España no podemos retrotraernos en el tiempo, buscando antecedentes que mostraran iniciativas aisladas y mucho menos una experiencia lineal —abierta o pretendidamente subterránea— anterior a los acontecimientos de finales de 1934. Analizar los orígenes del Frente Popular es hablar de una determinada experiencia fascista y de unas propuestas unitarias que rebasaran el clásico frente obrero; pero además, estas propuestas unitarias tienen sus características bien definidas. En España, el Frente Popular —en las intenciones comunistas— comienza con la consideración de la unidad obrera por arriba y por abajo y la creación de un vasto bloque popular antifascista que incluyera a las fuerzas nacionalistas y republicanas de izquierda, con sus respectivas organizaciones, en esos momentos bastante fragmentadas. Por otra parte, la propuesta unitaria llevaba consigo un programa más o menos amplio que nada tuviera que ver con una revolución socialista y ni siquiera con una revolución para la instauración de la "dictadura democrática de los obreros y campesinos".

Desde este punto de vista, no podemos considerar como antecedentes la experiencia "unitaria" comunista de 1933 (frente único por la base, Frente Antifascista, elecciones de Málaga) ni la de 1934 (unidad de acción con el PSOE, adhesión final a las Alianzas Obreras. frente único. en definitiva). Tampoco podemos ignorar que la política de frente popular del PCE debe referirse exclusivamente a la propugnada por su dirección nacional en conjunto, desechando para este caso las posibles iniciativas e inclinaciones políticas locales o de la base del Partido.

Así, debemos recordar que en 1934 la política del Partido se dirigía hacia la consecución de una revolución democrático-burguesa, mediante la instauración de un Gobierno obrero y campesino, elegido por los delegados obreros de los soviets, que debían ser creados por medio de comités de fábrica, expresión más acabada del frente único por la base. El frente único por abajo excluía cualquier negociación o entendimiento con las direcciones regionales o nacionales de otros partidos, aunque esta rigidez desapareciera en algunos momentos. Durante 1933 y, sobre todo, en 1934, fueron relativamente frecuentes las cartas al PSOE para promover acciones comunes, mientras que en la propia redacción de las cartas continuaban los mismos insultos de antaño. Además, las acciones que posibilitaban los acuerdos eran, generalmente, proposiciones inaceptables para su dirección, al considerarlas "maniobras" del PCE.

Después de la subida de Hitler al poder en Alemania y la victoria de las derechas españolas en las elecciones de noviembre de 1933, el análisis político del PCE no cambió sustancialmente; solamente algunas partes del lenguaje se transformaron. El PSOE seguía siendo socialfascista y su ala izquierda la mayor traidora dentro de las filas del movimiento obrero; sólo cabía, pues, "neutralizar" su influencia entre las masas. Por otro lado, el fascismo español en el análisis comunista era la continuación del Gobierno contrarrevolucionario de Azaña.

El bloque antifascista

La adhesión del Partido a las Alianzas Obreras, después de ser ampliamente criticadas —y no precisamente por no tener campesinos en su seno—, fue una decisión de la IC a finales de julio de 1934 y constituía un paso importante para continuar con el frente único por abajo, introduciendo al mismo tiempo acuerdos orgánicos con la dirección del PSOE. Nada más había cambiado el 5 de octubre de 1934 y los acontecimientos de esos días son de sobra conocidos. Pero con la derrota obrera en Asturias y pocos días después de la propuesta de Thorez para un amplio frente antifascista, el PCE lanza el 27 de octubre, por medio de una circular a sus organizaciones, la iniciativa de un bloque antifacista:

"Ante nuestro Partido se plantea en este momento la tarea de agrupar en un solo bloque antifascista a todos los que quieren luchar contra la reacción y el fascismo, contra el Gobierno Lerroux-Gil Robles. Comunistas, socialista, anarquistas, republicanos, nacionalistas, todos en un solo bloque en contra del bloque fascista de los diversos partidos monárquicos-fascistas de la burguesía...".

Viejas y nuevas propuestas en esta circular que inician una nueva política, todavía sin la formulación desarrollada de los primeros meses de 1935 y mucho menos igual a la de 1936. Viejas características (nueva terminología que podía designar viejos contenidos: Frente Antifascista, contrarrevolución, frente único por abajo, comités, etc.), pero que en lo sucesivo contendrán nuevas formulaciones (necesidad de una unidad obrera con la burguesía progresista, reivindicaciones democráticas, etcétera).

La nueva consigna fue puliéndose en sucesivas semanas y ya es la prensa comunista quien la propaga: *Bandera Roja, Lluita,* etc., ampliarán, junto con otras cartas y circulares, el contenido de la nueva propuesta. En principio, el bloque antifascista era una nueva táctica para una vieja estrategia, la del Gobierno obrero y campesino y también para luchar por las libertades democráticas del "pueblo". La segunda fase del lanzamiento del bloque —hasta ahora poco teorizado— la constituye el programa de la Concentración Popular Antifascista que publica *Bandera Roja* en la última semana del año. Nuevo término, que utilizará José Díaz en el mitin del Monumental el 2 de junio de 1935, y nuevos contenidos más concretos. El PCE ya pensaba en una organización pluripartidista con un programa mínimo, democrático, marginando de esta manera la estrategia directa del Gobierno Obrero y Campesino y la insurrección armada. La prensa no dejaba de publicar propuestas como ésta, hasta que se concretó una vez más en dos documentos importantes: la carta de los partidos hermanos (PCF, PCI) y el discurso de José Díaz el 2 de junio. En el primero de ellos, la continuidad con la vieja política del Partido es manifiesta, pero se añadía un programa de frente popular antifascista: amnistía, libertades democráticas, tierra para los campesinos, emancipación de las nacionalidades oprimidas y un Gobierno revolucionario provisional. José Díaz comunicará a todo el país el mismo programa, pero alterando el orden de citación de los puntos, con la amnistía al final y la cuestión de la tierra al principio.

La nueva política

En las mismas fechas el Partido creó la organización Concentración Popular Antifascista que no era más que el mismo intento orgánico del Frente Antifascista de 1933, con la adhesión de todas las organizaciones comunistas existentes y grupos republicanos de segunda fila. Fue todo un fracaso, porque el PCE proyectaba una organización antifascista



donde él mismo tuviera la direccción, rebasara en sus decisiones a los comités de los partidos adheridos y cumpliera el programa fijado sólo por el Partido. Del fracaso de esta táctica dará cumplida cuenta la evolución política del PCE en los meses finales de 1935. Pero la nueva política "frentepopulista" se había iniciado irreversiblemente en el PCE. Sus características iniciales son: 1) Proximidad del lanzamiento de la nueva consigna con la propuesta francesa y la terminación del octubre asturiano. 2) Imposibilidad —por análasis e iniciativas anteriores, coetáneas y posteriores— de que la nueva consigna fuera propuesta por el propio PCE, apuntando su iniciativa a la misma IC o alguno de sus dirigentes. 3) Lanzamiento de la nueva consigna en un marco de análisis insuficiente del fascismo, del mantenimiento de la estrategia de la insurrección armada y del Gobierno obrero campesino que, posteriormente, se marginará, apareciendo escasamente en los meses siguientes: 4) Propuesta de una organización antifascista, dirigida por el Partido y/o por las Alianzas Obreras con un programa de reivindicaciones democrático-populares que se matizarán aún más posteriormente. ■

Mitin del Frente Popular en la plaza de toros. En la foto, Dolores Ibárruri y Rafael Alberti.

El Partido Comunista y la guerra civil

M.ª CARMEN GARCIA-NIETO PARIS

Los años de la guerra civil son uno de los períodos de nuestra historia que han llamado más la atención de escritores, artistas, poetas, novelistas, también de los historiadores y, a veces, de los políticos. En cambio hoy, cuando España entra de nuevo en la democracia, hay un olvido de aquellos años, porque queda en la memoria de muchos, el horror de un enfrentamiento entre hermanos, de las muertes, del hambre, del sufrimiento. Este olvido no es bueno. Un pueblo que no conoce y comprende su historia, y no la asume, difícilmente avanza. 1936-1939 fueron tres años importantes porque España pasó de una democracia a un régimen autoritario y dictatorial, después de una guerra política y de clase, en la que mientras se luchaba en los campos de batalla se realizaban reformas estructurales. En la España republicana en especial, al cambiar las relaciones de producción, se alumbraba una nueva sociedad que se consolidaría al terminar la guerra. En la España rebelde se volvía a una estructura social tradicional de dominio económico y de poder social y político de los grupos, clases e instituciones que no habían aceptado las reformas de la Segunda República. Tres años de guerra y revolución frente a guerra y contrarrevolución. He aquí la importancia de estos años.



Patio del cuartel del V Regimiento.

Una de las fuerzas políticas que tuvo una intervención decisiva en todo este proceso bélico y revolucionario fue el Partido Comunista de España y el conjunto de los comunistas, y con ellos, la clase obrera, que llegaban a julio de 1936 con una doble experiencia acumulada en las luchas políticas de 1934 y 1935. Por una parte, la experiencia de alianza de clases en el pacto del Frente Popular, y por otra parte, una experiencia de clase, que hace del proletariado un factor clave en toda esta política de unidad y alianzas, y que, además, prepara su intervención en julio de 1936. Podríamos escribir muchos folios hablando del Partido y de todo lo que las mujeres y los hombres comunistas hicieron en estos años, pero sólo podremos esbozar dos aspectos que son como la base y la síntesis del trabajo y de la política del PCE en estos años.

1. El Partido y su política

El Partido se desarrolló, creció y se implantó en nuevos sectores de la población (campesinos, mujeres, Ejército, intelectuales), y se dotó de una organización mucho más estructurada, fuerte y más democrática, a pesar de las dificultades que generaba una situación excepcional de guerra, que llevó en muchos momentos a posturas sectarias.

Uno de los elementos que caracterizan la intervención del PCE y marcan su línea política fue el apoyo y la defensa del Frente Popular, para mantener la legalidad y la democracia republicanas, como primer factor necesario para ganar la guerra y poder desarrollar una revolución con todas las fuerzas políticas. La defensa de la democracia frente al fascismo enlaza así con la unidad del frente revolucionario. No hay antagonismo entre democracia y revolución, y la defensa de la primera con la puesta en marcha de las reformas que, sin cambiar el marco legal, fueron modificando las relaciones de producción y la composición de los aparatos del Estado fueron el eje de la actuación del PCE en estos años.

Desde los primeros días de la sublevación el Partido caracterizó la guerra como una guerra nacional y revolucionaria. Dolores hablaba en los primeros momentos por Unión Radio a todo el pueblo de Madrid, y el 18 de agosto el Comité Central en un manifiesto afirmaba:

"... Frente a la amenaza del fascismo nos hemos levantado, defendiendo a la República, defendiendo nuestro derecho a la vida... defendemos las más puras esencias de la democracia; luchamos porque los obreros tengan un salario remunerador, porque no vuelvan a ser azotados por el espectro del paro y del hambre; luchamos por una legislación justa, por la igualdad de derechos políticos y sociales para la mujer; luchamos porque los campesinos tengan la tierra suficiente para poder vivir. Queremos el bienestar para todo el pueblo, y nosotros sabemos que esto es posible dentro de nuestra República democrática, y por eso la defendemos como defendemos las libertades a que tienen derecho Cataluña, Euskadi, Galicia y Marruecos. Respetamos las ideas religiosas como deseamos sean respetadas las nuestras; pero combatimos sin piedad a los mercaderes de la religión, a los que de las iglesias y conventos han hecho centros de conspiración y de espionaje...".

Unos meses más tarde, después de la defensa de Madrid, en la que el Partido desempeñó un papel fundamental dirigiendo la lucha en primera línea y organizando la retaguardia, en diciembre el CC puntualizaba más su política con estas palabras:

"... La lucha para ganar la guerra va unida al desarrollo de la revolución. Pero si no ganáramos la guerra, el desarrollo de la revolución se malograría... La guerra la ganaremos solamente si sabemos mantener y consolidar el Frente Popular y si respetamos los intereses de todas las capas sociales que participan en la lucha contra

los militares facciosos y los feroces reaccionarios, desechando todo lo que nos desune y apretando más aún todo lo que nos es común en la hora actual; si, reconociendo y respetando las libertades nacionales de los pueblos, sabemos soldarlos a la unidad indestructible de la España popular y antifascista...".

Creemos es muy importante en la estrategia del Partido, el unir la defensa de la democracia a la revolución basada en una acción unitaria y coordinada de todo el pueblo, y que suponía también una alianza de clases, de la que el Frente Popular "antifascista" era la forma original del desarrollo de la revolución española.

Esta postura unitaria marcó toda la acción política y sindical, y fue un pacto que contribuyó al crecimiento del Partido. A los ocho meses de la guerra, en el informe que José Díaz presentó al Pleno Ampliado del CC reunido en Valencia en marzo de 1937, daba el número de 249.149 militantes, de los cuales 131.600 estaban en el frente, el 35 por 100 eran obreros industriales, 25 por 100 obreros agrícolas, 30 por 100 campesinos, 6,2 por 100 clases medias urbanas y un 2,9 por 100 intelectuales y profesiones liberales. Mujeres y hombres que militan en el PCE porque en él hay disciplina, organización, trabajo y *honradez*.

"Entré en el PCE porque era el único que podía ganar la guerra, porque veía que era necesario un Ejército organizado para luchar contra un Ejército organizado".

"Entré en el Partido porque además de la organización y disciplina, se trabajaba. Su vida era coherente con lo que decían. Había lealtad y honradez".

Son dos testimonios, entre los muchos que tenemos. Un miliciano, Domingo, que en agosto de 1936 fue como voluntario al frente y en octubre entró en el Partido. Fue secretario político de la compañía, responsable de batallón, comisario político de brigada e instructor del Partido ya en los últimos meses de la guerra. Carmen, una mujer, funcionaria del Ministerio de Intrucción Pública, y que ocupó diferentes cargos en la dirección del Partido. Este tenía en sus filas lo mejor del pueblo. Mujeres y hombres llenos de espíritu combativo, entusiasmos e iniciativa. Era la única organización que realmente tenía un carácter de masas en su programa revolucionario para ganar la guerra y que se esforzó por llevarlo a la práctica a través de campañas, mítines, la prensa, etc., etc., y, además, el Partido formaba a sus militantes en las Escuelas de Cuadros en Madrid, Valencia, Barcelona, Jaén, etc., etc., de la Secretaría de Organización y de la de Agit-Prop, que en 1938 dirigió Dolores. Estos son algunos datos de los muchísimos que tendríamos que reseñar.

Ejército, juventud y mujeres fueron tres grupos sociales en los que el Partido tuvo una incidencia muy grande. En 1937 eran 131.600 comunistas los que estaban en el frente como soldados, mandos, comisarios o instructores, y muchos más hasta el final de la guerra. Ellos fueron una parte muy importante del Ejército Popular de la República. Un Ejército que tuvo un carácter democrático y popular, tanto en su composición social como en sus motivaciones. Todos, soldados, mandos populares y militares profesionales habían hecho una opción popular y democrática, o debían hacerla, porque era un Ejército que luchaba en una guerra política. El Partido, a través de la Comisión Político Militar, de las escuelas, del Comisariado y de los instructores llevaba a cabo esa labor de formación exigida por una guerra política y de clase.

Los muchachos jóvenes estaban en el frente, pero no los más jóvenes, y éstos fueron un elemento clave en la retaguardia. "Quien no empuña el fusil en el parapeto, debe empuñar la herramienta en la retaguardia". (Manifiesto del Pleno Ampliado del CC en marzo de 1937.) A través de las JSU, muchachos y muchachas consiguieron la movilización de gran número de jóvenes y su incorporación al trabajo y a la cultura. En muchísimas fábricas se organizaron bibliotecas, cursos de formación, etc.; pero ellos, a su vez, participaron en las campañas de alfabetización en ciudades y pueblos. No podemos olvidar su acción unitaria, que entre otros aspectos quedó plasmada en la Alianza Juvenil Antifascista con participación de las juventudes republicanas, libertarias y de sectores católicos.

Las mujeres se incorporaron desde el primer momento a la sublevación a todas las tareas de la guerra, desde el Ejército, como milicianas, u ocupando cargos en servicios de Estado Mayor, a trabajos políticos o sindicales y a las fábricas. A medida que avanzaba la guerra fueron más las mujeres que ocuparon cargos en la dirección del Partido. Pero fue a través de sus organizaciones propias y unitarias donde las mujeres desarrollaron una labor importantísima en la retaguardia. Mujeres Antifascistas y Unión de Muchachas fueron las dos organizaciones que, junto al Sindicato del Vestido de UGT, en el que militaban muchas mujeres comunistas, organizaron la mayor parte de los talleres de confección en conexión con el Ejército en los que trabajaron millares de mujeres, los servicios de evacuación y también los de fortificación, escuelas, etc., etc. La guerra creó las condiciones que permitieron a las mujeres una toma de conciencia de su capacidad que en aquellos momentos pusieron al servicio del Partido y de la lucha por la democracia, conscientes de su responsabilidad y de sus derechos, venciendo muchas veces la oposición y resistencia de los compañeros.

2. *El PCE en los órganos de poder*

En los cuarenta y nueve primeros días de la guerra, el Gobierno presidido por Giral no pudo mantener el control de todas las palancas del Estado. El poder popular lo había desbordado y cada vez se hacía más patente la necesidad de que tanto la dirección militar como la política estuviesen en manos no sólo de los partidos republicanos burgueses, sino de todos los que defendían la democracia republicana.

El 4 de septiembre de 1936 Azaña dio luz verde a la formación de un Gobierno de mayoría socialista y con participación comunista y republicana. Es un hecho histórico porque es la primera vez que se forma un Gobierno de Frente Popular. Este, que nació como un pacto electoral y un movimiento popular, se convertía ahora en una estructura de poder. Frente Popular que se ampliaría con un sector de la derecha representada por el Partido Nacionalista Vasco y por la izquierda por la CNT-FAI. Fue una experiencia que duró prácticamente hasta 1939.

Experiencia histórica, también, porque es la primera vez en la historia que el Partido Comunista participa en la gestión de gobierno. La presencia comunista se dio en todos los órganos de poder, tanto del Estado en su Gobierno central, como en los Gobiernos autónomos de Catalunya y Euskadi, Consejos de Asturias y Santander, en la Junta de Defensa de Madrid y en los órganos locales (Ayuntamientos, etcétera).

Gobiernos de Frente Popular que son la expresión estratégica de una alianza de clase que elevó la lucha contra el fascis-

El Partido Comunista y la guerra civil

mo a un nivel superior de revolución popular.

La presencia de los comunistas en el Gobierno central fue a través de dos Ministerios, el de Instrucción Pública, dirigido por Jesús Hernández, y el de Agricultura, por Vicente Uribe.

Desde el Ministerio de Instrucción Pública, hasta mayo de 1938, Hernández, con la colaboración de Wenceslao Roces, como subsecretario, y Josep Renau y César Garcia Lombardía, como directores generales de Bellas Artes e Instrucción Primaria, se superó la política educativa y cultural de la República del 14 de abril, y se pusieron las bases de una enseñanza y de una cultura popular en dos aspectos. En primer lugar, con una legislación que extendía la enseñanza y la educación a través del Instituto Obrero, de las campañas de alfabetización, y las Milicias de la Cultura, entre otras medidas; en segundo lugar, mediante el desarrollo del arte, la literatura y el teatro entroncado con los intereses y los valores del pueblo, que facilitó la publicación de *Hora de España,* la celebración del Congreso Internacional de Intelectuales, etc.

Vicente Uribe, desde el Ministerio de Agricultura, impulsó, completó y mejoró las medidas que, a través de incautaciones y colectivizaciones se habían realizado en el verano de 1936. Su punto de partida fue el Decreto de 7 de octubre de 1936, y su importancia estriba en que ratificó la modificación de las relaciones de propiedad en el campo y creó su forma jurídica, supuso el acceso a la propiedad de la tierra de numerosos campesinos y la protección para pequeños propietarios, que salvaron sus tierras de la colectivización forzosa de los primeros meses. Este Decreto se completó, en meses y años sucesivos, con normas de protección y ayuda a la producción, y con el apoyo de los comunistas que, desde la Comisión Central Agraria, aplicaban la política oficial y la del Partido, basada en la distribución de la tierra y la creación de colectividades o cooperativas, respetando la libertad de los obreros del campo.

No fue fácil la posición de los comunistas en un Gobierno muy burocratizado, y en cuyo seno era difícil realizar la política de Frente Popular, pero por la que trabajaron los comunistas siguiendo la línea marcada por José Díaz en el informe al Pleno Ampliado del CC en Valencia en marzo de 1937 con estas palabras:

"Dado el carácter de la lucha que se está ventilando en España y su repercusión internacional, es necesario definir, declarar, para que lo comprendan todos, por qué luchamos. Luchamos por la República democrática, por una República democrática y parlamentaria de nuevo tipo y de profundo contenido social. La lucha que tiene lugar en España no tiene por objeto el establecimiento de una República democrática como puede serlo la de Francia o la de cualquier país capitalista. No; la República democrática por la que nosotros luchamos es otra. Nosotros luchamos por destruir las bases materiales sobre las que se asientan la reacción y el fascismo, pues sin la destrucción de estas bases no puede existir una verdadera democracia política".

Y esto a pesar de que su presencia en los aparatos de Estado fue mínima frente a socialistas y republicanos. He aquí unas cifras que reflejan quiénes son los que tuvieron el poder, y deshacen uno de los mitos que hacen de los comunistas el "factótum" y los dueños de las riendas del Gobierno.

PCE/PSUC: 2 ministros, 4 subsecretarios, 6 directores generales.

PSOE: 9 ministros, 16 subsecretarios, 12 directores generales.

Republicanos: 22 ministros, 25 subsecretarios, 20 directores generales.

CNT: 5 ministros, 3 subsecretarios, 4 directores generales.

PNV: Un ministro.

ANV: Un ministro.

No obstante la escasa presencia en los órganos decisorios del poder, el Partido apoyó sin reservas la política del Gobierno. No fue tarea fácil, pues las otras formaciones políticas presionaron en contra del Gobierno y de los comunistas, presión cada vez mayor a medida que avanzaba la guerra, en especial desde 1938, cuando la situación en los frentes era muy dura, y llevó a intentos de compromiso para finalizar la lucha. Todo se agravó a partir de Munich, cuando Inglaterra y Francia cedieron ante las pretensiones de Hitler, cesión que entrañaba el abandono total de la República de España. El bloque de clases sociales formado a nivel de Gobierno se había roto. La política de unidad y de alianzas se había quebrado y ésta fue sin duda una de las causas de la derrota. Se rompió porque los partidos tenían diferentes estrategias y distintas concepciones de la guerra y del proceso revolucionario. Ganar la guerra para hacer la revolución o hacer la revolución para ganar la guerra que dividió a los partidos obreros y a las fuerzas sindicales, y ganar la guerra sin revolución era lo que deseaban muchos republicanos.

Los comunistas, hasta los últimos días de marzo de 1939, fueron fieles a su política, en circunstancias muy difíciles por la guerra y la persecución dentro de la misma República. La resistencia era necesaria, ya que se jugaba con un Frente Popular unido la oportunidad de lograr la paz sin represiones y la posibilidad de evacuación.

En abril de 1939 terminaba una de las etapas importantes del proceso histórico de España hacia una sociedad justa, igual y libre. Un momento de esa larga marcha de todos los españoles hacia la libertad y la igualdad, en la que seguimos embarcados en 1985. Tres años llenos de elementos que nos permiten comprender el proceso posterior y el trabajo de los comunistas. ■



El general Modesto.

De la guerrilla a las fábricas

DAVID RUIZ

Por qué no trabajan en organizaciones de masas legales?". Según los testimonios más solventes, en torno a ese interrogante formulado por Stalin discurrió la singular entrevista que éste mantuvo con una delegación del PCE presidida por Dolores Ibárruri en septiembre de 1948.

Al margen de haberse mantenido en secreto durante largos años, la singularidad de la citada entrevista radicará, además, en dos series de motivaciones. En primer lugar, porque con anterioridad nunca Stalin había recibido a delegaciones del PCE, y en aquella ocasión la iniciativa partió del propio dirigente soviético, circunstancias ambas que remiten al lugar que España y su Partido Comunista ocupaban para la dirección del PCUS. Hoy todos los datos disponibles apuntan a considerar, en cambio, que para los soviéticos España "ya era Occidente", y ello significaba para Stalin facilitar la resolución del problema yugoslavo eliminando posibles injerencias occidentales, contexto en el que pueden explicarse las "desinteresadas" recomendaciones a los dirigentes españoles, al margen de otro tipo de consideraciones crecientemente compartidas sobre la inviabilidad de la guerrilla en aquel período.

En segundo lugar, la entrevista con Stalin tuvo también la virtualidad de suscitar disparidad de apreciaciones sobre su contenido en relación a los cambios reales que podía comportar su interpretación en el seno del Partido. En este sentido, Dolores Ibárruri recuerda que la conversación giró en torno a la disolución de la guerrilla y la penetración en las organizaciones de masas franquistas: "De regreso a nuestra residencia —anotará recientemente— proseguimos entre nosotros la discusión... y llegamos a una conclusión: Stalin tenía razón" *(Memorias de Pasionaria, 1939-1977,* pp. 126-127). Santiago Carrillo, en cambo, consideró que Stalin no se pronunció tajantemente por el abandono de la guerrilla limitándose a sugerir que debía mantenerse como elemento auxiliar a otras formas de acción del Partido, y entre ellas, servir de escudo protector a las organizaciones clandestinas: "Hasta 1949 estábamos centrados en la idea de un levantamiento nacional —recuerda Santiago Carrillo—. La cuestión esencial para Stalin era que debíamos trabajar en los sindicatos fascistas y en las



organizaciones de masas. El no nos propuso abandonar la guerrilla más que indirectamente (...). Nos había dejado entrever la posibilidad de recibir armas, pero aconsejándonos que utilizáramos la guerrilla más bien como apoyo de la dirección política... En el fondo, toda su posición era correcta" (S. Carrillo: *Mañana España,* pp. 123-125.)

Así pues, las recomendaciones de Stalin se erigieron, de facto, en argumento de autoridad sobre la cuestión que la dirección incorporó y presentó a los militantes como emanación de ésta en exclusiva: "Tenemos que ser duros y pacientes en la lucha —escribirá, casi al dictado, Santiago Carrillo unos meses después de la entrevista—. Ser pacientes y trabajar entre la clase obrera y las masas para elevar su conciencia (...), bajo las condiciones del fascismo no es posible defender a los trabajadores desarrollando organizaciones de masa ilegales, de oposición" (S. Carrillo: "Sobre las experiencias de dos años de lucha", en *Nuestra Bandera,* noviembre-diciembre de 1948, núm. 31, pp. 835-836). Ocultación de las sugerencias de Stalin que se prolongará durante décadas como lo prueba la omisión del tema en la *Historia del Partido Comunista de España* (edición oficial de 1960), en la que tampoco se hace la menor referencia a la entrevista.

Pero como ya es sabido, examinar el pasado de una organización política no consiste únicamente en proceder a la ordenación temática y cronológica de las decisiones y de los problemas teóricos y organizativos que en cada situación se plantean a la dirección; tampoco limitarse al conocimiento del grado de homogeneidad ideológica o a las pugnas de grupo que la recorrieron. Tal visión quedaría seriamen-

Los guerrilleros, el maquis estuvo presente en España hasta 1952 y aun después, en núcleos aislados. En la siguiente página, la agrupación de Levante, la más poderosa, llegó a editar un boletín propio.

De la guerrilla a las fábricas

te mutilada si se prescinde de analizar las relaciones del conjunto de la organización; organización que en el caso de los comunistas españoles la distancia geográfica se encargó de reforzar la separación entre la dirección en el exilio (repartida entre Moscú y París) con los militantes del interior enrolados en la guerrilla rural y urbana, difícilmente comunicados por el débil cordón umbilical de los clandestinos. Razones suficientes todas ellas para que, desafortunadamente, en la historia del PCE se privilegie aún la de la dirección sobre la de los cuadros medios y la base militante.

1. La guerrilla no se abandona

Del examen de las fuentes hoy disponibles se deduce que la voluntad expresada por el ejecutivo de dar por finalizada la táctica guerrillera se vio acompañada de todo tipo de obstáculos, empezando por la ambigüedad que caracterizó a las directrices emanadas de aquélla. Casi un año después de la controvertida entrevista con Stalin se insistía en reconvertir la guerrilla en una fuerza político-militar cuya principal misión debía ser "instruir y organizar políticamente a las grandes masas campesinas" *(Mundo Obrero,* mayo de 1949); precisamente cuando las partidas guerrilleras hostigadas desde todos los frentes se hallaban en plena desintegración, la dirección del PCE persistía en difundir informaciones como la de *Mundo Obrero* en enero de 1949: "Auge de la actividad guerrillera en el Alto Aragón", o como la de la edición gallega de *El Guerrillero,* que en 1950 llamaba a los jóvenes a desertar del reclutamiento militar franquista y a ingresar en las guerrillas. Estas contradicciones aparentes explican, entre otros resultados, que algunas agrupaciones como las de Granada, Málaga y Galicia, principalmente, sufrieran más bajas por la represión después de 1948, año en el que oficialmente se había dado por finalizada la lucha armada, que en la etapa anterior de plena guerrilla; justifican también la indignación de Enrique Líster —indignación que no hará pública hasta treinta años después, cuando escribe: "¿Qué juego era ese? Dos años después de haberse tomado la decisión de liquidar el movimiento guerrillero y cortarle toda ayuda, se le sigue incitando a que continúe la pelea"—. (Cit. por S. Vilar: *Historia del antifranquismo, 1939-1975,* p. 222.)

Habrá que esperar, pues, hasta el verano de 1952, momento en que veintiséis guerrilleros del País Valenciano alcanzaron la frontera de los Pirineos tras un mes de marcha agotadora obedeciendo las consignas de la dirección —según parece este fue el único repliegue disciplinado— para dar por concluida la etapa guerrillera. (H. Heine: *La oposición política al franquismo,* p. 470). Como el resto de las organizaciones no contaron con el suficiente respaldo, no parece descabellado concluir que el ocaso de la acción guerrillera comunista no fue tanto el resultado de la decisión del Partido como el de la represión policial y militar franquista.

2. En las organizaciones de masas no se entra

"Colocación de un petardo en el transformador o en la puerta del fascista más destacado del pueblo... Encabezar movimientos de desorden dentro de las organizaciones de Falange" (Aguado Sánchez: *El maquis en sus documentos,* pp. 146-147), estas y otras tareas como la reorganización de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra y de las Juventudes Socialistas Unificadas se sugerían a los comunistas organizados en los Consejos Locales de Resistencia en 1949. Consignas contradictorias como puede observarse, como lo fueron las emitidas cuando la guerrilla se resistía a desaparecer y se ordenaba, por ejemplo, el cese de los "golpes económicos" a la vez que se instaba a continuar con los golpes político-militares sin suficiente explicación.

En un tiempo en que las instrucciones de la dirección se reciben solapadas y la transición se presenta difícil, la desorientación y la incomprensión tendieron a generalizarse. Desorientación para los comunistas del interior que habían luchado contra el régimen al margen de la guerrilla rural y urbana, que frecuentemente asociaron la lucha armada con la guerrilla rural —el sabotaje, por ejemplo, aparecía como acción ligada a la guerrilla urbana—, incomprensión que se manifestará en actitudes intransigentes primero y en abandono después de toda forma de lucha cuando se vean impotentes para actuar


El Guerrillero

sobre "el vertical", e incapaces de superar políticamente la "alergia" que durante años habían alimentado hacia la organización sindical franquista.

Comunistas heroicos y dogmáticos antes que disciplinados y críticos, tal es la imagen legada por el conjunto de la organización en la lucha contra el franquismo en el período que nos ha correspondido reseñar. Heroísmo e indisciplina que, es preciso subrayarlo, prevalecía al Sur de los Pirineos contrastando con la subordinación del ejecutivo a las directrices del PCUS. Si a ello se suma la carencia de análisis sobre la España franquista a la que continuarán aplicando los esquemas del pasado, pareció por un momento que la tradicional visión catastrofista *"el régimen de Franco se derrumba",* tendía a perpetuarse.

Por el momento pareció, además, que el paso del tiempo no afectó a la esfera de la reflexión colectiva porque la teoría general no se vio afectada por el viraje táctico y a ello se debe que el boicot a los tranvías de Barcelona en 1951 fuera registrado en los anales del Partido como el primer éxito de la lucha de masas, y presentado por Dolores Ibárruri como "una acción que ha supuesto para el franquismo

un golpe del que no se podrá reponer". *(Por la paz, la independencia y la democracia.* Folleto, octubre 1951).

Visión compartida por Santiago Carrillo con el agravante, en este caso, de seguir sosteniéndola casi un cuarto de siglo después ("La primera huelga importante desencadenada en Barcelona en 1951, fue resultado de nuestro trabajo en el sindicato fascista". *Mañana España,* París, 1975, p. 125.)

Pero en el proceso de transición, que no en el cambio brusco de la lucha armada a la lucha política de masas, los comunistas españoles deberán afrontar nuevas dificultades. Entre 1952 y 1956 el franquismo encontrará ocasiones varias de respaldo internacional. En primer lugar la que le deparó el Tratado con los EE. UU. a cambio de la instalación de las bases militares; en segundo lugar el refuerzo ideológico que le supuso el Concordato con el Vaticano, ambos firmados en 1953. Finalmente, dos años después, de la mano norteamericana se le abrirían las puertas de la ONU.

Mientras tanto, las organizaciones de oposición al franquismo o dejaban de existir como la CNT o languidecían como el PSOE-UGT, siguiendo ambas el camino inaugurado en la década anterior por republicanos y monárquicos. El PSOE abandonaba en 1952 la llamada "coalición de fuerzas antifranquistas no totalitarias", aprestándose ulteriormente a "no establecer alianzas con nadie"; cuando EE. UU. firmó el Acuerdo con Franco, la dirección del PSOE se limitó a "lamentar" el apoyo de la democracia norteamericana al dictador español. Este era el máximo nivel de análisis teórico al que accedía la dirección socialista de Toulouse a cambio, eso sí, de preservar cuidadosamente otra fijación: el anticomunismo que en la década del cincuenta le llevó a la parálisis en la lucha antifranquista.

Quedaba el PCE en solitario con la guerrilla liquidada y sin haber cuajado aún la entrada en las organizaciones legales de masas; situación esta que se registraba justamente en el momento en que la coyuntura internacional se mostraba más favorable que nunca para la dictadura franquista. Debilitada la organización del interior, la dirección en el exterior se ve desbordada por los acontecimientos y nuevamente sorprendida por la capacidad de adaptación del franquismo al nuevo orden internacional: "No es una prueba de solidez del franquismo, sino de debilidad" —se llegó a decir—; éste es "un régimen antinacional, un régimen extraño a los intereses de España y que sólo puede mantenerse con ayudas exteriores", se apresurará a diagnosticar Dolores Ibárruri al referirse al Acuerdo hispano-norteamericano en el Informe Político al V Congreso del PCE celebrado en Praga del 1 al 5 de noviembre de 1954; Congreso convocado nada menos que casi un cuarto de siglo después del precedente (IV Congreso, Sevilla, 1932).

Los errores de análisis afectaron también al examen de la estructura económico-social española y a sus derivaciones políticas, a saber: se percibe por primera vez la existencia del capitalismo monopolista de Estado, pero se sigue insistiendo en las supervivencias feudales; se califica de caótica la economía española presentándola como víctima de la penetración del capital extranjero depredador de las riquezas del país, lo que necesariamente llevaría a que sectores de la oligarquía financiera chocaran con el régimen —se afirma que solamente los terratenientes apoyan a Franco—, etc. De este análisis se desprendía la posibilidad de cristalización de un amplio Frente Nacional Antifranquista.

No obstante, el Congreso de 1954 sentará las bases de la trayectoria que recorrería el Partido hasta su legalización. Más innovador en el nivel organizativo que en el político —por primera vez se reconocerán algunos errores del pasado como la creación de sindicatos clandestinos en lugar de centrarse en las posibilidades que ofrecía la organización sindical franquista—, en el contexto de la desestalinización, el V Congreso presenciará la aparición de las primeras tensiones entre los "jóvenes" y la "vieja guardia" en la dirección; tensiones que cristalizarían dos años después con motivo de la discusión en torno a la entrada de España en la ONU.

Efectivamente, fue en el pleno de Bucarest (5-12 de abril de 1956) donde frente al grupo constituido por Uribe, Mije, Líster, Gallego, e inicialmente también Pasionaria, quienes consideraban que la entrada en la ONU suponía un reforzamiento del régimen, una traición de los imperialistas angloamericanos al pueblo español al que utilizarían en sus planes de guerra contra la URSS, alzarían su voz los renovadores de la primera hora —Carrillo, Claudín, Delicado— estimando positiva la entrada, convencidos de que ésta favorecía la coexistencia pacífica internacional, marco en el que cabría la neutralización del antisovietismo franquista.

3. La política de reconciliación nacional se impone

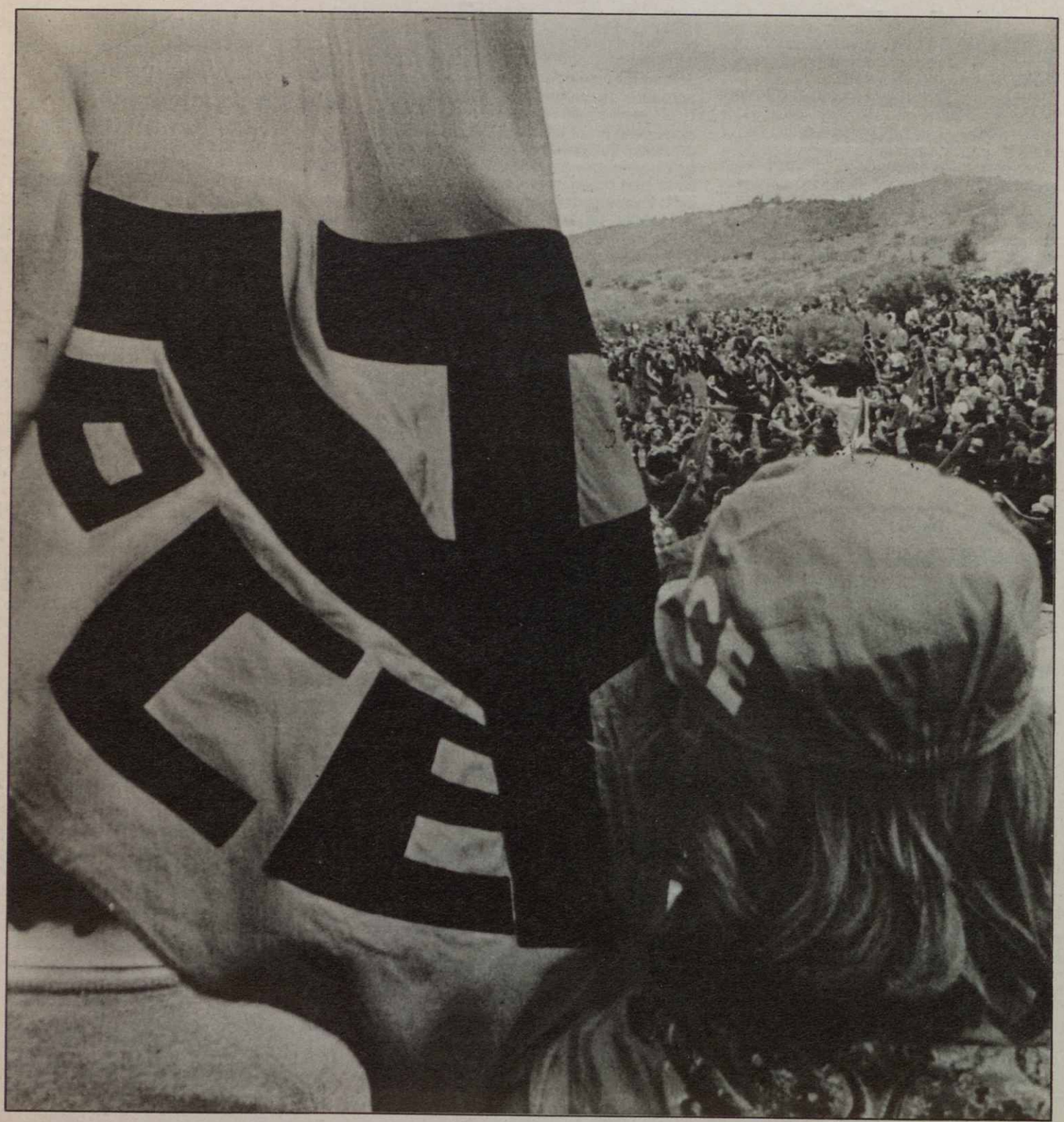
Se ha escrito que la decisión del pleno de Bucarest se postergó y la celebración del XX Congreso del PCUS relegó el debate sobre la ONU a sengudo plano. Tal postergación no extraña porque, paradójicamente, después de transcurrida más de una década de la disolución de la Internacional Comunista será este Congreso y no el V del PCE ni el pleno de Bucarest el factor determinante de la nueva época que se abre a los comunistas españoles. El testimonio de Dolores Ibárruri, con su componente autocrítico, es concluyente al respecto: "Ante mí aparecía una realidad clara: la política de nuestro Partido la teníamos que elaborar y aplicar nosotros mismos, los comunistas españoles... En adelante procuraríamos que los errores en los que incurriéramos fueran errores propios, que habríamos de asumir y corregir nosotros mismos" *(Memorias de Pasionaria, 1939-1977,* p. 150.)

No es preciso extenderse en subrayar que para la inmensa mayoría de los partidos comunistas, las grandes líneas de actuación habían quedado trazadas en el XX Congreso del PCUS, procediéndose de inmediato a la disolución de la Kominform y al reconocimiento, en consecuencia, de la independencia de los partidos comunistas y de la pluralidad de vías al socialismo. Quizá sea menos conocida, en cambio, una "mera cuestión de calendario", ya que solamente con unos meses de diferencia de aquella decisión, el Comité Central de los comunistas españoles aprobada la política de reconciliación nacional en el pleno celebrado el 3 de julio de 1956.

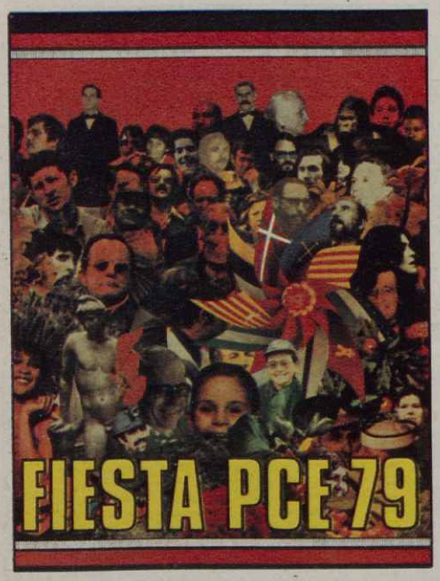
Política de reconciliación nacional que suponía un viraje radical con pasadas etapas. Los intereses populares del conjunto de la sociedad española se anteponían, por vez primera, al discurso global comunista que se reclamaba de la guerra civil, y la alianza antifranquista debería culminar en la búsqueda de una salida democrática a la dictadura. También, por primera vez, la dirección del PCE apareció permeable a los cambios registrados en España, donde ya apuntaban las primeras "comisiones de obreros" y la radicalización juvenil universitaria frente al "vertical". Por todo ello, al lado de la ruptura de 1956 cabría considerar irrelevante la verificación del fracaso de la Jornada de Reconciliación Nacional de 1958.

Las fiestas PCE

IMAGENES



Las Fiestas del PCE, que comenzaron aquella tarde que "caían chuzos de punta en Torrelodones" en el año 1977, se trasladaron a la Casa de Campo madrileña. Hoy son no sólo uno de los acontecimientos políticos de cada año, sino también una fiesta de los comunistas de todo el Estado, y más allá de los comunistas, un lugar de encuentro, el lugar abierto, seguro, divertido de todos los pueblos de España, de los ciudadanos de Madrid. Con sólo ocho años es ya tradición, es ya parte de la Historia. Estas son sus fotos y sus carteles.













La historia, en fotos

1. *Acebedo, miembro fundador del PCE.*

2. *Acta fundacional del PCE firmada por R. Merino Gracia como secretario general del Partido Comunista Español el 12 de mayo de 1920.*

IMAGENES

1



2

ESPAÑA

FUNDACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA ESPAÑOL

Los elementos socialistas partidarios de la III. Internacional se han decidido á separarse del viejo partido socialista que sigue con sus vicios de colaboración y oportunismo.

Los jovenes que se hallaban al frente de la Federación de juventudes socialistas se constituyeron el día 15 de abril pasado en Partido Comunista, lanzando un manifiesto al proletariado español y varios circulares á las organizaciones y simpatizantes obreros.

El nuevo Partido publicó el primero de mayo su órgano oficial "El Comunista" que fué acogido con gran entusiasmo por la masa trabajadora. La creación del partido comunista ha causado una profunda emoción en el viejo partido socialista siendo muchos los hajos de trabajadores que se van ya en el viejo partido el instrumento de la revolución proletaria.

En oposición franca al Partido Comunista se hallan los viejos líderes oportunistas Besteiro, Largo Caballero, Fabra Ribas, Saborit, los cuales combaten vigorosamente todas teorías que constituyan agresivos para Rusia. Hay además los falsos izquierdistas que durante la guerra explotaron la idealidad revolucionaria rusa y que ahora retroceden ante el comunismo y siguen en el viejo partido socialista tan cobardes y vacilantes como siempre. Forman este grupo García Cortés, Ramos de Arenas, Lamoneda, y el mismo Anguiano. Frente á toda esta actuación reformista y antirevolucionaria el joven Partido Comunista asume la labor de iluminar a las masas proletarias sobre su verdadera actuación por la conquista del Poder y de la dictatura.

El viejo Partido socialista celebrará el día 19 de junio próximo un nuevo congreso nacional para decidir la adhesión á la III^a ó la reconstrucción. Es muy probable, casi seguro que triunfe el criterio de Besteiro decidido por la reconstrucción, pero entonces grandes masas del partido socialista que aún serán jóvenes y vacilantes, se separarán para ingresar en el Partido Comunista, el cual defiende vigorosamente la táctica, principios y acuerdos de la Internacional Comunista, á la cual se ha adherido sin reservas á incondicionalmente.

Madrid 12 mayo 1920.

R. Merino Gracia.
Secretario general del Partido Comunista Español.

3



Facundo Perezagua

NACIO en Toledo hacia 1860. Comenzó su vida de proletario trabajando en la Fábrica de Armas de la ciudad.

4



3. *Facundo Perezagua, miembro fundador del PCE.*

4. *Páginas centrales de MUNDO OBRERO en defensa del Frente Popular.*

5. *Guerra civil. Barricada en las calles de Madrid.*

6. *Las tropas republicanas tienden puentes sobre el Ebro para librar una importante batalla.*

7. *Soldados y milicianos en el frente del Ebro.*

5



6



7



La historia en fotos

8. *El General Walter, de las Brigadas Internacionales; Dolores Ibárruri y Francisco Antón, comisario político en el frente de Guadarrama.*

9. *Valentín González, "El Campesino", jefe de la 43.ª División del V Regimiento.*

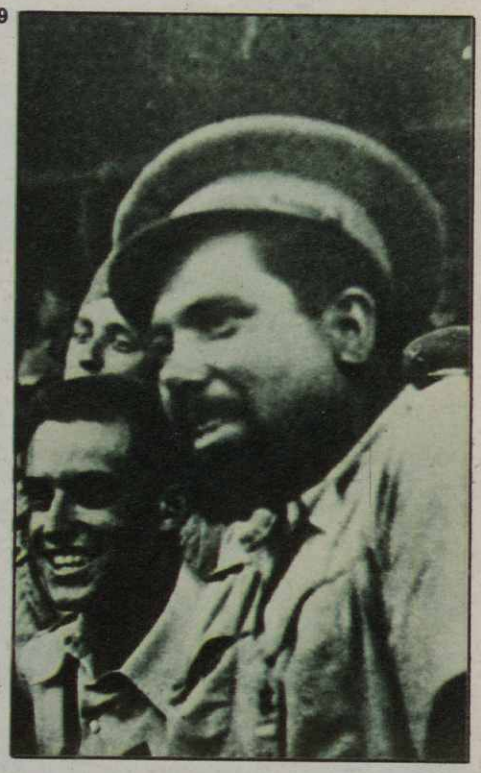
10. *Calle de Madrid durante la guerra civil.*

IMAGENES

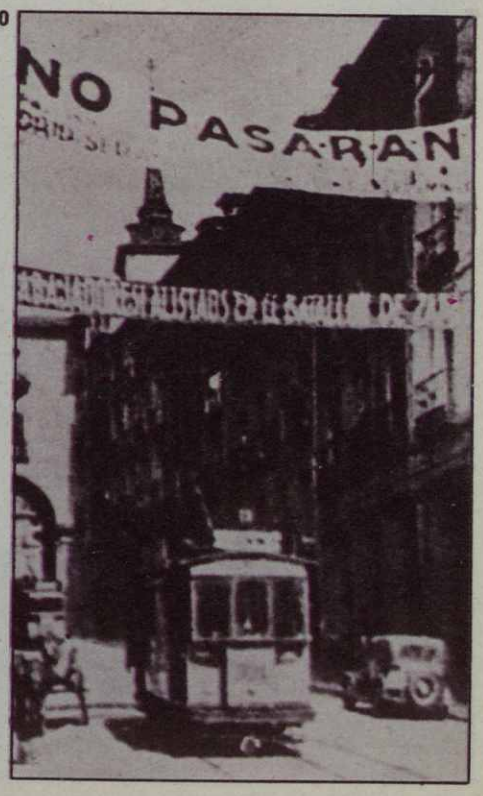
8



9



10



11. *Frente de Madrid.*

12. *Asalto al Cuartel de la Montaña en Madrid (1936).*

13. *En 1936, el PSUC ocupó el hotel Colón, de Barcelona, y lo convirtió en la sede del Partido.*

14. *Equipo de fútbol del PCE en el penal del Dueso (Santander). El primero por la derecha, de pie, es Luis Heras, fotógrafo de MUNDO OBRERO.*

11



12



13



14



La historia en fotos

IMAGENES

15. *En 1964, Joaquín Ruiz-Giménez y Enrique Tierno Galván defendieron en los Tribunales franquistas a Luis Antonio Gil y José Sandoval, miembros del PCE.*

16. *Material aprehendido por la Policía en un local del PCE en los últimos años del franquismo.*

17. *Carta cifrada enviada por los detenidos en el penal de Burgos a la dirección del PCE.*

18. *Georges Marchais y Enrique Berlinguer celebraron en Madrid con Santiago Carrillo la "cumbre eurocomunista" en 1977 para presionar por la legalización del PCE.*

15

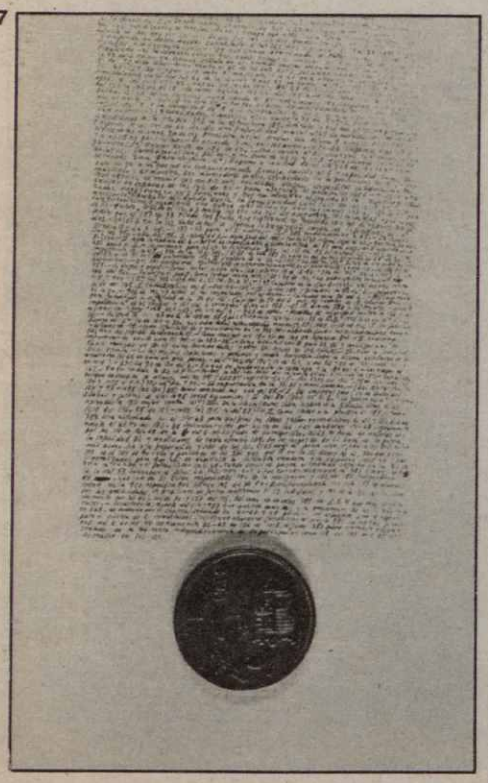

Mundo Obrero

EL JUICIO CONTRA SANDOVAL Y SUS COMPAÑEROS

16



17



18



19. *El IX Congreso, el primero celebrado en la legalidad, sirvió para retirar el término leninismo de los principios del PCE.*

20. *Grupo Parlamentario Comunista salido de las elecciones de 1979, en las que el PCE consiguió 23 escaños.*

19



20

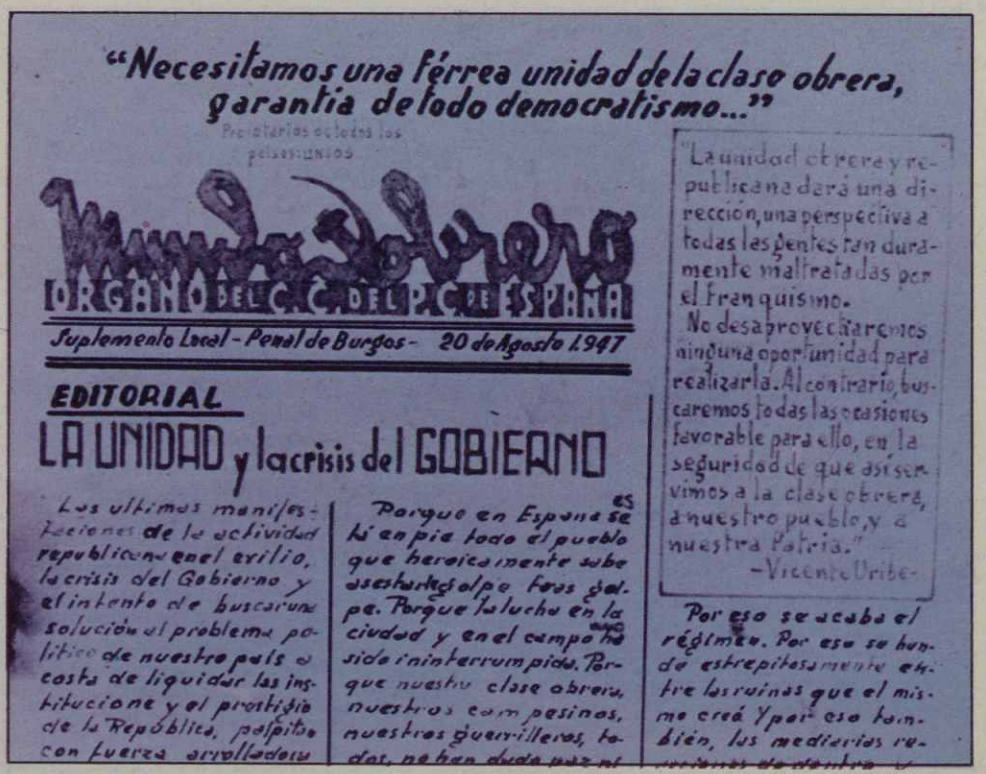


Una voz que no silenciaron

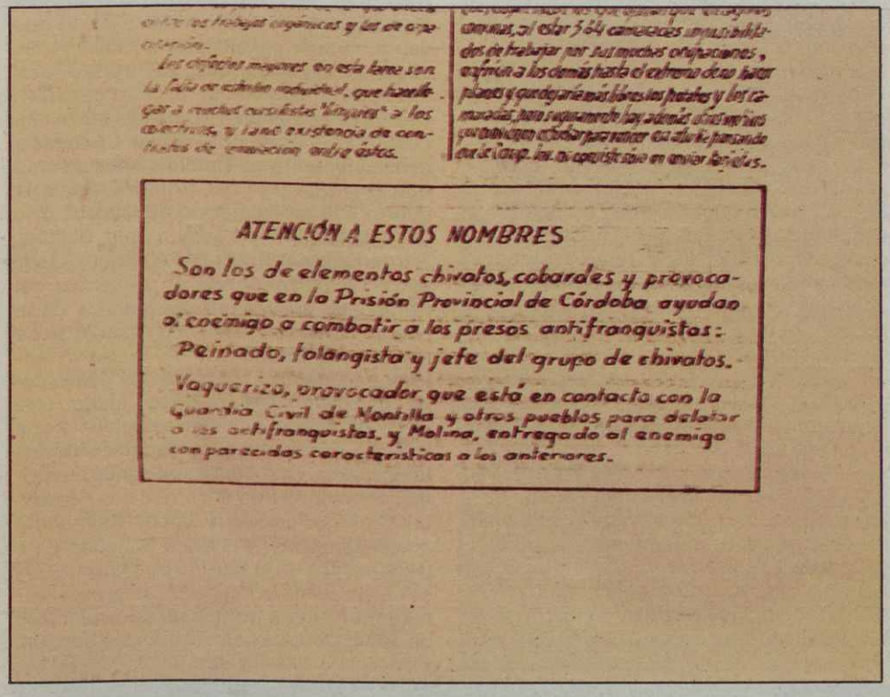








La historia del PCE también está en su prensa. Desde el número 1, "El Comunista", pasando por "La Antorcha", por los ejemplares hechos a mano en las prisiones de Burgos o de Ocaña, el MUNDO OBRERO llegando a todos los rincones, el grito de amnistía en 1976, el actual MUNDO OBRERO. La prensa comunista ha sido una voz que no consiguieron callar nunca.



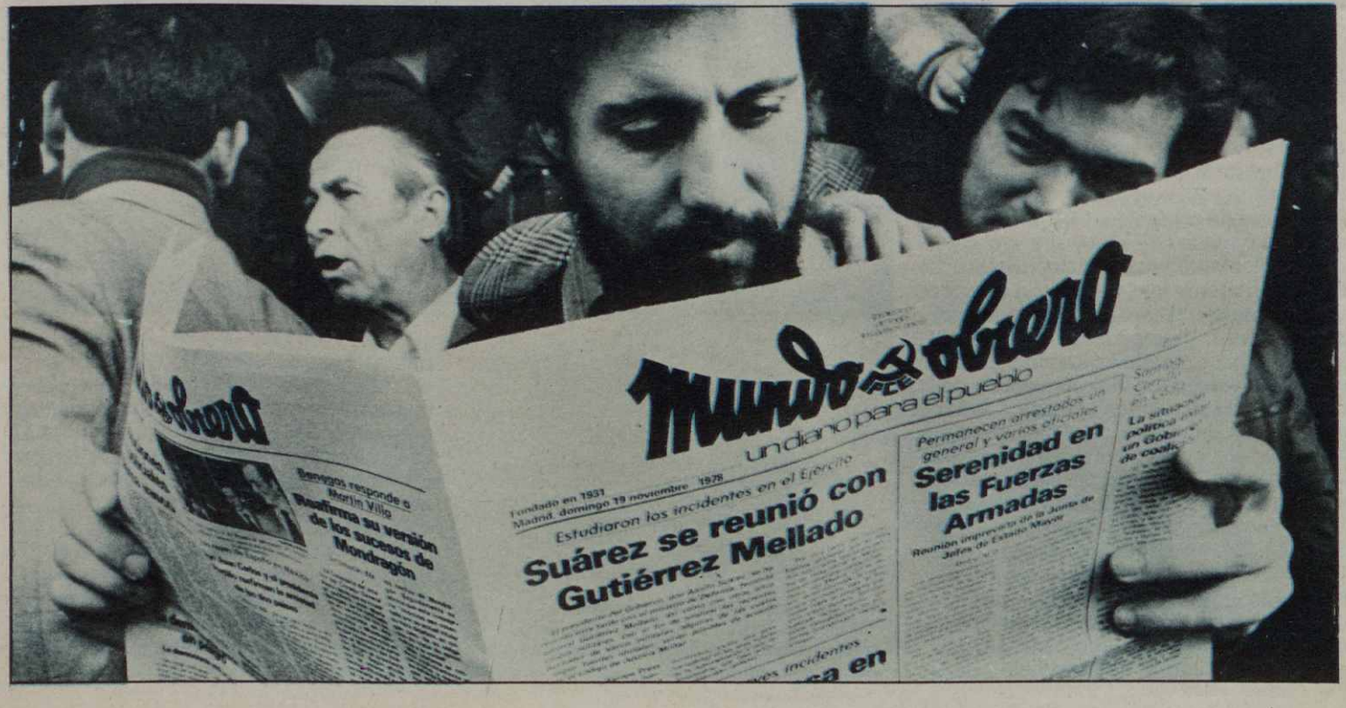
ATENCIÓN A ESTOS NOMBRES

Son los de elementos chivatos, cobardes y provocadores que en la Prisión Provincial de Córdoba ayudan a cocinigo a combatir a los presos antifranquistas:

Peinado, falangista y jefe del grupo de chivatos.

Vaquerizo, provocador que está en contacto con la Guardia Civil de Montilla y otros pueblos para delatar a los antifranquistas. y Molina, entregado al enemigo con parecidas características a los anteriores.





Años de oscuridad, años de esperanza

ANTONIO ELORZA (*)

Tras un paréntesis de veintidós años, el Partido Comunista reúne en 1954 y en el exilio su V Congreso. El informe presentado por su secretaria general, Dolores Ibárruri, se apoya en el avance a nivel mundial de las fuerzas del socialismo. No tiene nada de extraño ese desplazamiento hacia el exterior de las esperanzas comunistas. El derrocamiento del franquismo aparece como una necesidad histórica, presentada incluso en términos apocalípticos, pero en ningún momento deja de ver el informe sobre qué fuerzas políticas reales pueden emprenderse. Recordemos los datos: en 1954, el régimen ha consumado ya la superación de la gran prueba del aislamiento, recibe el doble respaldo del Vaticano y de Estados Unidos, e incluso esboza una cierta recuperación económica. Sus válvulas de seguridad interna han respondido al vaivén de la posguerra y a la lucha antifranquista, mientras que la oposición se encuentra dividida y opera en condiciones de extrema dificultad. Ya alguna vez hemos apuntado el dato de humor negro de que las imágenes de vírgenes milagrosas fueran empleadas para encubrir la propaganda de los programas del Partido, en vez de las portadillas de novelas de aventuras y guerra de la década anterior. Todo hacía presagiar una larguísima carrera de fondo hasta el fin de la dictadura. Para el PCE, además, una carrera solitaria.

A pesar de ello, los testimonios coinciden en señalar que esos años oscuros, entre el final de la gerrilla y la "reconciliación nacional" del 56, no estuvieron en absoluto carentes de contenido. Otra cosa es que el precio pagado fuera muy alto, incluyendo posiblemente una atmósfera irrespirable en el interior del Partido, favorecida también por la guerra fría: es tiempo de depuraciones, de medidas incluso brutales contra el peligro de infiltración, de sangrías grandes o pequeñas como las suscitadas por las herejías de "titistas" y "comoreristas". Sin embargo, el partido no se hunde y, por el contrario, parece sentar entonces las bases de su recuperación posterior. En su primera y última colaboración en *Realidad* lo consignó Jorge Sempún: "No fue pequeño esfuerzo, ni fue fácil. Porque se realizó bajo el fuego de la represión concentrada del enemigo de clase, en un momento de reflujo del movimiento democrático, como consecuencia de la nueva situación desfavorable y de la consolidación interior del régimen franquista. Pero fue, sin duda, un período decisivo en la formación del partido marxista-leninista de la clase obrera española. El período de la liquidación real, práctica, del infantilismo izquierdista, de las formulaciones generales y esquemáticas; el período de la conquista real —lenta, laboriosa, oscura— de la hegemonía política entre las nuevas generaciones proletarias y estudiantiles formadas en la época del fascismo; el período de la reflexión teórica autónoma...". Por su parte, el historiador Joan Estruch es más crítico, haciendo notar que "el período 1948-1956 fue uno de los más críticos de toda la historia del PCE" (en gran parte por la convergencia de represión y sectarismo stalinista) y que "el afianzamiento del franquismo y la desaparición de toda perspectiva de cambio a corto plazo ocasionaron la casi total desintegración de los núcleos del PCE en el interior". Pero hay que valorar la situación en referencia al aplastamiento general que sufre entonces en España toda la izquierda obrera. En primer término, porque con su opción de trabajo en el interior de los sindicatos franquistas, el PCE comienza a anudar unos lazos con la realidad social y económica del país de que van a carecer cenetistas y socialistas. En segundo lugar, porque, aun reducido al esqueleto, mantiene un mínimo de actividad. Va surgiendo así en los años cincuenta la imagen del Partido Comunista como única fuerza seria de oposición, lo que provoca por vez primera desde la guerra una aproximación de intelectuales (en Madrid, Muñoz Suay, López Salinas, Bardem, Javier Pradera). A lo que, desde 1951-52, corresponde en el vértice del Partido un corrimiento de fuerzas, en lo que se ha venido llamando *el ascenso de los jóvenes.* En realidad, no lo son ya tanto. Se encuentran en torno a la cuarentena, pero representan, desde luego, otro estilo de dirección y de pensamiento que los viejos dirigentes procedentes de los años treinta. Son Santiago Carrillo, en primer término, y tras él entre otros Fernando Claudín, Gregorio López Raimundo, Jorge Semprún ("Federico Sánchez"). Su peso político en el Partido podrá apreciarse con la celebración del V Congreso, reunido en Praga a principios de noviembre de 1954. Dolores hace el informe general,



Delegación del PCE de Madrid en el V Congreso. De derecha a izquierda, Jorge Semprún, Sánchez Montero y el pintor Pepe Ortega, entre otros.

pero Carrillo asume el de organización y estatutos, Gallego y Claudín tienen importantes intervenciones y resultan elegidos para el Buró Político. Claro que la fortaleza no se entregará sin resistencia y los viejos dirigentes, con Vicente Uribe a la cabeza, llevarán todavía una última batalla manteniendo la ortodoxia republicana en la condena del ingreso español en la ONU. Carrillo se opone y está a punto de perder. Recibirá al fin, como es sabido, el apoyo de Dolores y en 1956 la renovación es un hecho. Llega el buen momento, porque viene a coincidir con el famoso XX Con-

greso del PCUS y con la primera conmoción seria que sufre el franquismo, con los sucesos de febrero del 56.

La oportunidad para el cambio no será desaprovechada y así el pleno del Comité Central de agosto de 1956 define una nueva política ante los problemas de España. El nombre será también inédito: la *reconciliación nacional.*

El sentido de lo nuevo

El 5 de abril de 1956, Dolores Ibárruri presenta los planteamientos políticos del Partido ante su Buró Político bajo un signo muy claro: "el sentido de lo nuevo". Todo su razonamiento se basa en un punto, la exigencia de adecuar los análisis y las perspectivas al nivel de los cambios históricos. No hacerlo equivale a "frenar el avance de las fuerzas nuevas que irrumpen en la arena social". Y, desde ese punto de partida, la clave de la nueva posición política reside en reconocer que la etapa histórica abierta el 36 ha terminado. Las cosas han cambiado y no cabe supeditar todo al restablecimiento de una República definitivamente periclitada. Los sujetos históricos son otros, incluyendo en el cambio a la propia dictadura franquista. Sin dejar de lado la lucha contra ésta, se hace preciso valorar que la composición y el peso político de sus oponentes también han experimentado profundas mutaciones. Se trata, pues, de jugar antes que nada con las contradicciones internas del régimen, buscando una divisoria que maximice la eficacia de la oposición, en vez de esforzarse en aglutinar a los viejos vencidos. Correlativamennte, el régimen no puede considerarse como un bloque monolítico —según prueba la evolución de la crisis de febrero del 56—, por lo cual cabe abrir una expectativa de cambios internos, a los que adaptarse: "Ciertos avances hacia la democracia —apunta Santiago Carrillo—, ciertas conquistas de carácter democrático pueden alcanzarse incluso antes de acabar con Franco".

En lo sucesivo, el PCE renuncia a buscar una revancha de la derrota sufrida en los tres años de guerra para adoptar una perspectiva de *proceso democratizador.* Tal es el fondo de las discrepancias con Vicente Uribe, más allá de la incompresión generacional o de las palabras gastadas sobre la democratización interna del Partido y la lucha por la dirección colectiva,



Dolores Ibárruri en el V Congreso del PCE, celebrado en Praga en 1954.

palabras pronunciadas a la sombra del XX Congreso del PCUS y que en el futuro demostrarán escasos efectos. Lo nuevo es que, con la "reconciliación nacional", el PCE propone a la sociedad española —y se propone a sí mismo— volver la página de la guerra civil, elaborar un futuro adecuado a unas condiciones de normalidad social y política. La tarea política consiguiente resulta clara: "Unir las fuerzas de derecha e izquierda sobre una base mínima, el restablecimiento de las libertades democráticas". Como ha afirmado Manuel Azcárate, el documento que lanza la nueva política en junio de 1956 —"Declaración del Partido Comunista de España por la reconciliación nacional y por una solución democrática y pacífica del problema español"— representa "una aproximación sustancial a la nueva realidad política que está surgiendo en España", llamando la atención sobre la entidad de los cambios económicos, la aparición de una oposición intelectual y universitaria, las fracturas internas del bloque dominante. De paso, inevitable y silenciosamente, el papel de la democracia resulta potenciado en la estrategia del Partido, pasando de ser una etapa donde la clase obrera podría desplegar libremente la gestación del socialismo, a un terreno común de trabajo para derecha e izquierda en la tarea de desmantelar la dictadura. El mismo Azcárate, en su conferencia de 1980 en la FIM, a que venimos haciendo referencia, reseña cómo hasta 1960 cobra cuerpo en los textos del Partido esta concepción evolutiva, llegando en febrero de 1957 a apuntar la posibilidad de una etapa intermedia entre franquismo y democracia, "un gobierno de elementos liberales de diverso matiz, que no representaría una ruptura radical con el franquismo, pero que sería un paso hacia la democracia". En todo caso, se trata de una apuesta a fondo por una política realista, dejando el lastre del pasado, donde cada avance y cada posibilidad deben ser valorados puntualmente.

Un terreno privilegiado para la novedad es el sindical. Aquí son los textos de Carrillo los que definen con mayor nitidez esa perspectiva de abandono de las viejas siglas, UGT y CNT, sepultadas por la evolución de un movimiento obrero que asume nuevas formas ante el caparazón de la estructura represiva del verticalismo. Aprovechamiento de todo ámbito legal y capitalización de las formas organizativas espontáneas arrojan una línea de trabajo: las comisiones obreras. "Debemos dar audazmente una línea sobre esto —explica Carrillo en el pleno de abril del 56—. Elegir representantes honestos. Igual en las juntas sociales. Crear comisiones obreras. Presentar esto como una lucha, no como colaboración, en el curso de la cual, dentro del cascarón de los sindicatos verticales, aprovechando posiciones legales, pueden germinar, incubarse, nacer los futuros sindicatos de clase unificados. Este es un planteamiento audaz, pero posible. Hay que hacerlo. No tanto planteando el

Años de oscuridad, años de esperanza

porvenir como las necesidades hoy de la lucha. No tanto armar ruido sobre el futuro, alarmar a unos y a otros, como las necesidades de hoy". No es extraño que Carrillo insistiera a continuación sobre la necesidad de "vencer el sectarismo, la resistencia de algunos de nuestros viejos camaradas a trabajar dentro". Era mucho más que el hallazgo de una consigna: la elaboración de una política *desde* y *para* la difícil situación de los trabajadores en la España franquista. En los años 60, el desarrollo de Comisiones Obreras sería la confirmación del citado enfoque.

Paralelamente, los sucesos de febrero llamaron la atención sobre la importancia de los intelectuales en la lucha contra el régimen. Los textos del 56 están aún lejos de diseñar una estrategia, pero sí marcan una apertura, sobre todo en la fijación de un terreno de trabajo específico. En 1957, la aparición de la revista *Nuestras Ideas*, bajo la dirección de Claudín, sanciona el paso dado, cuyos frutos y cuyos problemas saldrán a la luz en la siguiente década.

Sin embargo, la plataforma de lanzamiento de la nueva política no resultaba demasiado sólida. Un informe de organización de 1956 descubre una realidad poco halagüeña: a pesar de la represión franquista, el PCE consigue mantener un esqueleto organizativo en el interior, pero la fuerza numérica del mismo es muy reducida y tampoco resulta fácil conservar la comunicación, aun con los núcleos más importantes. Son un centenar de camaradas en Madrid, doscientos en Asturias (con el bastión de la cuenca minera), ciento cincuenta en Vizcaya, cien en Barcelona, sesenta y cinco en Zaragoza, cuarenta en Valladolid. Y en torno a ellos, una orla de simpatizantes, con una presencia intelectual favorecida por el trabajo del escurridizo Semprún. En resumen, poca cosa para pensar en una movilización de masas, pero lo suficiente para perfilar una política de expansión. Eso sí, pagada a un alto precio: con caídas frecuentes (que a veces desmantelan por años la organización en una localidad), procesos sonados (como, entre tantos otros, el de los dirigentes comunistas vascos de 1962, un poco "a lo Dimitrov", cerrado con veinte años para Ramón Ormazábal) y una creciente necesidad en el régimen de negar hasta la exasperación las propuestas conciliatorias del PCE: la tortura y la ejecución de Julián Grimau en 1963 serán el signo de esa barbarie.

En este difícil contexto, el PCE va deslizando hacia una estrategia de confrontación abierta el contenido de su política de reconciliación nacional. El punto de partida vino dado posiblemente por una valoración optimista del ascenso en la combatividad obrera a partir de las huelgas de la primavera del 56, no sólo, en opinión de M. Tuñón de Lara, "las más importantes desde el final de la guerra", sino al propio tiempo "muestra de nuevas formas de acción y de presunta organización del movimiento obrero". Cabía entonces extrapolar su significado, refrendado al siguiente año por nuevas huelgas en Madrid, Barcelona y Asturias, planteando una capitalización política de ese ascenso de la lucha obrera y forjando de paso la unidad de acción antifranquista. Tal es el sentido de la "jornada de reconciliación nacional" que el PCE lanza en septiembre de 1957: "Nuestra política de reconciliación nacional es una síntesis de la lucha y de la unidad del movimiento de oposición antifranquista". Luego, tras su limitado eco, vendrá en 1959 la preparación de la "huelga nacional pacífica", donde por fin se reúnen en torno al Partido otras organizaciones como el FLP, pero con tajante oposición del PSOE. Paralelamente crece también la represión policial, destacando las detenciones de Sánchez Montero y de Lobato. Se trataba de poner en pie "un país frente a un régimen" y de mostrar "la impotencia de la dictadura ante la ola que crece...".



Horacio Fernández Inguanzo, segundo por la derecha, en el VI Congreso del PCE.

Fue un pulso desigual, mantenido por el PCE frente al franquismo hasta la desaparición del dictador. La política de reconciliación nacional, para tener éxito a corto plazo, presuponía tanto el agotamiento del régimen como la perspectiva de nuevas alianzas que sacaran al Partido de su aislamiento. Ni una ni otra cosa tendrá lugar. Las nuevas fuerzas antifranquistas no estaban estructuradas y, por su parte, el PSOE, a falta de otra misión histórica, cumplía la de mantener las eventuales alianzas de organizaciones democráticas bajo el signo del anticomunismo. Y tampoco la crisis del modelo autárquico supuso el fin de la dictadura, sino sólo su reestructuración, con el ingreso del Opus en el poder y el ensayo de saneamiento económico encarnado por el Plan de Estabilización. La economía quedaba así en disposición de sumarse a la onda ascendente europea. Sólo a través de la presión de masas, ensayada sucesivamente con la "jornada de reconciliación nacional", de mayo de 1958, y la "huelga nacional pacífica", de 18 de junio de 1959, el PCE trató de hacer avanzar su política. Pero el malestar social no se traducía en el nivel necesario de movilización, a pesar de la lluvia de predicciones optimistas.

Divergencias comunistas

Fernando Claudín me contó una vez que fue el fracaso de esa jornada del 59 lo que le llevó a ir forjando su oposición a la línea del Partido, a pensar que la esperada maduración de las masas hasta ese gran día de la confrontación definitiva con la dictadura nunca tendría lugar. Pero sus raíces teóricas pueden detectarse ya en la intervención del propio Claudín en el pleno del B. P. de abril de 1956. Ya entonces Claudín prevé un cambio evolutivo —no revolucionario— en la eliminación del franquismo, a modo de revolución política que no alcanzaría los resortes del sistema de poder social. Los cambios en la economía española de los 60, con el mencionado fracaso de la confrontación abierta de la HNP, fueron las bases de que esa alternativa teórica cobrase perfiles definitivos.

En realidad, no tiene por qué extrañarnos el alto grado de perplejidad con que los comunistas españoles afrontaron la coyuntura de los *felices sesenta*. Tras tantos años de anquilosamiento, la perspectiva de profundas transformaciones económicas en España, mientras sólo se da una simple remodelación del sistema político dictatorial, suscitaba multitud de preguntas sin respuesta. Hoy es fácil encontrar esas respuestas, sobre todo teniendo en cuenta el peso que las variables exógenas (integración europea, turismo, emigración) jugaron en el milagro español.

Pero al abordar esa problemática en la década de los sesenta, ni siquiera estaba claro si el crecimiento evidente de la economía española iba a sostenerse o bien a desembocar en un nuevo estancamiento. Claudín tendrá razón en este punto. Por otra parte, una interpretación economicista del marxismo podía llevar a pensar que las transformaciones económicas arrastrarían por vía evolutiva las políticas. Aquí su error fue manifiesto. De ahí que convenga ver las "divergencias comunistas" de 1963-64 con la suficiente perspectiva, como resultado prácticamente inevitable de una situación en que una política adecuada no consigue afirmarse por falta de fuerzas propias y por los recursos del adversario en el poder. Fue en gran medida el desgaste inevitable provocado por una larga espera.

El planteamiento de Claudín tiene como base los cambios en curso en la economía española, cuyas consecuencias políticas juzga como inevitables. Aumento de salarios, efectos positivos del turismo, emigración a Europa, dan forma a una coyuntura de "mejora de la situación económica de las masas", con concesiones progresivas por parte de una burguesía que es la primera beneficiaria del proceso. La hegemonía del capital monopolista, consecuencia del mismo, había de traducirse en el terreno político con "la crisis de las formas fascistas en el ejercicio del poder político". La apuesta de Claudín se dirige así a un proceso de liberalización, de "desfranquización" progresiva, controlado por el capital monopolista, proceso al cual debería el PCE ajustar su estrategia, so pena de perder la vinculación con una clase obrera preocupada ante todo por las luchas económicas. "A través de este proceso —concluía—, a través de la iniciativa misma de las clases dominantes más lúcidas que ven la necesidad de los cambios políticos, a través de la lucha de las masas y de grupos burgueses que están interesados en la democracia, a través de la propia dialéctica de todo este proceso van a irse rebasando unas fases tras otras, y vamos a desembocar en una situación más o menos democrática en cuanto a las formas políticas". Paralelamente, sin embargo, esa democracia no equivale a la "revolución democrática" propugnada por la mayoría, ya que entre el capital monopolista y el socialismo no caben etapas intermedias. Claudín acude aquí a Lenin, recubriendo de ortodoxia teórica su enfoque posibilista. Vale la pena citar aquí su carta al Ejecutivo de septiembre de 1964: "Las profundas divergencias que han aparecido entre nosotros sobre la apreciación de la situación económico-social y política del país, sobre la perspectiva revolucionaria —que no puede ser otra, a mi juicio, que la revolución socialista, dado que el desarrollo capitalista monopolista del país, bajo la dictadura franquista, ha liquidado toda posibilidad de una revolución previa de tipo democrático burgués, dirigida por la clase obrera, como la concibe la mayoría del C. E. y del C. C.—, sobre la vía española hacia esa revolución socialista".

Claudín perfila así una crítica en tenaza de la posición mayoritaria. Por una parte, cuestiona el "voluntarismo" subyacente a la propuesta de huelga general política —en lo que había un fondo de razón: la desproporción de fuerzas entre los contendientes, Partido y régimen—, y por otra, formulaba una alternativa política, fundada en la extrapolación de los análisis sobre el progreso del capital monopolista. Ofrecerá así la posibilidad de una doble lectura: realista, de derechas, plegando la estrategia del Partido al previsto control del capitalismo sobre la liberalización política, y de izquierdas, borrando la fase democrática e insistiendo en la ligazón inmediata entre la "antesala" del capital monopolista y el socialismo. Tampoco el problema de las alianzas interviene. Contra lo que se ha dicho, no estamos en una nueva antesala, la del eurocomunismo, por lo menos en cuanto a definición estratégica.



VI Congreso del PCE.

Años de oscuridad, años de esperanza



Y de ello darán fe las dos tendencias procedentes de su análisis, una de línea izquierdista —con la negación del nexo socialismo-democracia como clave— y otra de orientación progresiva hacia la democracia, a la justificación incluso de la gestión "reformista sin reformas" del capitalismo, asumida finalmente por el propio Claudín como postura política propia. No sin una previa labor de desgaste sumamente eficaz frente al comunismo democrático: su *Eurocomunismo y socialismo* y la *Autobiografía de Federico Sánchez*, de Semprún, son posiblemente los dos textos que, desde ángulos diversos, más eficaces resultarán a la hora de permitir en la España de la transición la reconstrucción de un anticomunismo en las capas sociales tradicionalmente consideradas de izquierda.

Eso no significa, sin embargo, que la polémica no encerrara otros elementos, ni que a la posición vencedora le estuviese reservada la razón absoluta. Lejos de ello. Los análisis económicos de la mayoría resisten a duras penas el contraste con la realidad, convalidada posteriormente, del desarrollo. Todavía en 1965, en el VII Congreso, el experto en esos temas, Tomás García ("Juan Gómez") hace todo tipo de equilibrios para conjugar el reconocimiento de los cambios con una posición que seguía apostando por la centralidad y la imposibilidad de resolver el problema agrario desde el franquismo. Dos años antes, el fracaso de la política económica del régimen era un dogma inapelable. El mantenimiento de un "capitalismo de invernadero" podía sólo desembocar en "el inmovilismo que sigue caracterizando la política económica del régimen". También es evidente la ventaja de Claudín en la valoración del comportamiento del campesinado, mucho más orientado en los sesenta a la "solución individual" (éxodo a la ciudad, emigración) que en la revolucionaria.

La baza de la mayoría se situaba en el plano político, sobre todo en esa perspectiva de liquidación gradual del franquismo que llevaba a ver a Claudín al viejo dictador como encerrado en una hornacina, una figura casi inoperante. Conviene citar sus previsiones para mostrar la distancia de la realidad: "Habrá más apertura en la prensa... Habrá amnistías diferentes. Habrá mayores facilidades legales para las diversas fuerzas políticas menos la nuestra. Habrá concesiones en el terreno sindical. Habrá posiblemente en un momento dado la separación de la jefatura del Gobierno y del Estado, y en un momento dado el desplazamiento de Franco mismo" (de la intervención de Claudín, el 27 de marzo de 1964). Por desgracia, el proceso iba a ser mucho más traumático y en su mantenimiento y aceleración la postura de rechazo abierto del PCE, apoyada en el aprovechamiento de las "zonas de libertad", jugaría un papel de primer orden. Carrillo coincide con Claudín en ver la marcha hacia la democracia como "un proceso abierto ya, y además un proceso difícilmente reversible", pero acierta al señalar un dato: "La oligarquía, ese sector dinámico del que se habla, no tiene la posibilidad, no tiene los recursos, no tiene los medios políticos y económicos para hacerlo más fácil y más rápido, como le convendría". Luego la confrontación resulta todavía necesaria; como mantener la necesidad de ir más allá de una democracia instrumentalizada por el capital monopolista, logrando —frente a la estrategia de adaptación preconizada por Claudín, al modo de la EDA griega— el salto a una democracia antimonopolista (que controle el capital, resuelva los problemas agrario y de las nacionalidades, etc.). La razón de ser del Partido Comunista consistía en aunar la lucha por la democracia política con una mutación en la distribución del poder económico en España.

El endurecimiento del debate, cerrado en septiembre de 1964 con la exclusión del C. E. de Claudín y Semprún (unos meses después lo serán del Partido), no alteró la perspectiva mayoritaria respecto al proceso democratizador. A pesar de la insistencia en la consigna de "huelga general política", entendida sobre todo como elemento de "presión en todo el desarrollo de la situación política". Tal vez por eso no tardan en surgir, en una vertiente opuesta a la de Claudín-Semprún, posiciones intransigentes que ven en el emplazamiento de su puesta en práctica una concesión al "claudinismo". La carta de tres dirigentes vascos y catalanes encarcelados, Ormazábal, Núñez y Ardiaca, de junio de 1965, revela esa otra cara de la moneda. La impaciencia se traduce también a partir del 63 en los sucesivos brotes y escisiones maoístas.

La línea central del debate en torno a la plataforma de Claudín, sobre la estrategia de adaptación o choque frontal con el régimen, y sobre su política económica, dejó en la sombra otras cuestiones cuya entidad sólo podría reconocerse años más tarde, sobre todo al poderse leer en su totalidad las intervenciones del grupo dirigente en sus reuniones internas del Comité Ejecutivo y del Comité Central. Aquí y allá, las intervenciones mayoritarias revelan la persistencia de una mentalidad obrerista, que tiende a descalificar a los opositores por su simple pertenencia al sector intelectual. El surgimiento de "opiniones no leninistas" es visto "como resultado de la incorporación al partido de núcleos y grupos de la pequeña y media burguesía y de intelectuales burgueses radi-

Comité Ejecutivo salido del VI Congreso, que aprobó la política de reconciliación nacional. De izquierda a derecha, Delicado, Gallego, Claudín, Semprún, Líster, Carrillo, Pasionaria, Santiago Alvarez, Mije, Zapiray, Uribe, Moix, Sánchez Montero y Romero Marín.

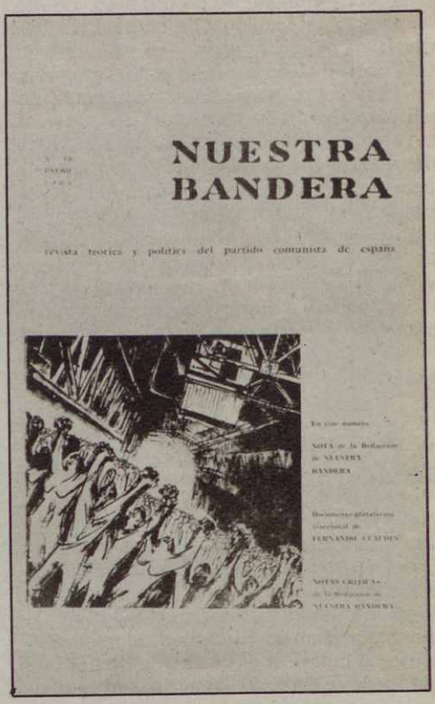
calizados". La verdad marxista parece surgir directamente de la lucha y no de una reflexión, calificada peyorativamente de "libresca". De ahí que nos parezca muy significativa la censura de que es objeto el artículo de Semprún en el primer número de *Realidad,* donde el entonces director de la revista trata de extraer las consecuencias políticas del XX Congreso. Las uvas tampoco están maduras en ese terreno. Más complejo resulta, en cambio, el tema de la democracia interna, reivindicada por los minoritarios para llevar al conjunto del Partido el debate a pesar de la situación de clandestinidad. Hay puntos incisivos en la crítica, como las referencias de Claudín a la infalibilidad del secretario general, reabsorbiendo el avance conseguido desde el 56. Pero en cualquier caso cabe consignar el hecho excepcional de que, aun en letra pequeña, el conjunto de los militantes tuvieran acceso a las tesis de Claudín mediante su publicación (eso sí, convenientemente apostillada) en el número 40 de *Nuestra Bandera.* No había muchos ejemplos de semejante liberalidad en el movimiento comunista.

Más preocupante era de cara al futuro la dificultad para engarzar la lucha por la democracia con la concepción a largo plazo de las relaciones entre democracia y socialismo. Prevalece aún una imagen tomada de las democracias populares, "una dictadura de las fuerzas democráticas dirigidas por la clase obrera".

La ola que crece

Pero por debajo de las crisis de dirección y de las ambigüedades, el movimiento comunista avanza en España. La clave reside en la estrategia sindical. La organización autónoma de los trabajadores utilizando la plataforma del recinto sindicalista rinde sus frutos a favor de la contratación colectiva implantada en 1958: con razón Julián Ariza recuerda el significado de que la primera comisión obrera formada en Madrid se llamara "Comisión de Enlaces y Jurados de Empresa". Surgidas espontáneamente en Asturias y Vizcaya en 1962, tardan algo en pasar del escalón de empresa al de coordinación local y provincial. A nivel local, el proceso culmina en la capital en septiembre de 1964. "Tras el Metal —describe el mismo Ariza— ven la luz las Comisiones de Artes Gráficas, Químicas, Construcción, Transporte, Enseñanzas... Paralelamente a Madrid surgen en Barcelona, Sevilla, País Vasco, Galicia, Asturias, hasta que en un intervalo muy corto de tiempo están presentes en todas las concentraciones industriales y de servicios, así como en las zonas de abundante proletariado agrícola". Es un rápido proceso ascendente, atenuado sólo al agudizarse la represión en 1967. Y es también el camino de la hegemonía en el interior de la clase obrera. Pero no cabe olvidar que la expansión de 1964-67 había encontrado sólidas raíces en el creciente arraigo de la organización comunista en medios obreros, e incluso profesionales e intelectuales. Faltan cifras fiables, pero los 700 militantes de que nos habla José Sandoval para Madrid hacia 1964, cifra que otros elevan considerablemente, es indicador de un proceso muy notable respecto a los años cincuenta. El eje del Partido está ya en los lugares de trabajo, no en torno a las cárceles, aun cuando éstas sigan cumpliendo su trágico papel. Con la nueva clase obrera madrileña, los focos se sitúan en la provincia de Barcelona, en Asturias, en Andalucía, en las zonas clásicas de Euskadi. No son los 35.000 militantes de que habla en una ocasión Carrillo, y quizá rondan los cinco mil del interior que para el fin de la década señala Guy Hermet (a los que habría que sumar los diez mil de la emigración). Lo bastante para activar cada vez más la oposición al régimen. Especialmente tras su detención en marzo del 67, figuras como Marcelino Camacho adquieren un "status" social, como símbolos de la lucha del proletariado por la democracia que, por fin, se sitúa en el presente y no en la evocación de la guerra.

Además, por encima de la triste peripecia de las caídas, la relación entre la dirección de París y el interior se encuentra sólidamente establecida. Desde hace tiempo, la fábrica de pases legales de frontera que tiene montada Domingo Malagón funciona a pleno rendimiento. En el interior, los dirigentes designados del C. C. coordinan el trabajo en los principales centros obreros (dos o tres en Madrid, lo mismo en Barcelona, seis o siete permanentes en Andalucía, tres o cuatro en Levante...), según nos describe un informe de E. García en 1964; el aparato de París, no muy articulado, reúne a más de cuarenta colaboradores. "Tenemos actualmente —concluye el informe— no menos de 25 ó 30 viajes relacionados con el envío de enlaces, de propaganda de cuadros al país todos los meses. Tenemos, por ejemplo, ya ahora la posibilidad de meter en el país alrededor de 100 kilos de propaganda por mes por la montaña, con el equipo de guías que contamos. Este mes pasado (se refiere a marzo del 64) concretamente, 150 kilos se han enviado de libros, sobre todo libros de Julián, *El único camino,* la historia del Partido, otros libros de Marx, de Lenin, etc.". La apertura de Fraga, por otra parte, serviría de algo y en la segunda mitad de la década surge trabajosa pe-



La revista teórica del PCE publicada en su número de enero de 1965 el informe de Claudín del año anterior por el que fue expulsado del Partido.

Años de oscuridad, años de esperanza

ro irresistiblemente la floración de publicaciones marxistas en el interior, con la Editorial Ciencia Nueva por protagonista simbólico. Y en París tiene lugar desde 1965 la discreta actividad de Editorial Ebro, ligada al aparato.

Por fin, en torno al PCE del interior sigue creciendo la orla de simpatizantes. Conviene recordar aquí que en los años de afirmación de los jóvenes, a partir del 56, una de las innovaciones más audaces de la nueva dirección había consistido en trazar la perspectiva de un partido clandestino de masas, no de cuadros. Frente al sistema jerárquico, "de contactos", había ido configurándose —si es cierto lo que destaca Semprún en el VI Congreso, en 1960— "la generación del sistema de los comités, de las reuniones políticas, de la promoción de cuadros jóvenes capaces de resolver por sí solos las cuestiones concretas que surgen a cada momento en el trabajo político". Aunque la autoorganización no se convirtiera en norma, lo cierto es que la lejanía del centro directivo de París, la incidencia del nuevo tipo de trabajo sindical, abrieron un espacio a la capacidad de iniciativa de los cuadros del interior, favorable, asimismo, a la expansión del Partido.

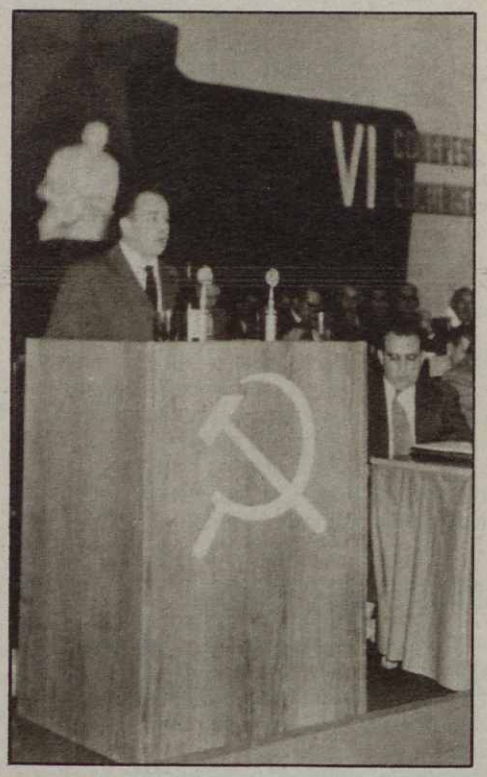
... he tenido que decir ¡no!

Al llegar 1968, las piezas parecen encajar definitivamente. Unos meses antes, en *España: democracia económica y política,* el Partido actualiza sus análisis económicos sobre un esquema bosquejado al parecer por Ramón Tamames. El miserabilismo de tantos años es sustituido por una perspectiva de socialismo de la abundancia. La *alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura* es el sujeto designado de la transformación, recogiendo la complementariedad de trabajadores e intelectuales en la lucha contra la dictadura y, secundariamente, la complejidad de unos procesos sociales que rebasan la vieja dualidad de burgueses y proletarios. También de mayo de 1967 es *Nuevos enfoques a problemas de hoy,* de Carrillo, saludo a los "evolucionistas" del régimen, al avance del movimiento obrero capitaneado por Comisiones y al salto adelante dado por el movimiento estudiantil. De ese ascenso de las actividades opositoras parecía deducirse la posibilidad de la huelga nacional por la democracia. Con el optimismo, llegaba también la hora de revisar conceptos. Aun manteniendo la categorización leninista de que toda forma de dominación política constituye una dictadura, los proletarios, al decir de Carrillo, preferían la forma representativa, democrática de dictadura. Y en lo concerniente a Europa Occidental, la marcha al socialismo podía concebirse como una ampliación progresiva de la democracia.

Por espacio de unos meses, en 1968, las dos primaveras, la de París y la de Praga, parecen dar la razón al PCE. No es extraño que Carrillo las elogie sin reservas en su *La lucha por el socialismo, hoy.* El estallido francés parecía confirmar la realidad del sueño de la huelga nacional. La primavera de Praga, por su parte, abría, por vez primera desde el 56, la perspectiva de un comunismo pluralista, con un partido comunista dispuesto a aceptar la libertad de expresión y un marco democrático. Era "una ayuda a la propia lucha", en la medida que las reformas de Dubcek echaban por tierra toda la argumentación tradicional sobre la incompatibilidad entre comunismo y democracia, el carácter no reformable de los regímenes socialistas, etc. "La experiencia de Checoslovaquia —declara Carrillo, en vísperas de la invasión— confirma otra vez que el socialismo es el régimen social donde la democracia, es decir, la amplia participación dirigente de la clase obrera, la intelectualidad y las masas populares, no tropieza en su desarrollo con ningún obstáculo insuperable de orden ideológico o social. El socialismo camina hacia formas cada vez más democráticas...".

Fue, pues, lógica la contrariedad de los comunistas españoles ante la versión armada del "internacionalismo proletario" que ejecutaron las tropas del Pacto de Varsovia en agosto de 1968. Lo que ya no entraba tanto en programa era la vigorosa condena que el pequeño partido lanzó contra la intervención, expresando de paso una firme confianza en la política desarrollada por el grupo dirigente del PC checoslovaco. Por supuesto, no sólo fue una decisión arriesgada, sino cargada de desgarramiento para quienes, como Dolores Ibárruri, habían hecho de la adhesión a la URSS la clave de su vida política. "Sin embargo —explicará la presidenta del Partido al pleno del Central reunido semanas más tarde—, ha llegado un momento en el cual yo he tenido que decir ¡no! porque creía que se cometía un error al realizar una determinada acción que estaba en contradicción con todo lo que yo había aprendido en la Unión Soviética y con todo lo que para mí representaba la política de la Unión Soviética...". La intervención de Carrillo en el mismo pleno fue aún más lejos, poniendo radicalmente en tela de juicio el comportamiento político a lo largo de la crisis de la dirección soviética.

La consecuencia más espectacular de esa toma de posición fue la primera escisión pro-soviética, capitaneada en 1969-



Fernando Claudín interviniendo ante el VI Congreso del PCE.

70 por Lister y Eduardo García. Con todas las cautelas de quien lanza una estimación personal, me atrevería a decir que fue poco coste, en relación con lo que representaría en el futuro la actitud del PCUS, a la espera y en favor de la escisión en el PCE. De momento, contrariando las estimaciones pesimistas de Claudín, el Partido salía de la confrontación con una sustancial ganancia de credibilidad democrática. La independencia de su elaboración política quedaba fuera de dudas: frente a lo que siempre afirmara la propaganda de Franco, el PCE no era un simple peón en manos de Moscú.

De nuevo, lo más costoso para la política comunista vino del contexto político español. En sus planteamientos generales, la línea del PCE se reveló acertada, pero se vio seriamente dañada por la lentitud del proceso de degradación del régimen, por esos últimos seis años de supervivencia del dictador donde cambiaron muchas cosas. Para comenzar, la marcha de la economía mundial, con la apertura de una prolongada crisis de reestructuración capitalista a la que las fuerzas de izquierda habían de adaptarse con suma dificultad. Pero no fue sólo eso. Los últimos coletazos del franquismo configuraron un legado terrorista que había de gravitar pesadamente sobre la capacidad de juego político en la transición. Por añadidura, el decrépito PSOE tuvo tiempo de efectuar un cambio de fachada que había de resultar decisivo, surgiendo por fin una fuerza "obrera", concurrente efectiva del Partido. E incluso la clase política del régimen, o por lo menos sus sectores más activos, tuvieron tiempo de sentar los cimientos para la "revolución pasiva".

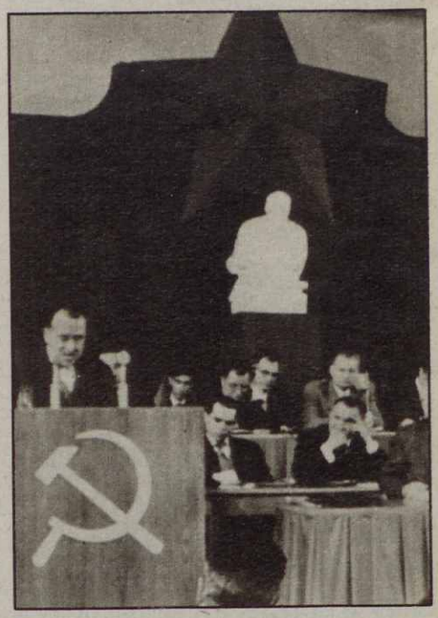
Visto retrospectivamente el proceso, no parece que el grupo dirigente del PCE mantuviera la capacidad de seguimiento de lo real mostrada en la década anterior. Más bien, los textos de comienzos de los setenta denotan un cierto estancamiento. En septiembre de 1970, y a pesar de su esperanzador título *Libertad y socialismo*, el informe ante el Central de Santiago Carrillo se atiene a una argumentación defensiva, de confirmación de la validez de la política seguida. Se cruzan dos líneas: la tradicional de búsqueda de una subida en la presión de masas, hasta la huelga nacional, y la más práctica de forjar un acuerdo efectivo entre las fuerzas democráticas, el *pacto por la libertad*. Pero los elementos del análisis no se alteran. Y no deja de observarse una vez más la nostalgia por la fórmula "democracia popular", al subrayar el momento unitario de la perspectiva política futura, dominada por "una nueva formación social", cuyo eje sería "la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura", por una parte, y por otra un régimen de pluralidad de partidos socialistas. La mitificación del pasado, en este caso el Frente Popular, sustituye a la necesaria previsión de lo que puede ser el funcionamiento de la izquierda en una cada vez más próxima situación democrática.

En 1972, el VIII Congreso ofrece asimismo esa impresión de ritmos de desarrollo teórico no muy bien ajustados. Basta comparar tres de los textos presentados, el informe general de Santiago Carrillo, el de política exterior de Manuel Azcárate y el de organización de Ignacio Gallego.

En especial, el contraste es claro entre las valoraciones de Azcárate sobre los países socialistas y la persistencia de una mentalidad tradicional en cuanto al tema del Partido, que trasluce el texto de Gallego. Son dos temáticas diversas, pero en cualquier caso los respectivos discursos resultan irreconciliables. Para Azcárate, se trata de plantearse a fondo la crítica de la organización política del mundo socialista (caracterizado por "la degeneración de la estructura democrática, en el orden interno, del Estado socialista, que en gran medida está dirigido por métodos burocráticos, de arriba abajo, y donde la clase obrera, las masas, si bien han destruido la explotación, no son los verdaderos dueños directos del poder político"). La especificidad del eurocomunismo ante el "socialismo real" queda declarada, al propio tiempo que se anuncian las tormentas con el PCUS declaradas en 1973-74 con la polémica entre *Nuestra Bandera* y la soviética *Vida del Partido*.

En la vertiente opuesta, el informe de Ignacio Gallego confirma la noción tradicional del partido-vanguardia, asentado en la clase obrera, "capaz de ganarse la confianza de las masas". Nada nuevo para afrontar una situación que sí lo es.

En cuanto al informe general de Santiago Carrillo, sus planteamientos marcan una evidente continuidad respecto a los años 60. La tarea esencial sigue siendo la destrucción de la dictadura, con los recursos del pacto por la libertad y la huelga general política. El ascenso en la lucha de masas permite confiar en el logro de tal objetivo, combinando entre tanto acciones legales y clandestinas. La "desaprobación" de la invasión de Checoslovaquia es mantenida y despunta un posible entendimiento con otros partidos comunistas de Europa Occidental. Incluso sobrevive la ambigüedad en cuanto a la perspectiva estratégica a largo plazo, con el intercambio de significados entre "democracia" y "dictadura", que permite ver en las democracias burguesas otras tantas dictaduras capitalistas y en la democracia socialista una posible expresión de la dictadura del proletariado. La falta de reflexión sobre el futuro efectivo de la praxis comunista en la democracia resulta sustituida por la utopía de una desaparición progresiva de esas organizaciones burguesas que irían extinguiéndose por sí solas conforme se consolidara el socialismo.



Aspecto de la mesa que presidió el VI Congreso del PCE.

Tal vez un indicio de lo que había de ocurrir. El PCE tenía perfectamente trazada la vía de lucha que culminaba en el logro de la democracia. Pero se encontraba mucho menos preparado para capitalizar él mismo dicha conquista política.

(*) Catedrático de Historia de la Universidad Complutense. ■

De la reconciliación nacional al "eurocomunismo"

JOSE SANDOVAL

1956 es un año señalado en la historia del Partido. En España se había iniciado cierta reanimación industrial, aunque fue año de estrangulamientos económicos, de malas cosechas, de éxodo campesino a las ciudades, de salarios bajos y precios altos. Pero también de grandes huelgas que impusieron dos subidas consecutivas de salarios, una en marzo, otra en octubre, que globalizaron un aumento del 30 por 100.

Año de disgregación de Falange y de salida a escena de fuerzas políticas de nuevo cuño. Unas, porque se desgajaban del bloque franquista, como era el caso de las corrientes monárquicas, democristianas y neoliberales. Otras, porque brotaban directamente de los medios universitarios e intelectuales. En febrero se producían graves incidentes estudiantiles en Madrid y eran detenidos Ridruejo y Ruiz Gallardón, pero también estudiantes entonces comunistas, como Pradera, Mújica y Tamames. Tovar y Laín Entralgo eran destituidos y Ruiz-Giménez y Fernández-Cuesta salían del Gobierno. Se había puesto en marcha una nueva oposición, aún balbuceante, a la dictadura.

En el plano internacional, año del XX Congreso del PCUS. Crítica del culto a la personalidad, denuncia del stalinismo, relanzamiento de la coexistencia pacífica, reconocimiento de la diversidad de vías nacionales al socialismo. Reconciliación URSS-Yugoslavia. En Belgrado, Jruschov presentaba excusas a Tito. Distensión internacional, entrada de España en la ONU. Intervención de las tropas soviéticas en Hungría, en medio de la polémica en el movimiento comunista internacional.

En el verano de aquel año, al cumplirse el XX aniversario del comienzo de la guerra civil, el Partido Comunista de España lanzaba una propuesta de Reconciliación Nacional. Era un giro estratégico de amplio fuste, un golpe de timón para salir de la estela de ideas y gestos que tenían su origen en la guerra civil y la razón de su pervivencia en los odios y pasiones que desató la lucha fratricida entre los españoles. A los diecisiete años de terminada la contienda se habían convertido en un fardo que lastraba cualquier posibilidad de despliegue de una acción concertada antifranquista. Se trataba entonces de cerrar las heridas abiertas en el cuerpo nacional y restablecer limpiamente el terreno de la lucha de clases, contaminado por la división entre rojos y nacionales, vencidos y vencedores.

Pero era además una propuesta de convergencia para la lucha contra la dictadura entre fuerzas que veinte años antes habían ocupado trincheras enfrentadas. Era el convencimiento de que el Partido no podía convertirse en una asociación de ex combatientes de la guerra civil. Tenía que recuperar su papel de partido de la clase obrera, de fuerza nacional de vanguardia en la lucha por la libertad y la democracia. Esto es lo que se decía en la declaración sobre la política de Reconciliación Nacional.

"El Partido Comunista representa sin duda a la parte del pueblo que más ha sufrido en estos veinte años, a la clase obrera, los jornaleros agrícolas, los campesinos pobres, la intelectualidad avanzada. Si de hacer el capítulo de agravios y duelos se tratase, nadie lo tendría mayor que el nuestro. Nosotros entendemos que la mejor justicia para todos los que han caído y sufrido por la libertad consiste, precisamente, en que la libertad se establezca en España".

Si es cierto que la política de Reconciliación Nacional no cuajó entonces en pactos concretos, que nadie tomó la mano tendida, también es verdad que fue una de las iniciativas más audaces en la historia del Partido, una propuesta de largo alcance, un viejo topo que iría horadando la muralla de la dictadura y que devolvería al Partido la iniciativa.

En todo caso, y más allá de los objetivos estratégicos contenidos en la propuesta, la política de Reconciliación Nacional representó, desde el punto de vista de la cultura del Partido, una enérgica embestida contra el sectarismo enraizado en sus filas. Precisamente en agosto de aquel mismo año el Comité Central analizaba en uno de sus plenos las causas de la vivacidad del sectarismo, concluyendo que éste hundía sus raíces en las peculiaridades de la lucha de clases sobre la palestra española, en su intransigencia y su fatalismo atrabiliario, que encontraba una traducción gráfica en la famosa teoría de las dos Españas enfrentadas a vida o muerte.

Resulta indudable que la política de Reconciliación Nacional abría un boquete en la rúda veta interior del sectarismo histórico y venía a conectar con los momentos más creativos y fecundos de la tradición democrática y aliancista de nuestro Partido. No hay duda de que la política de Reconciliación Nacional contribuyó a despejar el camino hacia una concepción de socialismo en la libertad. Una concepción que veinte años después iba a conocerse como "eurocomunismo".

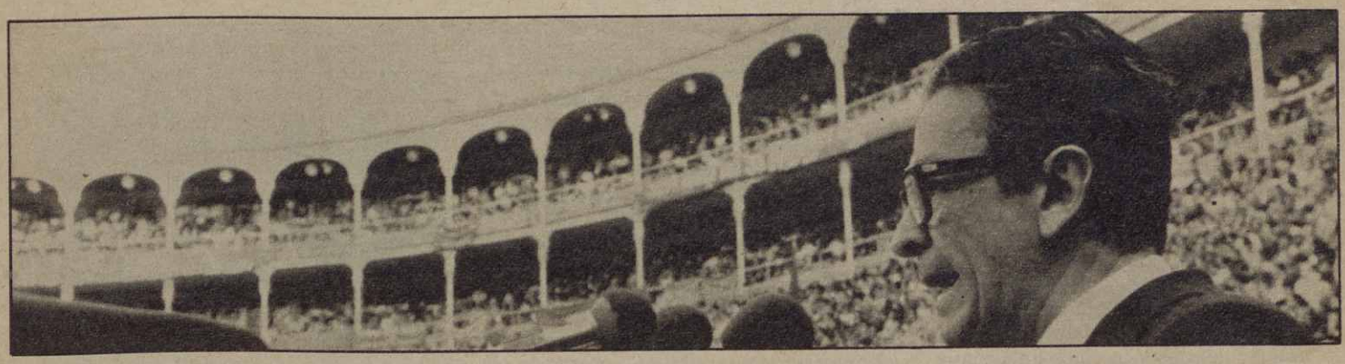
El eurocomunismo

1975 es otro año importante en nuestra historia. En España, la Junta Democrática estaba en marcha, abogando por una alternativa política que permitiese pasar del Estado dictatorial al Estado democrático mediante una ruptura pacífica. Al lado y enfrente de la Junta se había constituido la Plataforma de Convergencia Democrática. A finales del año, ambas se fundirán en la llamada "Platajunta". Es un año de fuertes movimientos y luchas de masas, de elecciones sindicales en las que Comisiones Obreras obtenía un triunfo resonante. En noviembre moría Franco.

Ese mismo año, en Italia, el PCI alcanzaba una victoria contundente. Once millones de votos comunistas, que representaban el 33 por 100 del total y le daban una ganancia del 6 por 100 respecto a las legislativas anteriores. En julio se producía la histórica Declaración de Livorno, firmada por Santiago Carrillo y Enrico Berlinguer. El PCI y el PCE coincidían en la estrategia de vía democrática al socialismo, en el reconocimiento del valor y el papel de las libertades públicas y personales, en el necesario pluralismo político, en la necesidad de la independencia de ambos partidos comunistas respecto a cualquier "centro" internacional.

No es casual que aquel año de 1975 el periodista italiano Frane Barbieri lanzara un término equívoco, pero alado: "Eurocomunismo". El neologismo era como el alfiler con el que se intentaba clavar en el papel una nueva y sorprendente mariposa multicolor. Dudosamente científico, se vería, sin embargo, velozmente consagrado por los medios de comunicación, siempre propensos a pegar etiquetas simples a los problemas complejos.

De cualquier forma, el hombre nace antes que el nombre. En el caso español, el "eurocomunismo" hunde sus raíces en la historia del Partido, y no es exagerado afirmar que descubrimos elementos de esa concepción en la política de Frente Popular, que apuntaba a una vía democrática pluralista de avance hacia una sociedad socialista basada en la existencia de diversos partidos y formaciones políticas y sindicales —socialistas, comunistas, anarquistas, republicanos, cristianos progresistas y nacionalistas—, de amplios derechos y libertades y de un sistema de democracia mixta, donde la democracia representativa y parlamentaria se conjugase con la democracia directa de los Comités del Frente Popular.



Ciertamente, aquella fue la experiencia embrionaria y, por desdicha, truncada. El fenómeno "eurocomunista", tal como se revela en la década de los años 70, tendría otros desarrollos y otros puntos de referencia. Venía dictado por todos los procesos económicos, tecnológicos, culturales y políticos que estaban modificando la realidad social de los países occidentales, España incluida. Por las modificaciones que experimentaba la estructura de clases y la propia clase obrera, así como por la aparición de nuevos sujetos y movimientos contestatarios y transformadores. Venía dictado, en fin, por el examen crítico de la experiencia de los países socialistas.

Aun a riesgo de simplificar la Historia, puede decirse que la consolidación del carácter "eurocomunista" del Partido Comunista de España tiene algunos puntos de referencia de imprescindible mención.

En agosto de 1964, el VII Congreso del Partido reafirma la vía democrática al socialismo.

En mayo de 1967 se formula la tesis de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, que sale al encuentro de un creciente movimiento estudiantil y de los movimientos de profesionales y artistas, y da un paso hacia la comprensión teórica del bloque social en el que se sustente la vía democrática al socialismo.

En agosto de 1968 se produce la crisis checoslovaca, acontecimiento de indudable peso en la aparición del "eurocomunismo" como fenómeno internacional. La intervención militar del Pacto de Varsovia, que frustró el proceso de democratización emprendido por el Partido Comunista de Checoslovaquia, provocó una conmoción en los principales partidos comunistas europeos, que llegaron a la conclusión de que era absolutamente imprescindible reafirmar la unidad orgánica que ha de existir entre democracia y socialismo y proclamar la independencia política de cada partido y la no injerencia en sus asuntos internos.

En julio de 1975, la Segunda Conferencia Nacional del PCE aprueba el Manifiesto Programa, cuya idea central es el socialismo en libertad.

En 1976 se reúne en Berlín la Conferencia de Partidos Comunistas y Obreros europeos, donde se reafirma la independencia política de cada partido, las relaciones en pie de igualdad y la no injerencia en sus asuntos internos.

En abril de 1978 celebra sus sesiones el IX Congreso del PCE, que se define como un partido marxista revolucionario y democrático. La polémica se centra sobre el "eurocomunismo". El Congreso aprueba las tesis que sirven de fundamento a la estrategia "eurocomunista" y resuelve seguir adelante.

En este largo camino, el Partido ha cometido sin duda errores de práctica política y de análisis teóricos, errores también de ritmo en la introducción de cambios no siempre comprendidos por sectores importantes del Partido. Estos han sido, en efecto, años de fuertes discusiones y de crisis internas. El proceso de avance no ha transcurrido sin escisiones y astillamientos. Pues si es cierto que los cambios "epocales" de la realidad económica y social de un país demandan del Partido nuevas formulaciones, no es menos cierto que éstas chocan a menudo con la rutina y la esclerosis de determinados sectores del Partido, y con los hábitos y concepciones de algunos núcleos de la propia dirección.

No deja de ser sorprendente, incluso, que dirigentes que a lo largo de ese proceso estuvieron al frente de los impulsos más renovadores, presenten luego una oposición cerrada a cualquier innovación en el propio Partido, en su funcionamiento, en sus métodos de trabajo, en la adecuación del Partido a las tareas con las que ha de medirse. En este punto, sucede que reaparece con toda su pugnacidad aquella veta interna, soterrada, de sectarismo histórico que ya analizara, en 1956, un famoso pleno del Comité Central.

Sin embargo, el cuerpo fundamental del Partido ha dado pruebas en todos estos años de entender el alcance revolucionario de la apuesta "eurocomunista" y está afrontando con lucidez y energía la batalla decisiva para cerrar las crisis internas y recuperar la confianza política de las fuerzas avanzadas de la sociedad española que el Partido Comunista de España merece por su lucha pasada y por su lucha presente, para servir mejor a los trabajadores, para impedir que nos hagan retroceder a los cauces secos del sectarismo.

En todo caso, en los diez años transcurridos desde que un periodista escribiera en el "Giornale Nouvo" el neologismo con el que intentaba definir esta corriente del pensamiento comunista, las concepciones estratégicas y los planteamientos políticos eurocomunistas se han convertido en una de la señas de identidad del Partido Comunista de España. ■

Mitin de Berlinguer en la plaza de toros. de Madrid, en el año 1980.

Los comunistas madrileños

SIMON SANCHEZ MONTERO

La organización de nuestro Partido en Madrid no ha cesado de funcionar un solo día durante la interminable y negra noche del franquismo. Muchas, muchísimas veces ha sufrido los golpes de la represión. Detenciones, torturas, condenas a largos años de prisión, fusilamientos... A veces, la organización quedó "en cuadro": unos pocos grupos, en alguna ocasión sólo unos camaradas. Pero continuaban la lucha y pronto otros camaradas se incorporaban al Partido y cubrían las bajas. Pocos o muchos, los comunistas de Madrid, como los de tantas ciudades y pueblos de España, no cesaron la lucha por la libertad ni un solo día. Hasta hoy. Y así continuará en el futuro, hasta el triunfo del comunismo.

En realidad, la organización del PCE en Madrid pasó a la clandestinidad veintitantos días antes del fin de la guerra, como en otros muchos sitios. Fue la noche del 5 al 6 de marzo del 39. Casado, Besteiro y otros dirigentes anarquistas, socialistas y republicanos dieron la noticia por la radio: habían constituido una "Junta de Defensa" contra el Gobierno de la República presidido por Negrín, para poner fin a la guerra y firmar con Franco la "paz honrosa". Todos contra los comunistas. Y aquella misma noche, los locales conocidos del Partido en Madrid fueron asaltados —con excepción del local del Comité Provincial de Madrid: los que lo ocupaban se hicieron fuertes en él—, y detenidos cuantos en ellos había. Cuando, veintitrés días más tarde, las tropas de Franco ocuparon Madrid, de dos a tres mil comunistas estaban detenidos ya y fueron entregados a Franco. A ellos se unieron decenas de miles más, no sólo comunistas, sino también de los partidos de la Junta: socialistas, republicanos y anarquistas. La "paz honrosa" fue la *"rendición sin condiciones". Y la represión franquista descargó con brutalidad sin precedentes, no sólo contra los comunistas, sino contra todos los que lucharon en defensa de la República.*

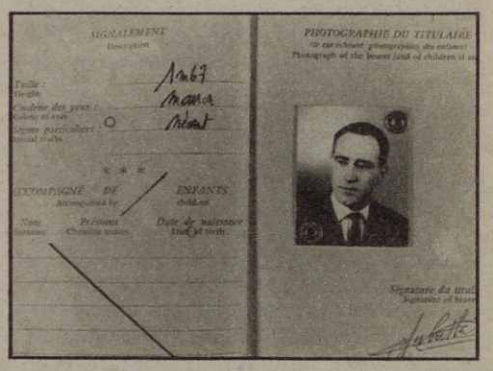
Cuando las tropas de Franco entraron en Madrid ya funcionaba un embrión de organización clandestina.

No es fácil, para quien no lo haya vivido, hacerse una idea de lo que era Madrid en aquellos primeros meses de la victoria franquista. Refiriéndose a nuestro tema, si se comprenderá cuán difícil era formar una organización clandestina del Partido. Primero, por el peligro: "Eso es muy serio. Si nos cogen nos hacen picadillo", nos decía un camarada cuando Luisa y yo los dos éramos miembros del Comité del Sector Este de la capital le pedimos que se encuadrase en el Partido. Y añadió: "Pero estoy dispuesto, pase lo que pase". Había después las masivas y continuas detenciones de camaradas. No por el trabajo clandestino, sino por la guerra. Era un permanente tejer y destejer lleno de peligros. Se avanzaba lentísimamente. Sin embargo, para el mes de agosto ya había comités del Partido en todos los sectores y "radios" de la capital, o en casi todos, y un número que yo no puedo precisar de pequeños grupos o células. El trabajo político, además de ir tejiendo esa red, consistía en ayudar a los camaradas más en peligro, mantener la moral revolucionaria, discutir la situación política... Sobre todo, discutir y tratar de comprender la firma del pacto germano-soviético y la guerra mundial que comenzó días después.

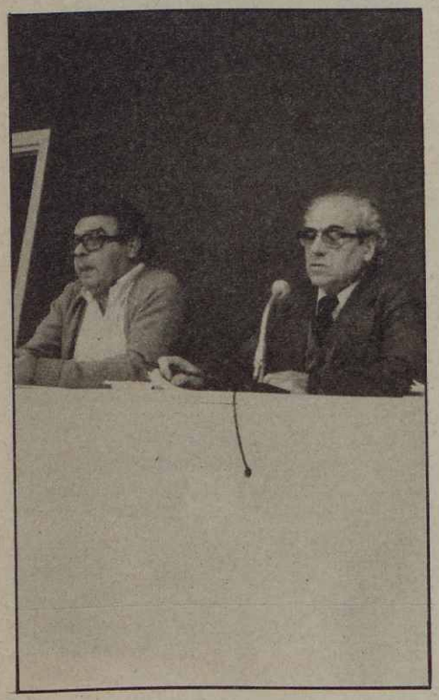
A primeros de agosto hubo la primera caída de la organización clandestina. En octubre hubo otra. La casi totalidad de los camaradas detenidos fueron fusilados poco tiempo después, tras de ser torturados. Recuerdo los nombres de Sotero y Baquedano, que trabajaban en la Comisión de Cuadros del Provincial al final de la guerra; Alejandrino, que fue comisario político en el frente y luego profesor en una escuela del Partido, y varios más cuyos nombres no conocía o se me han borrado de la memoria; otros y otras camaradas pasaron largos años en prisión o murieron en ella, como Rosalía Agudo, que aún no había cumplido los dieciocho años cuando fue detenida.

Pero la organización del Partido siguió trabajando y ampliándose. A mediados del 40 ya había en Madrid una dirección nacional que mantenía relación no sólo con la organización local, sino con bastantes provincias. Esa dirección cayó en 1941, y tras ella muchas direcciones provinciales. Estaba dirigida por Quiñones, al que la prensa del Partido denunció después como confidente de la Policía. Algunos camaradas de toda confianza que cayeron entonces con él siguen creyendo todavía que no era verdad. Fue torturado de tal manera que hubieron de llevarlo ante el pelotón de ejecución sentado en una silla. Fueron fusilados también Sendín, Prades y otros camaradas. Continuó el trabajo de la organización y continuó tam-





Luis Lucio Lobato y Francisco Romero Marín, con nombres y documentación falsa, quienes junto a Simón Sánchez Montero y Víctor Díaz Cardiel son algunos nombres claves de la clandestinidad madrileña.



bién la represión. Vinieron camaradas del exilio enviados por la dirección que, junto con camaradas de aquí, dirigieron el Partido en diversos momentos y trabajaron en él. Imposible conocer y nombrar a todos de memoria, a vuela pluma. Hay el peligro de ser injusto al olvidarnos de algunos. Fueron cientos de camaradas detenidos, torturados, condenados a largas condenas y muchos de ellos fusilados. Para todos ellos, nuestro recuerdo y nuestro homenaje. La organización iba creciendo pese a todo.

En 1944 era ya una organización muy numerosa, tanto en las empresas como en los barrios. Recuerdo, por ejemplo, Villaverde y Getafe. Marconi, Telefunken, Boetticher, Construcciones Aereonáuticas (CASA) y otras empresas tenian organizaciones relativamente fuertes. Sobre todo, CASA. A mediados del 44 habia allí unos 50 camarádas organizados; cerca de 200 cotizaban en Unión Nacional. Cuando esta organización se autodisolvió, la mayoría de ellos ingresaron en el Partido. La mayoría eran obreros cualificados, su influencia era grande. En la fábrica se construía material de guerra para los alemanes. A finales del 44 llegó un pedido de espoletas de bombas para la aviación nazi. Los camaradas se propusieron sabotear, retrasar su fabricación al máximo. Creo que terminó la guerra sin que pudieran los nazis utilizar una sola espoleta. La fábrica estaba militarizada. Si no recuerdo mal, la dirigía un coronel. Pese a ello hubo diversas protestas de los obreros. Y siempre se formaba una comisión, representativa de los distintos talleres, que presentaba las reivindicaciones al director. Con gran frecuencia en la fábrica entraba propaganda del Partido, que se difundía ampliamente entre los obreros. En 1946, la organización fue desarticulada por la Policía. CASA era, repito, la fábrica donde existia la mayor organización de lo que yo conocía. Pero había organización del Partido en numerosas empresas de Madrid. Aparte de las organizaciones del Partido en empresas y barrios había también algunos grupos guerrilleros, pero actuaban al margen de la organización regular. Aquí nos referimos sólo a ésta.

En los años 44-47 no sólo nuestro Partido, sino todas las fuerzas de la oposición (PSOE, CNT, partidos republicanos, UGT), tomaron cierto cuerpo, sobre todo, a nivel de órganos de dirección. Pero pronto se inició la guerra fría. Franco empezó a recibir la ayuda descarada de EE. UU. e Inglaterra. Cundió el desánimo en las filas de la oposición ante la nueva faena de las "democracias". La represión se acentuó de nuevo, con redadas de docenas y a veces centenares de detenidos del PCE (provincias de Jaén, Córdoba, Toledo, por ejemplo). La organización de Madrid fue también enormemente quebrantada. A finales de 1947 recibimos en la prisión de Burgos la noticia del fusilamiento de Agustín Zoroa, miembro del C. C., y de Lucas Nuño. Los dos habían venido de Francia y dirigían la organización de Madrid cuando fueron detenidos.

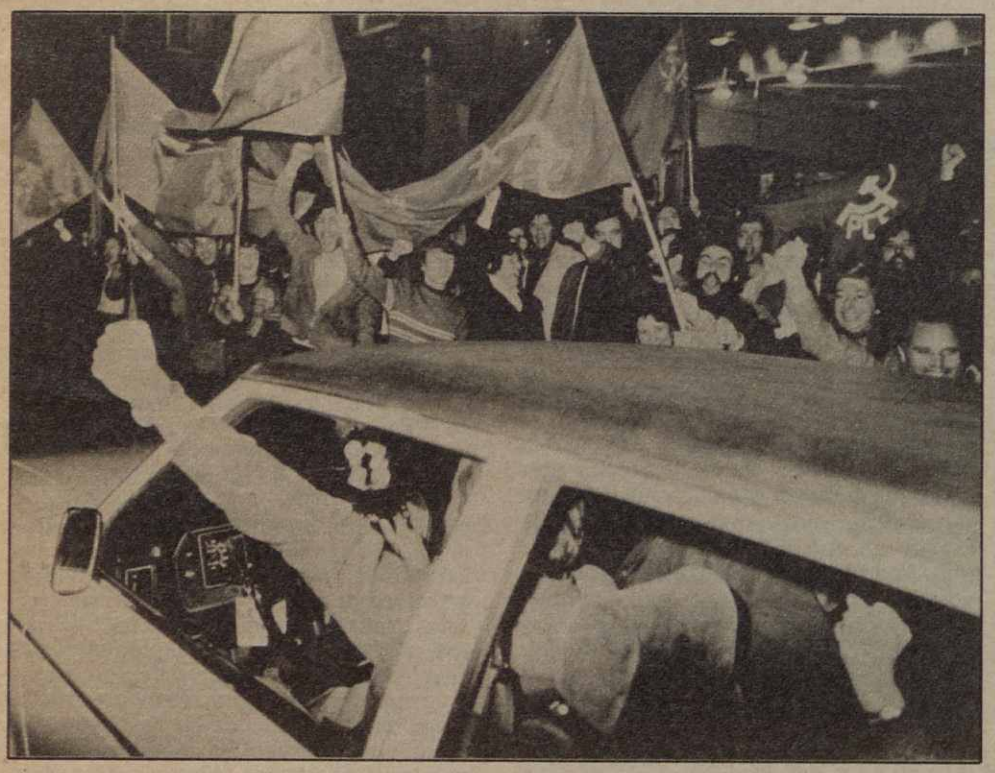
Fueron unos años sombríos, hasta el 53-55. Los camaradas que habían participado más activamente en la lucha los años anteriores estaban en las cárceles de Burgos, el Dueso, San Miguel de los Reyes, Ocaña, Talavera, Guadalajara, etc., etc. Y la batalla continuó allí, pero también en la calle, en Madrid concretamente, aunque con una organización mucho más débil. El C. C. cambió acertadamente la táctica política. Se disolvió el movimiento guerrillero y cesó el intento de organización de los sindicatos clandestinos de la UGT, que eran presa fácil de la Policía, y se dio la orientación de trabajar en los sindicatos verticales aprovechando las posibilidades legales. Los partidos republicanos, el PSOE, la CNT, etc., desaparecieron de la actividad práctica.

En 1954 hubo una caída importante en Madrid. Cuando el C. C. nos encargó a Juan Soler, a Lobato y a mí de reorganizar el Partido, prácticamente sólo había un pequeño grupo en los laboratorios IBYS, aparte pequeños núcleos de intelectuales que dirigía Jorge Semprún. "No nos metáis prisa, le dijimos a Santiago Carrillo. Vamos a hacer una organización que no pueda ser desarticulada por la Policía, que dure más que Franco y la Brigada Social". Así fue. Claro que continuó la represión, pero la organización fue creciendo ininterrumpidamente, primero de forma lenta, después a ritmo más rápido, tanto en el sector obrero: metal, construcción, artes gráficas, madera, químicas, panaderos, etc., etc., como en el sector estudiantil e intelectual. Y hubo luchas de masas muy importantes. Pronto se incorporó Romero Marín a la dirección de Madrid. Se montó una imprenta en condiciones en la que trabajaban José Mier y Antonio Montoya. Cuando en 1959 fuimos detenidos Lobato, yo y otros camaradas, vinieron de Francia Julián Grimau, Justo López. De la Fuente, José Sandoval y otros camaradas. López de la Fuente murió en la cárcel. Julián Grimau, nuestro inolvidable camarada, fue fusilado el 20 de abril de 1963.

En los años sesenta, la organización de Madrid —como en toda España— dio un gran salto adelante. Se incorporaron un gran número de camaradas jóvenes, capaces y entusiastas. De ellos salieron dirigentes para la organización de Madrid, para el C. C. y el Comité Ejecutivo. Muchos continúan trabajando; otros salieron del Partido por distintos motivos, o fueron expulsados. Estamos seguros que la mayoría volverán a él, están volviendo ya. Surgió CC. OO. bajo la dirección de Camacho, Nico, etc.; adquirieron un gran desarrollo los movimientos estudiantil, intelectual, femenino, ciudadano y los profesionales: abogados, médicos, arquitectos... La organización del PCE en Madrid adquirió gran fuerza orgánica e influencia política todavía mayor.

Hoy la organización de Madrid de nuestro PCE pasa un momento difícil. Pero no tenemos la más pequeña duda en que superará esta situación y recuperará y superará su fuerza de años anteriores. ■

Amnistía y libertad



Santiago Carrillo había sido detenido en la Navidad de 1976. Los comunistas se habían movilizado casi instantáneamente, llenando las paredes de la palabra libertad y las calles de manifestaciones reclamándola. A los pocos días, el secretario general estaba en la calle. El PCE siguió adelante en busca de su legalización.

Los últimos años de vida de Franco habían visto crecer a los comunistas, convertidos en la seña de identidad de la batalla contra el franquismo. Era el Partido. A su alrededor se vertebraban los demócratas españoles. En las fábricas, CC. OO.; en las Universidades, en las asociaciones de vecinos, en los ambientes intelectuales, el PCE, los comunistas, tejían una fuerte red de oposición cada vez más firme al franquismo. El PCE era, sin duda, la fuerza hegemónica de la izquierda. A su alrededor, poco más organizado, algunos grupos izquierdistas y un PSOE casi inexistente e inoperante.

El PCE impulsó la Junta Democrática; más tarde, todos los grupos de oposición se integraron en la Platajunta. Era la última recta hacia la legalización de los partidos políticos. Y para que la democracia


Mundo Obrero

ORGANO DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

El PCE legal

Un triunfo para la democracia y la reconciliación

Dolores Ibárruri

Una nueva España comienza

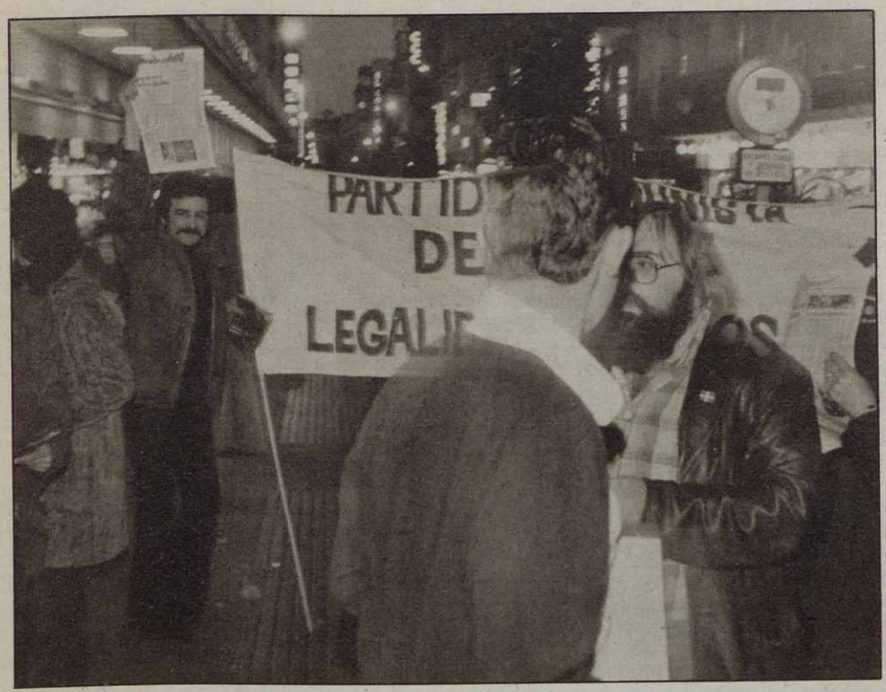
Santiago Carrillo

Un acto de justicia

Ante la sede del C.C. en Peligros,

Nuestra primera dirección legal







fuera creíble era necesario que el PCE fuera legal.

La década de los setenta tiene dos palabras claves: amnistía y libertad. En base a ello se articula la actividad del PCE. Es la historia más reciente. Los comunistas van emergiendo ante la sociedad española en todos sus ámbitos. Es pronto aún para contar con detalle esa historia vivida hace tan poco tiempo. Es la historia del nuevo movimiento obrero, de CC. OO., es el momento en que se ponen las bases de la democracia española, en que aparecen los partidos y se comienza a configurar el nuevo Estado.

Los comunistas, muerto Franco, proclamado el Rey, pasado el Gobierno Arias, con Suárez gobernando y liberado Carrillo, viven aún meses de semiclandestinidad, van imponiendo en la práctica su estatus y finalmente el presidente Suárez, en un Sábado Santo histórico, el Sábado Santo Rojo del 1977, legaliza el PCE. La noticia coge por sorpresa a casi todos, hasta el propio locutor de TVE que da la noticia balbuceando incrédulo. Hay resistencia militar. Dimite el almirante Pita da Veiga. Pero es imparable. El PCE afrontará ya su primer reto: las elecciones de 1977. En ellas obtendrá cerca del 10 por 100 de los votos y veinte diputados. Ampliará sus resultados en 1979, llegando a los 2.000.000 de votos y a los 23 diputados; en las municipales irá aún más lejos. Después llegarán horas más tristes, comenzarán las crisis, el PSOE logrará hegemonizar casi totalmente la izquierda, y en 1982 sus resultados bajarán al 3,8 por 100. Santiago Carrillo dimitirá como secretario general. Gerardo Iglesias le sustituirá al frente de los comunistas. Pero esto es ya el presente. ■

Militantes y simpatizantes comunistas se echan a la calle nada más conocer la legalización del PCE (foto superior izquierda). Debajo, MUNDO OBRERO anuncia, al día siguiente de la legalización, la nueva situación del Partido. Al lado de la anterior, Santiago Carrillo en la primera rueda de prensa que todavía en la clandestinidad dio el Comité Ejecutivo comunista en Madrid. Al lado de estas líneas, militantes comunistas y dirigentes celebran la legalización del PCE.

El PCE y la Constitución

JORDI SOLE TURA

En 1978, en pleno proceso constituyente, publiqué un libro que llevaba por título *"Los comunistas y la Constitución"*. Se incluían en él los informes y las propuestas que yo había presentado a los órganos dirigentes del PCE y del PSUC, al iniciarse la redacción del anteproyecto de Constitución y al culminar la primera fase de las labores de la ponencia. Estos informes, debidamente discutidos y aprobados, contenían los puntos esenciales de las propuestas comunistas en torno a lo que debía ser nuestra Constitución.

Pues bien, al releerlos hoy uno comprueba que más del 80 por 100 de aquellas propuestas fueron recogidas por el texto definitivo de la Constitución. Quedaron, naturalmente, aspectos importantes que no fueron recogidos, como el de la composición y las funciones del Senado, la regulación sin limitaciones del derecho de huelga, la delimitación más rigurosa y precisa de la distribución de competencias entre el Estado y las comunidades autónomas, la afirmación más clara de algunas libertades fundamentales, la sindicación libre de los jueces y magistrados, así como su libertad de afiliación política, la sindicación libre de los integrantes de las Fuerzas de Seguridad, el reconocimiento constitucional del aborto, etcétera. Pero en los aspectos fundamentales de la Constitución, la propuesta de los comunistas coincidía con el espíritu y con la letra del texto definitivo. Esto no significa que los comunistas considerasen que la Constitución de 1978 recogía al 100 por 100 sus aspiraciones. Pero creo que lo mismo se puede decir de las restantes fuerzas políticas que participaron en su elaboración: ninguna pudo decir que aquélla era *su* Constitución total y absolutamente. Y éste es, posiblemente, uno de los mayores méritos del texto constitucional: todos tuvieron que renunciar a algo importante para conseguir lo más importante de todo, una Constitución de corresponsabilidad y de consenso.

El consenso tuvo en aquellos momentos iniciales mala prensa. La gente no lo entendía o lo confundía con un pasteleo más o menos clásico. Pero yo creo que fue una aportación decisiva a nuestra trayectoria política colectiva.

Para los comunistas, la razón fundamental del consenso era doble: por un lado, las enseñanzas de nuestra historia política y constitucional; por otro, las condiciones en que se estaba desarrollando la transición de la dictadura a la democracia.

Se trataba, en primer lugar, de superar algunos de los traumas principales de nuestra historia. En un siglo y medio, nuestro país había tenido seis Constituciones, más el Estatuto Real de 1834, más tres Constituciones que no llegaron a promulgarse. Había tenido, también, tres o más guerras civiles, innumerables pronunciamientos, dos derrocamientos de la Monarquía, dos proclamaciones de la República, dos dictaduras militares, innumerables suspensiones de garantías constitucionales, unos sistemas falsamente parlamentarios y unas estructuras políticas que excluían sistemáticamente a la gran mayoría de la población.

El Estado español que llegaba hasta nosotros tras la muerte de *Franco* era un Estado centralista a ultranza, cuyos aparatos y cuyas instituciones fundamentales se habían forjado bajo la hegemonía de la derecha más cerrada. En realidad, el Estado español contemporáneo se había forjado bajo las Constituciones conservadoras de 1845 y 1876. Todos los intentos de democratización y de ampliación de las libertades habían sido breves y habían terminado de manera violenta con intervenciones militares, sin tener la posibilidad de democratizar los aparatos del Estado y de consolidar un sistema moderno de partidos políticos.

Pero junto a las enseñanzas de nuestra historia estaban, como decía, las condiciones en que se llevaba a cabo la transición de la dictadura a la democracia. En 1977, al iniciarse el período constituyente, habían desaparecido algunos de los aspectos significativos del franquismo, como las Cortes orgánicas, el sindicato vertical, el Movimiento Nacional y el propio general *Franco* como centro aglutinador de los sectores que dirigían aquel Estado. Pero la mayoría de los aparatos principales del Estado pasaban a la democracia prácticamente intactos y con niveles muy desiguales de aceptación de la nueva situación. Me refiero al Ejército, a la Administración, al aparato judicial, a las Fuerzas de Seguridad y, desde luego, a los poderes autonómicos, públicos y privados.

La Constitución se empezó a elaborar, pues, en medio de presiones muy contradictorias. Las fuerzas que protagonizaron el proceso constituyente contaban con la fuerza de los votos y con una voluntad democrática de la población claramente expresada en las elecciones de junio de 1977. Pero la sociedad española no era una sociedad fuertemente articulada, carecía de mecanismos de vertebración y, además, se debatía en medio de una tremenda crisis económica que sumía a un millón de trabajadores en el paro y al resto en la inseguridad. Entre los ciudadanos y los partidos había los votos, pero —quizá con la excepción de Cataluña, del País Vasco, de Madrid y de algún otro punto del país— no se contaba con un movimiento de masas realmente activo en torno a los grandes temas de la transición.

En aquellas condiciones era preciso, pues, saber trazar con gran exactitud la línea divisoria. Era preciso agrupar a un lado a los partidarios de la democracia, fuesen cuales fuesen sus razones y sus motivos y no dejar al otro lado más que a los que se excluyesen por sí mismos, es decir, a los partidarios de la dictadura. Había que superar los traumas históricos, no elaborar una Constitución excluyente, sino forjar un texto integrador, capaz de suscitar el apoyo de la inmensa mayoría de los ciudadanos. Y sobre esta base, era preciso elaborar una Constitución que abriese las vías para una reforma democrática de los viejos aparatos del Estado centralista, que superase el enfrentamiento entre dos ideas encontradas en España —de ahí la importancia trascendental del artículo dos— y que permitiese no sólo descentralizar el Estado, sino también redistribuir el poder político abriendo un cauce practicable para la libre manifestación de nuestras nacionalidades y regiones.

Para los comunistas —y creo que para la izquierda en general— se trataba también de resolver otro gran problema histórico, a saber: el de los signos de identidad tradicionales de la izquierda española.

Por las condiciones en que se había forjado nuestro sistema político, es decir, por las condiciones de una dominación continuada de la derecha oligárquica, con una Monarquía intervencionista que falseaba una y otra vez el sistema parlamentario, con una Iglesia estrechamente ligada al Estado y detentadora de inmensos poderes en el terreno educativo y en el ideológico, con unas Fuerzas Armadas protagonistas de innumerables pronunciamientos y de guerras civiles, la izquier-

da en general se había desarrollado en torno a unos cuantos signos de identidad sustanciales: el republicanismo, el anticlericalismo, el antimilitarismo, el antiestatismo. Una parte de la izquierda —esencialmente los comunistas y sectores nacionalistas de izquierda— habían impulsado otro signo de identidad: el de la reivindicación de las nacionalidades, aunque con algunos elementos que se podían prestar a peligrosas fugas hacia adelante, como el del derecho de autodeterminación. Otra parte de la izquierda —el PSOE, esencialmente, aunque no todo el sector socialista— seguía más bien en la órbita del centralismo jacobino, forjado en la lucha de los liberales contra el carlismo y que no veía más instrumento para la democratización del país que el del Estado central.

Pues bien, al abordar el período constituyente, los comunistas pretendíamos abordar también la superación de unos signos de identidad que hundían sus raíces con el pasado, pero que ya no se correspondían con la realidad presente. De ahí la actitud clara y responsable en la gran cuestión de la Monarquía y en la cuestión no menos importante de la separación entre la Iglesia y el Estado. Y de ahí, en general, la actitud de propiciar el acercamiento y la integración de todos los aparatos del Estado en las nuevas estructuras democráticas, incluso a nivel de los símbolos, como la bandera.

El problema de los comunistas —y de la izquierda en general— es que estas cuestiones se resolvieron bien, pero a la vez había que elaborar nuevos signos de identidad adaptados a las condiciones de la sociedad española y europea del último tercio del siglo XX. Y en esta segunda tarea se quemaron muchas energías, con resultados hasta hoy muy problemáticos.

En general, creo que el PCE y el PSUC plantearon su propio papel en el período constituyente con claridad, con rigor y con energía. Su aportación fue realmente decisiva para la estabilización del nuevo sistema democrático. Pagaron para ello un alto precio, que no siempre les fue reconocido, y gastaron muchas energías en el empeño. Son de sobra conocidos los avatares posteriores y no creo que sea éste el lugar de tratarlos. Espero únicamente que lo que entonces se sembró fructifique en un futuro que, de todos modos, será muy distinto del pasado.

(*) Catedrático de Derecho Político, ex diputado del PSUC y ponente de la Constitución. ■

Comisiones Obreras



Para hablar del nuevo movimiento obrero organizado hay que remontarse a 1956. Por aquel año comenzaron a fraguarse de forma paralela en varios puntos de España lo que después serían las Comisiones Obreras. Especialmente en Madrid, Vizcaya y Asturias, y sobre todo en la legendaria mina de La Camocha, los trabajadores comenzaron a crear una incipiente organización que se apartaba del control de los sindicatos verticales dirigidos por los falangistas. Nacía así una nueva democracia obrera en plena dictadura, en la que la voz cantante la llevaba la asamblea de trabajadores sin la mediatización del verticalismo vencido claramente del lado de la empresa.

Con el nuevo movimiento obrero resurgen las huelgas, las manifestaciones, las tablas reivindicativas y se van forjando una serie de dirigentes. Al resurgir de este movimiento contribuyó sin duda la política de reconciliación nacional que preconizaba el PCE. Un nuevo estilo de trabajo en las empresas acercaba cada vez más al militante clandestino a las aspiraciones laborales de los trabajadores, aunque no se puede olvidar la coletilla sociopolítica que acompañaba todas las plataformas reivindicativas. Desde finales de los sesenta, además del salario, pluses, mejoras en la seguridad e higiene, reducción de horas, etc., a la hora de negociar los convenios se pedía libertad y amnistía. Libertad que había de ser para poder reunirse y crear sindicatos, y por extensión para reinstaurar la democracia, y amnistía para los numerosos despedidos y detenidos.

Es un largo camino el que hay desde las asambleas en La Camocha hasta el primer congreso constitutivo de CC. OO., celebrado en junio de 1978. Tiempo antes, UGT, que apenas existió durante la dictadura, celebró su congreso, si no de manera legal, sí permitida para potenciarla frente a la evidente hegemonía de CC. OO. Pero atrás quedaban ya despedidos masivos, fruto de las numerosas huelgas, y los sindicatos comenzaban a considerarse como uno de los pilares de la democracia. Atrás quedaba ya el histórico proceso "1.001", el juicio más importante del franquismo contra el movimiento sindical, y los que entonces eran condenados a ciento sesenta y dos años de cárcel en conjunto ocupaban puestos de responsabilidad al frente de CC. OO. Camacho, Sartorius, Soto, Paco Acosta, Miguel Zamora, Pedro Santiesteban, Muñiz Zapico, Fernández Costilla, García Salve y Eduardo Saborido recordaban no hace mucho, el 20 de diciembre de 1983, en el décimo aniversario del juicio 1.001, los avatares de aquel proceso que en algún momento les hizo sentir verdadero miedo, sobre todo porque se inició el día de la muerte de Carrero. Pudieron haberse convertido en los rehenes de la dictadura por la muerte de un presidente, pero a los pocos años el viejo esqueleto del franquismo se desmoronaba y con su caída el nuevo movimiento obrero emergía a la legalidad. ■

Cartel distribuido por CC. OO. de Bélgica durante el proceso 1.001.

El cine en la guerra civil

MANUEL FDEZ. COLINO

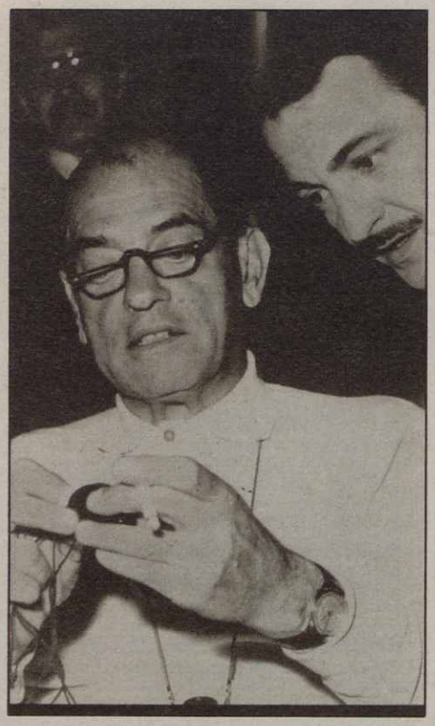
A la intensa actividad del Partido en todos los frentes, de 1936 a 1939, en defensa de la legalidad democrática —republicana entonces—, es bueno recoger aquí una parcela que no por poco conocida dejó de jugar en esos años un papel importante: la cinematográfica.

Ya a los pocos meses de aquella guerra, las multinacionales, en su mayoría estadounidenses, cerraron —o empezaron a cerrar, en algunos casos— sus oficinas, despidieron la mayor parte de su personal, cesaron de traer filmes de todo tipo, abandonaron totalmente sus actividades, con el doble fin de "atacar también por ese flanco" creando paro, quiebras y, sobre todo, para originar incluso problemas de orden público. La mayoría de los empresarios de cine, los exhibidores, cerraron sus locales, especialmente en Madrid, donde los cerraron todos justo al inicio del asedio a la capital, Madrid.

El PCE reaccionó de inmediato, a principios de 1937, ya con el Gobierno en Valencia. Encargó a un compañero, en primer lugar, la compra y circulación de películas para abastecer los cines. No cualquier película sino, y muy especialmente, aquellas que pudieran movilizar a la población en general y particularmente a los cientos de miles de defensores-combatientes en los varios frentes. Se encargó, asimismo, la organización y la preparación de un plan de expansión. El compañero nombrado, en unión de un camarada especialista en asuntos de la distribución, elaboraron un plan de arranque y, al propio tiempo, de largo aliento: importaciones de filmes, producción de noticiarios, de documentales y, más adelante, de filmes de largo metraje.

Se propuso por los iniciadores-fundadores un nombre, Film Popular; una forma de actuación sobre la marcha, ningún sectarismo; una meta inmediata, seguir las orientaciones generales del Gobierno del Estado democrático; atraer a los mejores y más profesionales técnicos en todos los aspectos de la cinematografía. Iniciar de inmediato la salida, en cosa de semanas, de un noticiario, "España al Día"; crear un equipo para filmes documentales...

"España al Día" fue el primer noticiario cinematográfico español. Pero, también, el primer noticiario cinematográfico en lengua española en todo el mundo. Poco después vino "Por Todo el Mundo", reflejo de la actualidad internacional, sobre todo la europea y la de toda América. En abril-mayo comenzó la producción de documentales y cortos de arte. Film Popular era ya un enjambre organizado, pujante. Antes del año (1937) tenía laboratorios, salas de doblaje, amplios medios de transporte, contratos con empresas extranjeras, entre ellas la Paramount News y France Actualité, sin olvidar Soyusintorgkino (soviética), con sus filmes "Marinos de Kronstadt", "Diputado del Báltico", "Dos hermanas" y decenas de otros. Filmes checoslovacos (de la preguerra), franceses, norteamericanos (entre ellos, filmes cortos, de reestreno, de Charlot). En fin, aquello marchó.



Luis Buñuel fue uno de los colaboradores de Film Popular.

A mediados de 1938, Film Popular era el *grupo* planeado: empresas filiales como España al Día, S. A., Por Todo el Mundo, S. A., LYSSA (Laboratorios y Studios, S. A.), TYCE (240 teatros y cines), Hispania Foto, Ediciones Cinedrama. Y más de 1.000 personas en todo el grupo. Las empresas, equipos, películas, etc., todo autofinanciado (nada confiscado, nada "colectivizado", ninguna deuda). En el otoño de 1938, Pasionaria encargó a Film Popular la fabricación de "varios miles" de proyectores, de tamaño comercial, portátiles, para incrementar la atención a los defensores de la libertad en todos los frentes; el final de la guerra impidió materializar el pedido-encargo.

El personal, ya se dijo, llegó a más de mil. Pero los colaboradores, españoles y no españoles, sumaron decenas. ¿Nombres? Para empezar, Joris Ivens (que ha visitado a España recientemente), nuestra estrella internacional, el camarada Luis Buñuel, que colaboró en la producción y dirigió el montaje de "España en llamas", exhibido profusamente en Francia, Bélgica y Suiza; André Malraux, que realizó, con nuestros camarógrafos, nuestros laboratorios, nuestros técnicos de montaje, su filme "L'Espoir" (en inglés, "Man's Hope"); los cineastas Carlos Mantilla y Carlos Velo, que aportaron el material rodado para el corto (treinta minutos) "Galicia", que obtuvo el primer premio de la Exposición Universal de París, 1937. Mantilla continuó ligado a Film Popular. El filme de Joris Ivens, "Tierra española", totalmente financiado y producido en y por Film Popular, llevó el comentario, para todas las versiones en distintas lenguas, de Ernest Hemingway, a sugerencia de Joris Ivens.

Hay más nombres, claro. Allí estuvieron Rodolfo Halffter, que musicalizó el documental "Galicia", incluso con algunas piezas del propio Rodolfo. Allí se acercó a nosotros Jardiel Poncela, que tenía ideas para un "Noticiario Imposible", para documentales inusitados, para filmar algún largometraje más tarde. Allí se dieron los toques finales a la película "Molinos de viento", que había quedado interrumpida en 1936.

Film Popular y su grupo fue apenas uno más entre los muchos otros frentes de educación, de editoriales y librerías. Sólo uno más. ■

José Gros: Algo más que un guerrillero

José Gros se incorpora como voluntario en las milicias populares desde el inicio para la defensa de la República. En los primeros meses de la guerra participó en los frentes de Aragón, Tardienta y Huesca, y después sería trasladado al frente de Madrid. En febrero del 37 ingresa en la primera escuela de guerrilleros, en las proximidades de Barcelona. *"Allí nos enseñaron toda la técnica de los futuros guerrilleros, y mi primera operación tuvo lugar en Suera, en una localidad situada entre Almudevar y Zaragoza. Se trataba de volar un puente, y fuimos descubiertos, sufrimos un tiroteo, pero por nuestra parte no se produjeron bajas".*

A continuación su trabajo se desarrolló en el Cuerpo XIV de Guerrilleros como instructor de explosivos, y más tarde pasaría al servicio de información detrás de las filas franquistas.

Una vez acabada la guerra, Gros pasó a Francia, al campo de concentración de Saint-Cyprien, de donde saldría al poco tiempo destinado a la Unión Soviética.

"Cuando las tropas de la Alemania fascista invadieron territorio soviético, la noche del 21 al 22 de junio, muchos españoles pedimos el ingreso como voluntarios en las filas del Ejército Rojo. Fuimos trasladados a un campo de entrenamiento militar, donde con gran sorpresa por nuestra parte encontramos muchos camaradas combatientes en las Brigadas Internacionales. Allí fui destacado a un destacamento de guerrilleros en Ucrania y pasé dos años en la retaguardia alemana".

Acabada la segunda guerra mundial, Gros decide volver a España para continuar la lucha. A partir de 1946 vuelve para trabajar en Barcelona como enlace de la dirección del Partido en la emigración y las organizaciones del interior, pasando los Pirineos clandestinamente hasta 1950. A partir de entonces toma la responsabilidad de la agrupación de guerrilleros de Levante y Aragón. Tras la decisión del Partido de abandonar la lucha guerrillera, organiza la retirada. Hasta el último guerrillero saldría de España.

"A partir de 1951, el Partido me encarga organizar el envío de propaganda hacia España, también de organizar los viajes de camaradas, procurar los enlaces y asegurar los envíos. A partir de 1956 se utilizan todo tipo de medios para ello". Ya no sólo es necesario recurrir a los pasos de montaña.



Pepe Gros.

"Hasta 1962, el Partido me manda a Madrid para preparar las condiciones de viviendas para dirigentes, organizar los pisos franco, y regresaría a París en 1962, en noviembre, cuatro días antes de la detención de Julián Grimau". Tras varios viajes Madrid-París, *"en abril del 64 se produce la detención de Sandoval, Justo López y otros camaradas, y cae el aparato de propaganda; la dirección me manda a Madrid —aquí sólo quedaba Romero Marín—. La desarticulación se produce a finales de abril, y la Policía franquista hace grandes alardes de su acción. Pero al poco tiempo, el 8 ó 10 de mayo, MUNDO OBRERO volvía a salir a la calle".*

A partir de este momento, José Gros se encarga del aparato de propaganda y también participa de su necesario crecimiento, la demanda aumenta y el Partido tiene que satisfacerla. ■

José Gros también estuvo al frente del aparato de propaganda. Desde Madrid, no sólo se aseguraba la salida de MUNDO OBRERO, también el abastecimiento de propaganda al Partido en Andalucía, País Valenciano, Galicia, Galicia, etcétera.

MUNDO OBRERO, vía París

TESTIMONIO

La edición de MUNDO OBRERO se reinicia en la clandestinidad en París. Así lo explica Julio Aristizábal. Comienza a hacerse en 1950 con un método muy rudimentario, entonces se escribía a máquina y las hojas se pegaban en un cartón, eso se fotografiaba y se mandaba a una imprenta. Este rudimentario sistema duró poco tiempo, y pronto se imprimía en pequeños talleres.

Por una parte se hacían las planchas en unos talleres y después el plomo se trasladaba a otros, donde se realizaba la impresión; ésta tardaba, como mínimo, cuatro días.

"Así pudo salir 'M. O.' con dificultades, la máquina era una pequeña Minerva de doble folio, donde las ocho páginas tardaban en salir a la calle casi una semana".

Se hacía una edición en papel de prensa normal, que era la que se distribuía en Francia (la tirada era de unos veinte a veinticinco mil), y otra edición en papel biblia destinada a España. También se imprimía casi toda la propaganda, que cada vez era mayor a medida que avanzaba el tiempo y mejoraban las condiciones. Las editoriales del PC francés, así como sus camaradas, ayudaron bastante en estas tareas. En cuanto a la distribución, se hacía por camaradas que pasaban la propaganda, bien en coches preparados, o en maletas de doble fondo y múltiples sistemas raramente descubiertos por la Policía.

Los pasos de fronteras era otra de las arriesgadas tareas emprendidas y desarrolladas con éxito en la mayoría de los casos, y aquí la participación de las mujeres era decisiva. *"En algunas ocasiones en que había mayor necesidad de asegurar el paso de documentos, o en casos especialmente arriesgados en los que había que tomar contactos con algunos camaradas".*

MUNDO OBRERO, en Madrid

En Madrid comienza a imprimirse MUNDO OBRERO en una pequeña Minerva de doble folio; también "Nuestra Bandera". La tirada aumenta y hay que cambiar de máquina y también de local. El Partido instala en Vallecas una imprenta legal, se tiraban 12.500 ejemplares de "M. O." y 2.500 de "Nuestra Bandera"; a continuación, también "Realidad" y "Hora de Madrid". Los trabajos se realizaban con rapidez, en poco más de tres horas se hacía la tirada, se limpiaban las máquinas y todo quedaba listo, como si por allí no hubiera pasado nada. Hasta los paquetes quedaban listos para su distribución. Jamás la Policía pudo interceptar este trabajo, que se realizaba con todas las necesarias precauciones. ■

Fabricantes de clandestinidad

TESTIMONIO A. E.

Nos cuenta Domingo Malagón: "Todo empezó después de nuestra guerra, al salir del campo de concentración francés. Me hice cargo del Partido en los Pirineos Orientales y ellí entré en contacto con Angel Celada, el "responsable de pasos". Yo me ganaba la vida pintando, al tiempo que llevaba la organización y, claro, ni Celada ni yo teníamos papeles. Fue a Celada a quien se le ocurrió hacer algo con las cartas de identidad francesas, que se vendían en los estancos y se llevaban luego para su legalización a las Comisarías. Aquí se registraban y cumplían el papel de documento de identidad. ¿Por qué no poner la foto y falsificar el sello? A mí me pareció dificilísimo, pero lo intenté. A pincel. La primera que hice fue para Celada, y luego para otros. Funcionaron.

Celada, que llevaba los pasos, tenía contacto directo con la dirección del Partido, con Monzón. Y cuando Monzón vio el trabajo, decidió sacarme de responsable del Partido de los Pirineos Orientales, retirándome del Partido y provocando, tras llevar allí a Antonio Balseras para que se hiciera cargo del trabajo, que todos los camaradas me huyesen. Tuve que hacer muchos esfuerzos para que Balseras, que vivía conmigo, llegase al punto de redactar el informe que me separaba del Partido y me permitía consagrarme a mi nueva tarea, sin que nadie más que Celada y la dirección la conocieran como mejor medida de seguridad y de continuidad.

Seguí trabajando en Perpiñán, y hasta la liberación de Francia no cambié de lugar. Estaba bajo el control directo de Celada, y a través de éste, de la dirección (1). Comenzamos haciendo "cartes d'indentité" y luego seguimos con salvoconductos españoles (entonces era preciso en cada provincia tener salvoconductos, que duraban un mes, para circular por ella). Luego salvoconductos de frontera. Por supuesto, no tenía medios, y ni siquiera conocimientos de grabado. Todo lo hacía a pincel. Los sellos me los tallaba en goma, a veces sobre tacones de zapatos. Y hasta los pinceles me los tenía que traer Manuel Gimeno de España, quien todavía vive en Valencia.

En 1944, Monzón me indicó que pronto vendría a España. Pero llegó Santiago Carrillo y, una vez informado de mi trabajo, quiso conocerme y de momento lo primero que hizo fue suprimir el viaje a España. Entonces pasé a Toulouse, donde estaba la dirección. Allí me puso al frente del equipo que había organizado para esta cuestión de los documentos. Pero no había técnicos y todo era costosísimo y de mucho riesgo: había que encargar cada cosa a un taller privado (de grabado, de imprenta). Le hice un informe y cambiamos todo. Surgió el primer equipo y, una vez superada una parálisis facial mía que paró las cosas, nos instalamos en las afueras de Toulouse, contando ya con técnicos (fotógrafo, fotograbador, etcétera), reclutados entre guerrilleros, con el fin de garantizar la máxima seguridad. Claro que era gente sólo relativamente profesionalizada, que con las armas había a veces olvidado sus técnicas de trabajo. Yo, entre tanto, seguía trabajando también a mano.

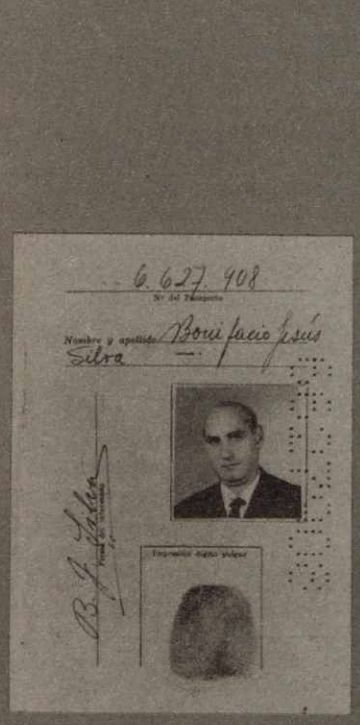
De este primer equipo pasamos a montar un taller legalizado, a la sombra del periódico del PCF *Le Patriote*, integrando su taller de fotograbado. Así cubríamos nuestra labor y seguíamos confeccionando documentos de pases.

Cuando la dirección sube a París, a finales de 1947, montamos allí también un taller de fotograbado legalizado. En 1950 sobrevino la ilegalización de nuestro Partido en Francia y seguimos, pero con absoluta división de funciones. Yo dirigía, pe-

D. N. I. Y PASAPORTES FALSIFICADOS



Santiago Carrillo Solares, pasaporte a nombre de Luis Santamaría, con el que atravesó la frontera. En la foto un sello de fronteras del año 1973.



El propio autor de las "obras de arte" y su propio y falso pasaporte, Domingo Malagón.



Antonio Gutiérrez Díaz.



Delegación Provincial de Sindicatos

Sindicato Provincial de Actividades Diversas

GRUPO DE VIAJANTES Y REPRESENTANTES

N.º Provincial 840/3

N.º Nacional

Apellidos y nombre JOSE GUTIERREZ PARRA

Domicilio Serranos n.º 27

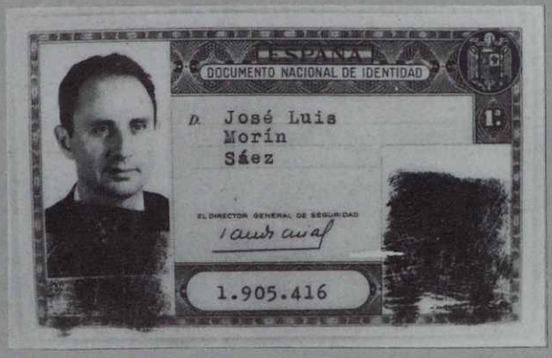
Población - - - - - - - - - VALENCIA

Valencia 16 de Diciembre de 1958

V.º B.º El Jefe del Sindicato — El Presidente

Esta tarjeta tiene carácter provisional.

Antonio Palomares.



ESPAÑA

DOCUMENTO NACIONAL DE IDENTIDAD

D. José Luis Morín Sáez

EL DIRECTOR GENERAL DE SEGURIDAD

1.905.416

Miguel Núñez.



CARTE D'IDENTITE

3601479

POLICE MARTIN

SIGNALEMENT

17 JUL 1951

Julián Grimau.

ro sin ser técnico de taller. En éste había dos niveles, uno legal y otro, formalmente al margen, en relación con el Partido. Tuve entonces buena gente, como un dibujante vasco procedente de México, Jesús Beguiristain —"Andrés"—, también litógrafo. Fue entonces cuando tuve un problema transitorio, yo creo que una zancadilla, que por cierto tiempo me apartó de la dirección del taller, y hasta me obligó a hacer una amarga autocrítica. Pero luego volví al puesto, más o menos cuando se celebró el setenta y cinco aniversario de Stalin.

Seguíamos fabricando pasaportes, cédulas, carnets sindicales y de Falange, etcétera. Pero en los años cincuenta, al restablecerse las relaciones diplomáticas con Franco, los franceses pudieron de nuevo pasar a España. Esta vez, creo, la idea fue de Julián Grimau, que llevaba el aparato, o del propio Santiago Carrillo. (Entre tanto, yo vivía pegado al trabajo, con completa separación de mi familia, de mi mujer y de mis tres hijos, que vivían muy duramente, sobre el trabajo de ella; lo mío no daba para los cuatro.) Un día, Grimau me dice: "¿Qué te parece si intentamos manipular pasaportes franceses?, ¿resistirán el control de la frontera?". "Pues vamos a intentarlo", respondí. Me trajeron un pasaporte francés. Cambiamos foto y datos. Con problemas, porque al borrar un dato se borraba también el fondo. Fueron muchísimos problemas y muchísimo tiempo. Por fin lo acabé. Hice un pasaporte aceptable, que fue asignado a Miguel Núñez, a quien yo conocía como partidario de la paz. El pensar que no pertenecía (pensamiento equivocado) al Partido me tranquilizó. Pero pasó estupendamente. Hubo sólo problemas con unos trípticos que había que rellenar en la frontera. Y con ese pasaporte se abrió un nuevo camino para el envío de los camaradas hacia el interior.

Me atrevo a decir que ello supuso un cambio cualitativo en el trabajo del Partido. Nuestros camaradas pasaban a España en coche, con su documentación, su pasaporte. Falsos, claro, pero sin problema. En vez del paso de antes por la montaña, con el guía que les llevaba, acompañado de guerrilleros, con un riesgo, un trabajo y un tiempo enormes. Insisto: el trabajo pudo tener otro tipo de relación con el interior. Y así hasta la legalización del año 1977.

Todo se hacía cuidadosamente. Por ejemplo, si había una reunión fuera de España, y el camarada tenía pasaporte, pasaba la frontera legalmente, pero eso no quita para que no le proporcionáramos otro si tenía, por ejemplo, que pasar otras fronteras en Europa. Luego, claro, nos lo devolvía y el documento servía, convenientemente modificado, para otro. Y si no tenía pasaporte en España, había que hacer dos pasaportes, uno para la frontera francoespañola y otro para Europa. Fue dificultoso, sobre todo cuando nos quedamos sin taller en Francia. Pero funcionó hasta el final (2).

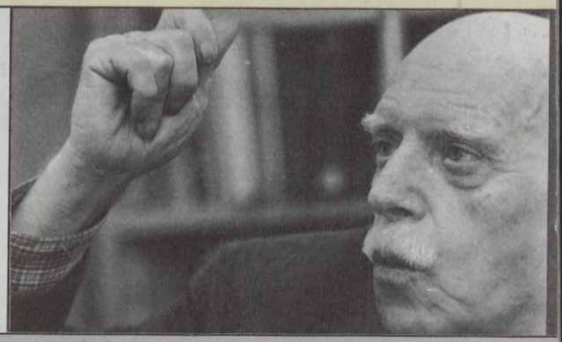
(1) Hasta que cayó Celada, que fue deportado a Alemania. Se nombró un nuevo responsable, "Ramón" (Manuel era su verdadero nombre), con el que contactaba a través de Francisco Miller.

(2) No puedo dejar de señalar como colaboradores más preciados a Manuel Coscollá, fotógrafo; José Larreta, "Paúl", y sobre todo José Santamaría, "Ramón", que compartieron conmigo el trabajo durante los últimso veinte años hasta la legalización del Partido.



Renau

Se le ha llamado el padre de la cartelística española. Hasta los más jóvenes le reconocen no sólo como pionero, sino como maestro. Pero Josep Renau era, además de artista, un hombre comprometido. Era democrático, era de izquierdas, era comunista. Renau hizo muchos carteles en su vida. Se le recuerdan aquellos de la época de la República, pero hasta en sus últimos años siguió en la brecha. Sus últimos trabajos fueron gritos antiimperialistas. Sirva esta contraportada como homenaje y sirva este cartel como muestra de lo que fue su pulso y su idea.



"BIBLIOTECA MUNDO OBRERO". NUMERO 2. "P. C. E., 65 AÑOS". ABRIL 1985. SERIE COLECCIONABLE